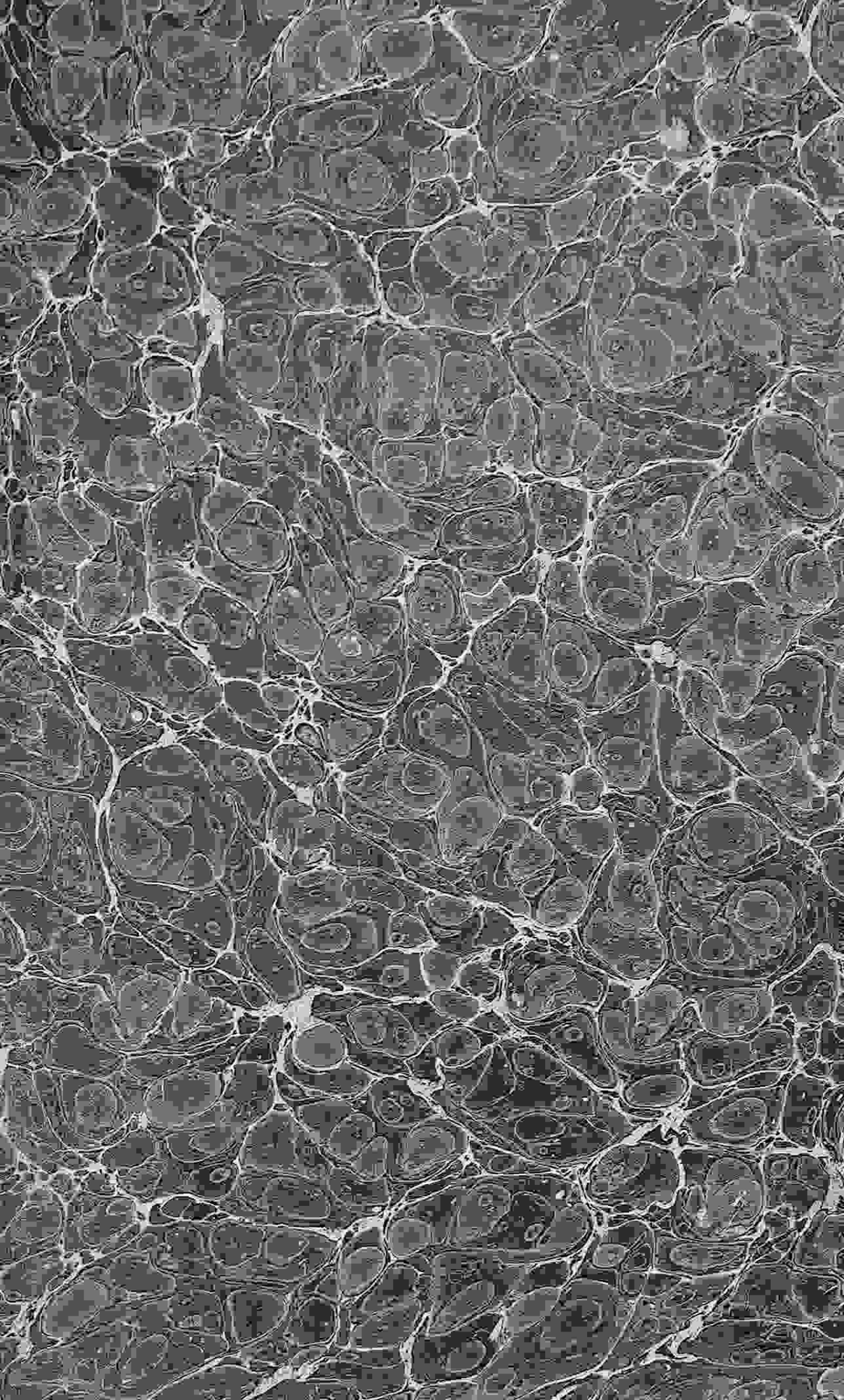
EX-
LIBRI
ALEDO



100

19-1

100

Edición no citada

por Palau

VIAJE CRÍTICO.

TOMAS ORTS RAMOS
00003
BENIDORM

23
14949

VIAJE CRITICO

ALREDEDOR DE LA

PUERTA DEL SOL

POR

M. OSSORIO Y BERNARD.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
FONDO ANGEL FERRARI

R-95154

MADRID: 1882
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y C.ª
Caños, 1.

INTRODUCCION.

Para la mayor parte de las personas que sin haber estado nunca en Madrid han oido hablar de sus calles, plazas y monumentos, la Puerta del Sol es el objeto constante de su curiosidad y acaso de sus investigaciones.

Y, sin embargo, semejante puerta es un mito. Solo existe en el nombre.

La Puerta del Sol y la Sublime Puerta otomana están abiertas... para todas las hipótesis de la ignorancia.

Pero si la Puerta del Sol no reviste forma material, continúa siendo la verdadera puerta que dá entrada á la capital de España: mejor dicho, la Puerta del Sol es Madrid, es el siglo, es el progreso, es la civilizacion, es el espíritu moderno.

Resúmen de todo lo bueno y foco de todo lo malo, la Puerta del Sol es el alfa y el omega de la vida madrileña.

Un escritor francés dedicó gran número de volúmenes á esta puerta, si bien es cierto que habló en ellos de todo... ménos de lo que daba nombre á su trabajo (1). Contagiados nosotros por el ejemplo, vamos á intentar un *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol.*

Poco, muy poco, diremos de su historia: de otra suerte correríamos el gravísimo riesgo de copiar al pié

---

(1) *La porte du soleil, par* Roger de Beauvoir: 4 vol. A esta obra consagró un estudio especial el autor de estas páginas en su folleto *Un país fabuloso.*

de la letra el capítulo que la dedica una notabilísima obra moderna (1).

Si nuestros lectores aspiran al cabal conocimiento de la misma, acudan al *Antiguo Madrid*, capítulo XVIII, y en él encontrarán, juntamente con las noticias históricas que buscan, galas de lenguaje, magistral estilo y ática gracia, que acaso no esperarian en una obra de carácter arqueológico, á menos de saber que esta obra fué escrita por el más ilustre de los historiadores y cronistas madrileños; el más ingenioso y veraz pintor de sus costumbres; el que supo inmortalizar el pseudónimo de *El curioso parlante*.

Nuestro viaje es más cómodo: para realizarlo no hacen falta libros de consulta ni planos topográficos. Vamos á tomar la Puerta del Sol conforme la encontramos, detenernos en todos sus edificios, visitar sus establecimientos, escuchar las conver-

(1) *El antiguo Madrid*, por D. Ramon de Mesonero Romanos: 1 vol. en 4.°

saciones de los grupos estacionados en sus aceras, entrar en todos los portales, subir y bajar escaleras, hacer descanso en sus cafés, y, en una palabra, á estudiarla como viajeros y curiosos, no como arqueólogos ni historiadores.

Nuestros acompañantes pueden aprovechar la ocasion de viajar con mayor economía que nunca: allí donde se cansen, termina su viaje con solo apartar la vista de nuestros párrafos.

Y con esto cierro la introduccion: el tiempo apremia, la curiosidad nos impulsa y el tren de placer va á comenzar su marcha.

Advertencia importante. En este viaje no hay peligro de marearse, ni temor á ladrones en cuadrilla, ni riesgo alguno de descarrilamientos.

Parece enteramente que no se viaja por España.

CAPITULO PRIMERO.

Puerta del Sol antigua y moderna.—La fuente. — Traida de aguas á Madrid.

No os extrañe, benévolos compañeros de viaje, que entremos por la Puerta del Sol como Pedro por su casa, sin llamar á su aldabon ni que nos detenga un curioso cancerbero.

La Puerta del Sol tuvo por nombre en el siglo XIII un pequeño postigo abierto en la tapia que rodeaba Madrid y que debió, por conjeturas,

ocupar el sitio en que hoy se encuentra la fuente, mirando á lo que hoy es Carrera de San Gerónimo, y entónces era un incómodo camino que guiaba al despoblado que hoy ocupa el monasterio de dicho nombre y á la antiquísima ermita de Atocha.

La tapia y el postigo han desaparecido: el nombre vive y vivirá mientras Madrid sea Madrid.

En vez de una puerta encontramos una plaza: admitamos la sustitucion y así estaremos más anchos.

¿Qué perdemos en el cambio? Aunque no hay datos para juzgar lo que pudo ser el postigo, no es aventurado asegurar que seria mezquino é incómodo por demás. La plaza que conserva ese nombre es, en cambio, espaciosa y elegante.

Pero ¿qué llama la atencion de mis acompañantes?

¡Ah! ya lo veo; el soberbio surtidor que brota de su fuente central y cae en menuda lluvia, que el viento conduce hasta nuestros rostros re-

REAL ACADEMIA DE LA HIST
FONDO ANGEL FERRARI

frescándolos tal vez excesivamente.

El espectáculo es digno de fijar efectivamente la atencion, y la historia de esa fuente merece ser referida. Procuraré hacerlo con la posible brevedad, para que nos quede tiempo de examinar otras muchas cosas que solicitan nuestra vista.

Estadme atentos.

El dia 24 de Junio de 1860 la Puerta del Sol vió elevarse en su centro un soberbio surtidor de 30 metros de altura y 14 centímetros de diámetro, que por su elevacion, y especialmente por su abundancia, podia competir con los más notables de Europa y escedia al de la Fuente de la Fama, gloria de los jardines de San Ildefonso.

La *Mariblanca* debió avergonzarse aquel dia en su solitaria plazuela de las Descalzas.

Para lograr aquel resultado habia sido necesario hacer una sangría considerable al rio Lozoya. No pretendemos apartarnos de nuestro ob-

jeto haciendo una minuciosa excursion hasta dicho rio y siguiendo las aguas del mismo hasta su entrada triunfal en Madrid, verificada en 1858; pero vamos á permitirnos entresacar algunas ligeras noticias de la Memoria facultativa, fechada en 31 de Diciembre de 1860 y firmada por el ingeniero director de las obras, D. Juan de Ribera.

En el mes de Noviembre de 1856 se habia inaugurado la primera seccion del canal, que comprende 35 kilómetros desde el Ponton de la Oliva hasta el rio Guadalix; estaba terminándose el depósito del Campo de Guardias y la ancha galería subterránea de la calle de Fuencarral, y habia construidos más de dos kilómetros de alcantarillas en el interior de la poblacion. Estos trabajos habian costado la friolera de reales 96.094.492 con 95 céntimos para que el demonio no se ria de la mentira.

En la primavera del siguiente año, 1857, se dió simultáneo impulso á

ocho acueductos, apenas sacados de cimientos, entre los cuales los hay de 13, 15 y 17 arcos, con alturas de 20 25 y hasta 28 metros. Al mismo tiempo se trabajaba en cuatro subterráneos, en el gran sifon de Bodonal, de cerca de kilómetro y medio de longitud, y en las construcciones accesorias al Depósito de recepcion.

Todas estas obras estaban casi completamente terminadas al espirar el año y con ellas hubiera podido decirse que lo estaba el Canal de Isabel II (hoy del Lozoya), si no hubiese venido á ocasionar nuevas dificultades y nuevos gastos la reaparicion de las mismas filtraciones que desde el año 54 venian presentándose cerca de la Presa, á pesar de los esfuerzos empleados para contenerlas, y que formaba un verdadero cauce subterráneo que daba salida á todas las aguas del rio.

Con el objeto de cerrar exteriormente la boca de este cauce, que se hallaba á muy corta distancia del

orificio que de igual manera se habia cerrado el año anterior, se procedió primeramente á dejar en seco la escavacion practicada entonces al pié de la presa por su parte exterior, y dentro de la cual brotaba el agua. Para conseguirlo se empezó á romper desde el fondo de este cuenco una mina de desagüe de más de 1 000 metros de longitud, abierta la mayor parte en peña, y cuya boca de entrada estaba 7 metros más baja que el fondo natural del rio. En esta construccion preparatoria, que ofreció grandes dificultades, se trabajó todo el año 1857 y parte del siguiente.

Mientras se hacian en el Ponton de la Oliva estos preparativos, se terminaba en Madrid el gran depósito de recepcion con sus correspondientes compuertas y llaves de entrada, de distribucion y de desagüe; se edificaba la casa-partidor para la separacion de las aguas que se destinan al riego y las que entran en el

depósito para el surtido de Madrid, y en lo interior de la poblacion se continuaban con actividad las galerías subterráneas para los tubos principales de la distribucion, y se empezaban en multitud de calles las alcantarillas para el desagüe de las cañerías y para el curso de las aguas inmundas.

Los gastos en este año ascendieron á 22.502.840 rs. 32 céntimos.

El año de 1858, en que se ejecutó la importante mina de desagüe de que queda hecha mencion, y se adelantó extraordinariamente la distribucion interior de Madrid, es notable especialmente por haberse verificado en 24 del mes de Junio la inauguracion oficial, segun manifestamos poco há. Gastáronse en este año 15 594.196 reales.

Grandes dificultades hicieron creer que pudiera aplazarse por largo tiempo el suspirado consumo de aguas por los habitantes de Madrid; pero la actividad con que se empren-

dieron las obras del acueducto del Guadalix en 1859, hizo que pudiera terminarse éste antes del mes de Julio, dando grandísimo impulso á la terminacion del canal.

La longitud de dicho acueducto, cuya conveniencia habia sido reconocida desde 1855, pero que no se planteó hasta Febrero de 1859, segun dijimos, es de 3.805 metros, de los cuales hay 198 en minas taladradas en peña cuarzosa de excesiva dureza; tiene tres pontones y una alcantarilla. La caja del agua es rectangular, de 42 centímetros por 55, y la pendiente de 1 por 1.333, pudiendo conducir 110 litros por segundo, que equivalen á unos 3.000 reales fontaneros.

La presa para la toma de aguas es de sillería caliza, y tiene 4 metros de altura desde su cimiento, y 26 de longitud. El agua entra por mina en el acueducto, y se regula con una compuerta de hierro, y á corta distancia hay un pequeño depósito cu-

bierto, donde se sedimentan las arenas arrastradas por el agua. El acueducto desemboca en el Canal en la casa de entrada del sifon de Guadalix, y sus aguas surtieron durante el verano de 1859 á la fuente de la Red de San Luis, hoy ausente, á todas las de vecindad que estaban colocadas entonces, y á algunas suscriciones particulares; llenando así el principal objeto para que se construyó, y sirviendo de grande utilidad, siempre que por cualquier motivo se hace necesario interrumpir el curso del agua de Lozoya. El caudal de 3.000 rs. fontaneros que suministra este pequeño acueducto es ciertamente escaso, comparado con los 60.000 que puede conducir el canal; pero debe recordarse que esos 3.000 rs. son ocho ó diez veces más de la cantidad de agua conque Madrid ha contado durante siglos para todas sus necesidades. El coste de todas las obras de la derivacion del Guadalix fué de solo 673.146 reales.

La prolongacion del canal constituye un verdadero túnel de 6.579 metros de longitud, abierto paralelamente al curso del rio en lo interior de las escarpadas peñas que forman su márgen derecha: 140 bocas de mina ó galerías horizontales, que suman juntas 1.230 metros, daban entrada al túnel durante su construccion, proporcionando 280 puntos de ataque donde trabajaban simultáneamente más de 2.000 operarios; y á esta subdivision del trabajo se debió la terminacion de la obra en el corto plazo que se habia prefijado.

Este canal subterráneo, cuya forma, dimensiones y pendiente son las mismas que en todo el resto de la línea, está revestido en toda su longitud con sillarejos de pizarra en los cajeros y de piedra caliza en la bóveda, excepto un corto trozo que, por estar perforado en roca caliza compacta, no ha necesitado revestimiento. Hay en los 6.579 metros de canal 10 registros ventiladores y dos alme-

REAL ACADEMIA DE LA HIST
FONDO ANGEL FERRARI

naras de desagüe, de las cuales la primera sirve tambien para la sedimentacion de las arenas.

Al fin del año 1859 quedaron empezadas las obras accesorias, y concluidos más de 4.000 metros de Canal revestido. Quedaron igualmente echados los cimientos de la presa de toma de aguas y sentadas las cuatro primeras hiladas de sillería. Esta obra, que es de mampostería en su interior y de grandes sillares de piedra caliza en lo exterior, tiene 53 metros de longitud, 5 metros de altura y 10 de ancho en su base. La toma de aguas se hace por dos compuertas de hierro, colocadas en un edificio elevado sobre la línea de las mayores avenidas, á fin de que en ningun tiempo se imposibilite su manejo. Un dique aspillerado permite la entrada del agua, deteniendo las piedras arrastradas por la corriente y los cuerpos flotantes que suele acarrear el rio en las crecidas; y por último, un portillo abierto en la pre-

sa, con su correspondiente compuerta, impide los aterramientos, y mantiene el fondo del rio á un nivel constante. La presa, con todas estas construcciones accesorias, ha costado 696.836 reales, y todas las obras de la prolongacion del Canal cuyo presupuesto aprobado importaba reales 9.430 853, han ascendido á 9.796.997 reales. Duraron estas obras 19 meses, se hicieron por administracion, y trabajaron en ellas 83 destajistas con 1 200 peones y mamposteros, y además el presidio del Ponton con 900 plazas.

Estas y otras muchas obras ejecutadas en el interior de Madrid, no podrian hacerse sin grandes gastos, y así vemos que los del año 1859 ascendieron á la suma de 20.293 641 reales vellon.

En el siguiente de 1860 se verificó, segun dejamos dicho, la inauguracion de la fuente de la Puerta del Sol: las aguas del Canal recorrieron además gran número de calles de la po-

blacion y Madrid escribió en el libro de su historia las fechas de sus temibles sequías, y el principio de su riqueza.

No seguiremos detallando las obras del canal de Isabel II, obras que siempre harán recordar á los madrileños dicho reinado: tambien recordará en sus fastos los nombres de los señores que formaron el consejo de administracion de dicho Canal, y fueron los siguientes:

Comisarios régios: Excmo. señor marqués del Socorro; Excmo. Sr. don Manuel Cantero; Sr. D. José María de Nocedal.

Representantes del ayuntamiento: Excmo señor duque de Sexto; Excelentísimo señor marqués de San Saturnino; Sr. D. Isidoro Seco Rodriguez.

Representantes de los suscritores: Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan; señor don Antonio Orfila.

Director facultativo de las obras: Señor D. Juan de Rivera.

Secretario: Sr. D. Francisco Martin y Serrano.

El personal facultativo de dichas obras, fué el siguiente:

Director: el ya mencionado don Juan de Rivera.

Subdirector: Sr. D. José Morer.

Ingeniero: Sr. D. Rafael Lopez.

Ayudantes de primera y segunda clase:

Sres. D. Francisco Echevarría, D. José Prieto, D. Martin Blanco, D. Antonio Ruiz de Salces, D. Andrés Serrano, D. Vicente Dubignao, don Valeriano Arizala y D. Francisco Iturbe.

El total de los fondos distribuidos por la junta, desde Julio de 1851 á Diciembre de 1860, se elevó á reales 184.108.591 99 céntimos.

La cantidad, como Vds. ven, no es muy pequeña que digamos; pero en cambio, la actual fuente de la Puerta del Sol arroja en un minuto más agua que arrojaban en un mes las antiguas para surtido de las cubas de los

aguadores, que hasta no hace muchos años ocupaban el centro de Madrid.

Madrid con el Lozoya ha llegado á ser un pueblo habitable; y aunque sus aguas nos lleguen turbias con lamentable frecuencia, sirven al menos para regar el seco Manzanares que, avergonzado de la competencia, se filtra más cada dia bajo su capa de tierra.

De todas maneras, y por muy turbias que suelan llegar las aguas del Lozoya, nunca podrán servir, como quieren algunos críticos, para hacer con ellas figuritas de barro, ni es cierto que haya necesidad de partir el agua con cuchillo y servirla en platos. La idea de llevarla dentro de un pañuelo de batista, atado por las puntas, no pasa de ser una ingeniosidad de un literato, pero sin formal defensa. Yo nunca he podido encontrar, áun en las épocas más turbias, arriba de ocho décimas de barro en un vaso de agua del Lozoya. (1)

(1) Vease "Cuadros de Genero" del mismo autor pag- 267

Gracias al canal, nuestros hijos podrán escuchar hoy la sentencia de: *¡Hoy no hay pan!*

Pero no escucharán la que tanto se repetía hace treinta años de: *¡Hoy no hay agua!*

¡Lástima que la soberbia fuente de la Puerta del Sol no sea un monumento artístico y que el pilon provisional haya revestido un carácter definitivo! ¡Lástima que las artes no hayan entrado para nada en la construccion de una fuente, que recuerda uno de los trabajos más grandes ejecutados en nuestra patria en lo que va de siglo!

¡Prescindiendo del caudal de agua, más artística que la fuente actual era la humilde *Mariblanca!*

CAPÍTULO II.

La Mariblanca. — El Buen-Suceso. — Reforma de la Puerta del Sol.—Coste de las obras.

—¡Alto! dirá al llegar aquí alguno de mis acompañantes. Ya se ha nombrado varias veces á la *Mariblanca*.

¿Quién fué y qué ha sido de dicha señora?

—La Mariblanca, curioso compañero, es una pequeña estátua de mármol, representando una Vénus, que durante largos años estuvo coronando la fuente churrigueresca de

la Puerta del Sol, y que hoy se conserva sobre la fuente de la plaza de las Descalzas. La etimología de su nombre es una circunstancia que ignoro, así como tambien la causa de que la profana diosa del amor esté hoy entre dos templos, y antiguamente junto á la iglesia del Buen-Suceso.

—¿El Buen-Suceso estaba en la Puerta del Sol?

—Lo estuvo hasta que se pensó en la reforma de la plaza, y ocupaba el sitio en que hoy se ve ese magnífico café de tres fachadas. El hospital é iglesia del Buen Suceso fueron fundados en 1438, y reconstruidos un siglo más tarde por el emperador Cárlos V. En el hospital tenian albergue los soldados y criados de la casa real, y en cuanto á su título fué debido á la imágen que figuraba en el altar mayor, encontrada entre unas peñas, inmediatas á Tortosa, por dos obregones, y presentada por los mismos al Pontífice Paulo V, con cuyo objeto fueron hasta Roma á pié.

—¿Y subsistió el templo?...

—Hasta que se verificó la reforma de la Puerta del Sol. Pero este es asunto que merece tambien ser tratado con alguna detencion.

La Puerta del Sol, antes de su reforma, no correspondia á la alteza de sus destinos. La poblacion habia aumentado considerablemente; las calles céntricas ostentaban construcciones del mayor lujo y los palacios dela Carrera de San Gerónimo y calle de Alcalá oscurecian con su grandeza á los edificios del corazon de Madrid. La Puerta del Sol reclamaba imperiosamente una reforma; pero los gastos que habia de ocasionar retraian de emprenderla á todos los Municipios. Finalmente, la ley de 28 de Julio de 1857 tuvo cumplimiento, y aquel recinto, grande solo en el nombre, cuajado de habitaciones mezquinas, tenduchos inverosímiles y alardes de la arquitectura primitiva, y al que afluian numerosas calles estrechas é insalubres fué

trasformado en una plaza anchurosa, de la que parten anchas y ventiladas calles, habiendo sufrido entre ellas un cambio completísimo la de Preciados, convertida en una de las mejores de Madrid. La innegable importancia de la reforma de la Puerta del Sol, nos mueve á ofrecer á continuacion algunos de los datos referentes al coste de las obras.

Empecemos por la seccion administrativa.

Los sueldos del secretario, contador, auxiliar y portero de la secretaría del Consejo importaron durante el período de las obras 278.232 reales y 52 céntimos.

El del abogado consultor, 87.000.

El material de gastos de oficina 217.098 reales y 85 céntimos.

En la seccion facultativa citaremos las principales partidas:

Honorarios del director 100.000 rs.

Sueldos de ayudantes 117.875.

Gastos de viajes á las canteras 2.972

Encargado de la seccion de dibujo,

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
FONDO ANGEL FERRARI

delineantes, sobrestantes y escribientes, 173.140 rs., 59 céntimos.

Material de las secciones de dibujo y escritorios, 162.445 reales 53 céntimos.

Satisfecho por tasaciones á los peritos, arquitectos, auxiliares, delineantes y operarios, 118.541 reales 83 céntimos.

Satisfecho por indemnizacion á los propietarios, industriales, peritos de los dueños y terceros en discordia y á la Hacienda, 54.481 296 reales 86 céntimos.

Gastos causados por los derribos, 9 149 reales.

Por la esplanacion, demarcacion de calles, empedrados, aceras, desagües, alumbrado, fuente central y otros gastos, 2.869.414 rs. 57 céntimos.

Modelos de yeso y madera para las fachadas, 11.720.

Sumando estas partidas tendremos un total de 58 541.886 rs. con 75 cénts., y como quiera que los ingre-

sos de fondos destinados para la reforma de la Puerta del Sol y sus calles afluyentes, desde la instalacion del Consejo en Julio de 1857 hasta su disolucion en Noviembre de 1862, ascendieron á 64.053.901 rs. 92 céntimos, resulta que despues de cubiertos los gastos á que nos hemos referido; de entregarse además por pensiones é intereses á los dueños de censos y casas expropiadas la suma de 388.282 reales y 58 cénts.; de consignarse en la caja de Depósitos por casas expropiadas y por cargas de otras, que no aparecian redimidas, 2.851.655 rs. 37 cénts., todavía pudieron reintegrarse al ministerio de Fomento 2.272.077 rs. y 22 céntimos.

No debe olvidarse, por otra parte, para demostrar que la reforma de la Puerta del Sol no ha sido en realidad tan costosa al Estado como pudiera suponerse, el aumento notable que han tenido los ingresos del Erario por la mayor contribucion territorial que los propietarios de las fin-

cas nuevamente construidas en la zona de expropiacion satisfacen, comparándola con la que satisfacia antes de la reforma. No podia ménos de ser así, atendidos los crecidos alquileres que se están pagando por los arrendatarios de las habitaciones y tiendas en las nuevas casas construidas. Un dato para cerrar estos apuntes: el solar que ocupó el Buen-Suceso y hoy el gran café Imperial, fué rematado en 6.001.000 rs. Solo el solar... Vayan Vds. edificando encima.

En las obras de la Puerta de Sol se invirtieron cinco años, y aun nos parece poco tiempo, considerando lo que es el carácter español.

CAPITULO III

De la calesa al tramvía.—Del farol de aceite á la electricidad.

El movimiento que hoy se observa en el centro de Madrid, y que constituye un incesante va y ven de coches de todas clases, formas y tamaños, arrastrados por caballos de todos colores, pelos y enfermedades, ensordeciendo al transeunte que cruza la Puerta del Sol con grave riesgo de su persona, no le permite reflexionar tranquilamente sobre el progresivo desarrollo que han ido adquiriendo hasta llegar á su actual es-

tado los medios de locomocion. Y eso que este desarrollo sólo corresponde á un cortísimo período de tiempo, á un muy escaso número de años.

Poco antes de la reforma de la plaza, cuando en su centro solo se veian alrededor de la Mariblanca las cubas de aguadores, y flanqueaban las aceras humildes tiendas de varios ramos prosáicos, una parada de calesas, establecida junto al Buen Suceso, indicaba característicamente el casi único medio de locomocion más general y al alcance de todas las fortunas. Los ómnibus, un poco más modernos, solo se estacionaban en dicho punto, juntamente con los coches de colleras en las grandes solemnidades de la córte, ó sea para llevar á los madrileños á las romerías de San Isidro ó de San Antonio de la Florida.

Al ser cambiado el lugar de las ejecuciones capitales, trasladándose al Campo de Guardias, los coches de

colleras, los ómnibus y las pocas calesas que iban quedando, se estacionaron tambien en la puerta del Sol, y sus conductores repetian en todos los tonos el lúgubre grito de ¡A dos reales al patíbulo!

Despues, las calesas fueron disminuyendo, y las berlinas de alquiler aumentando: creyóse imposible que sus dueños llegaran á ver prosperar aquella industria, que implicaba un lujo desmedido y excepcional, y sin embargo los *tres por ciento* y los *simones* crecieron, se multiplicaron, y, si no llenaron la tierra, llenaron al menos las estrechas calles de Madrid.

Una nueva industria introdujo más tarde la reforma capital: las líneas férreas que enlazan los más distantes pueblos, permitiendo resbalar por ellas carruajes movidos por el vapor, se establecieron un dia en la Puerta del Sol, subieron por la calle de Alcalá y llegaron hasta el final de la nueva y hermosa barriada

que inició el Marqués de Salamanca y lleva su nombre. Sobre dichas líneas asentáronse las ruedas de hermosos carruajes, movidos por fuerza animal, y el tramvía ó la tramvía, que no andan muy acordes en esto los puristas, fué un hecho. El pueblo madrileño presenció el nacimiento del nuevo sistema con verdadera indiferencia; más tarde subió á los coches por curiosidad y capricho; los aceptó despues como una necesidad verdadera, y ya en marcha progresiva la industria, corrió sus líneas hasta el barrio de Pozas. A la compañía primitiva siguieron otra y otras; las líneas se multiplicaron; cruzáronse los rails metálicos, y la Puerta del Sol fué el foco, el centro de los nuevos carruajes, que hoy la cruzan en todos sentidos, con evidente peligro de los peatones.

Hoy surje el carruaje Rippert haciendo la competencia al tramvía; sus coches son tan análogos de forma y tamaño, que algunos curiosos

observadores han notado que los nuevos pueden utilizar perfectamente los rails colocados para los antiguos. Misterios son estos de competencia industrial en que yo no entro ni salgo. Consigno la observacion, y nada más.

De todas maneras, y como quiera que sea, el tramvía es hoy el elemento de locomocion á la moda; y lo es, obedeciendo á una ley lógica, pues simboliza y representa de perfecto modo la union de las categorías sociales, la tendencia avasalladora y absorbente de la clase media.

Por cinco ó diez céntimos puede recorrerse cómodamente un largo trayecto, evitando los rayos del Sol, los riesgos del piso ó los regalos de las nubes. ¿Quién no tiene, aun regido por gobiernos españoles, cinco ó diez céntimos?

Por cinco ó por diez céntimos puede acercarse el pretendiente al personaje, el acredor al deudor, el amante á su amada. ¿En qué podria

ser mejor empleada tan exígua cantidad?

Cierto que en ocasiones la tablilla de *completo* impide la realizacion de tales proyectos; pero algo hay que fiar á la suerte en esta clase de asuntos; cierto tambien, que en las subidas y bajadas hay algunos peligros que arrostrar; mas para algo existen los rudimentos de la gimnasia; indudable es, por último, que en los coches de los tramvías no hay reló seguro para la habilidad de los rateros; pero si el temer á los gorriones impidiera la siembra, no habría cosecha posible. En este asunto hay que repetir con el difunto cerillero Lizarbe:

> Si se envenena un amante
> por haber perdido el seso,
> ¿qué tienen que ver con eso
> los fósforos de Cascante?

Y reconociendo que las ventajas superan á los inconvenientes, y que perjudicando á los ménos, benefician

á los más, deducir con el llorado Hartzenbusch, que,

Es de necios ó de locos
preferir el bien de pocos
á la dicha general.

Crucen en buena hora por la Puerta del Sol la lujosa carretela y la aristocrática berlina; defiéndanse en sus últimas trincheras los simones, consagrados desde algunos años á esta parte á recibir á los desesperados que van á pegarse un tiro; recorran en todas direcciones la plaza, los ómnibus de las romerías y fiestas taurinas; los caballos de regalo y paseo; los arañas inverosímiles; los mail-coacks de las fiestas hípicas; los velocípedos de los aficionados á fracturarse las piernas y la innumerable sêrie de diligencias, correos, galeras, carros, carretas, carromatos y carricoches de todas especies, que yo al tramvía me atengo por su marcha reposada, la imposibilidad de su vuelco y lo económico de su tarifa.

Madrid ha crecido tanto, que las mejores piernas no pueden salvar las distancias. De aquí, que los que carecemos de coche propio, que somos unos cuantos, aceptemos con reconocimiento el regalo que nos hace la industria con sus ferro-carriles, y que con lágrimas de gratitud en los ojos, y diez céntimos de peseta en la mano, subamos una y otra vez en los coches del tramvía.

¿Qué llama ahora la atencion de mis acompañantes?

¡Ah! Ya lo veo: ese numeroso grupo, que obstruye el paso no lejos de la calle de Carretas.

Sus frases breves, entrecortadas y misteriosas denuncian algun suceso de la mayor trascendencia.

—¿Por dónde? pregunta uno.

—¡Quién lo sabe! La autoridad le sigue la pista.

—Pues ya verá Vd. cómo le deja escapar.

—¿Y era muy grande?

—Debia serlo.

Aquí el oyente supone que se ha cometido un gran crimen y que el agresor se ha escapado.

Entre tanto siguen los diálogos.

—¿Y era muy negro?

¡Ya lo creo! Como el carbon.

Nuevo indicio: el asesino es indudablemente etiope.

—Lo más extraño del caso es, que se anunció con un mal olor insufrible.

La descomposicion del cadáver es evidente.

—¿Pero volaremos? pregunta una vieja.

Sin duda la interpelante es sorda y supone que se está tratando de una navegacion aérea.

—¡No es sábado! dice un chusco.

—¡Qué disparate! añade un caballero que hay á su lado: esto se vé todos los dias: es una fuga simple.

Comprendido: un suceso habitual, una fuga... Algunos presos del Saladero, ó algun Habilitado... no puede ser otra cosa.

.....

Una cuadrilla de trabajadores se presenta en esto y empieza á desempedrar la Puerta del Sol.

—¡Ciertos son los toros! exclama al verlo un vecino de la calle de la Montera; barricadas, revolucion, grupos... Corro á buscar las colgaduras y el retrato de Ruiz Zorrilla, para colocarlo en medio de la colcha bordada..... entre dos farolitos.

Y, sin embargo, el suceso no puede ser más natural; una fuga del gás del alumbrado en direccion desconocida y subterránea; y las consiguientes precauciones para evitar cualquier desgracia.

Desilusion completa por parte del público, que esperaba por lo ménos alguna impresion excepcional, tal como ver volar el ministerio de la Gobernacion con empleados, legajos, pretendientes y candidatos á la diputacion.

—¡Una solucion perdida! habrán exclamado todos los políticos intransi-

gentes, al ver que no corre peligro el ministerio.

.....

La verdad es que reclama nuestra admiracion el gás, que ennegrece todo á su paso, y que al consumirse esparce grata claridad; que vive encerrado, y muere en cuanto sale al aire libre; que recorre á Madrid en todas direcciones, modesto, como lo es siempre el mérito verdadero, y que al salir á la superficie se vé obligado á iluminar bailes inmorales, comidas políticas, comedias absurdas y hasta las manifestaciones más repugnantes del vicio.

La ciencia ha realizado el prodigio de permitir que los ladrones nocturnos puedan ejercer su industria con la posible comodidad, á la luz de un farol de gás.

Pero algunas veces el gás se cansa de su mision pasiva, y se resiste á iluminar á los mortales: se fuga de su prision y es cojido muy en breve. ¡Sin duda debe ser de peor

condicion que los criminales más empedernidos!

.....

Un extranjero tomando unos apuntes ó *bervetes*, como dicen los académicos de la española.

«Madrid está edificado sobre tierra negra y sus aguas son completamente amarillas. Un magnífico surtidor ocre se eleva de la fuente de la Puerta del Sol y cae abundantemente fuera del pilon. Los madrileños se muestran tan orgullosos de sus aguas, que no quieren que su fuente principal se limite al pilon. He leido en *La Correspondencia*, que una vez se cogieron en dicha fuente veinte arrobas de pescado, suceso verdaderamente extraño y digno de perpétua memoria, como el de la ballena del Manzanares.»

Vaya Vd. á convencer á dicho extranjero de que aquí el gás camina por entre la tierra más que por las cañerías; que lo que sale del surtidor de la fuente es barro y no agua,

REAL ACADEMIA DE LA HIS
FONDO ANGEL FERRARI

y que las veinte arrobas de pescado, cogidas en el pilon, habian sido arrojadas préviamente por algun pescadero que abandonaba el comercio.

.....

Un padre á su hijo (al paño).—Esa tierra que ves está enegrecida por el gás, que sirve para el alumbrado, y que convierte á la noche en dia, sobre todo en la Puerta del Sol, gracias al nuevo sistema de sus faroles.

Yo, sin ser viejo, la ví alumbrada con diez ó doce faroles de aceite de oliva: más tarde triunfó el petróleo; despues el gás...

Poquísimo tiempo hace que el alumbrado eléctrico brillaba á los dos lados de su fuente. Hoy se ensayan otros sistemas de luz eléctrica; pero en este punto, la ciencia no ha dicho todavía, su última palabra; pero la dirá.

—Y diga usted, papá, cuando todo esté ya inventado, ¿en qué se ocuparán los hombres?

—En olvidarlo y destruirlo: esta es la ocupacion incesante de la humanidad.

CAPITULO IV.

El Café y los cafés.—La parroquiana.—Aspecto general.—Diálogos al vuelo.—Datos estadísticos.

Ahora, si hemos de tomar algun descanso, ruego á mis acompañantes que me sigan al «Café Imperial,» que es un verdadero coche parado.

Allí, sentados en suscómodos divanes podremos examinar lo que son hoy los cafés y apuntar algunos datos curiosos, referentes á los mismos.

Perfectamente. Hénos instalados en el local que ocupó la Iglesia del Buen Suceso.

Seguramente que ninguno de los

que me acompañen en mi viaje desconoce lo que es el café; pero acaso no sean tantos los que puedan dar razon de su origen y propiedades.

El café no es otra cosa que el infuso de las semillas del árbol *Coffea arábica*, despues de mondadas, tostadas y pulverizadas. El principio aromático del mismo es debido á su torrefaccion, en la cual deben evitarse los extremos, pues si se tuesta poco no se desarrolla el principio aromático, y si se tuesta mucho se disipa: lo mismo sucede cuando se hace hervir. El mejor café procede de Moka (Arabia); pero tambien lo hay escelente en la Martinica, Santo Domingo y otras colonias europeas. Respecto á su preparacion, Brillat-Savarin en su célebre obra, tan apreciada por los gastrónomos, aconseja que se eche el agua hirviendo sobre el polvo del café, colocado en un colador, y recojida la infusion se caliente hasta la ebullicion y se cuele despues. El café es esci-

tante por escelencia, activa la digestion, acelera la circulacion y aumenta la traspiracion y todas las demás secreciones. Obra muy especialmente sobre el cerebro y ocasiona el insomnio y dispone para las creaciones mentales; mereciendo el dictado de *Hipocrene de los sábios* que le dan algunos autores. Los efectos producidos por el café se desvanecen á las seis ú ocho horas; pero abusando mucho de esta bebida se producen la debilidad, la palidez, la demacracion y las palpitaciones.

Para que no se teman estos funestos efectos advertimos que el azúcar disminuye sus cualidades estimulantes, que la leche le comunica principios nutrivos y disminuye sus cualidades aromáticas, y que la mayor parte del café que se facilita en los establecimientos públicos es de achicoria silvestre ordinaria.

Pero, así como la Puerta del Sol lleva este nombre, á pesar de no haber puerta en que se funde el dicta-

do, así los establecimientos que llevan el nombre de «cafés» despachan toda clase de géneros ménos café. Por fortuna de dichos establecimientos sus habituales concurrentes no reparan en tan poca cosa, y toman la infusion que se les facilita sin reparar si procede de Moka ó de Alemania, sin examinar si toman *Coffea arábica* ó *Cichorium intybus*.

Pero si el café puede calificarse de verdadero contrabando en los establecimientos que llevan su nombre, en cambio abundan en los mismos las bebidas alcohólicas y refrescos, y gracias á una innovacion de época reciente, los almuerzos y cenas de todas clases, pasteles y fiambres.

Esta innovacion ha contribuido poderosamente á que los cafés, concurridos antes solo de noche, se encuentren llenos de gente desde las primeras horas de la mañana y con especialidad al medio dia y desde el anochecer en adelante.

El público que concurre al medio

dia á los cafés no merece especial estudio: empleados que abandonan sus tareas para despejarse de los trabajos que no han hecho y prepararse para los que no han de hacer; bolsistas que preparan sus negociaciones; cesantes, que cansados de murmurar en pié de los ministros todos, se sientan junto á la mesa de un café para proseguir su ocupacion; jugadores que esperan la hora de que se abran los garitos; estudiantes que han faltado á clase y que no han podido acaso aprovechar el dia para pasear, por el viento ó la lluvia; periodistas que buscan ó inventan noticias para la última hora de sus periódicos; actores que murmuran de sus empresarios; empresarios que murmuran de sus actores; poetas dramáticos que apuntan un efecto ó planean un acto de comedia; militares en activo servicio que se cansan de pasear su aburrimiento y descansan de sus imaginarias fatigas: hé aquí la concurrencia constante al

medio dia en los cafés de Madrid.

La concurrencia nocturna es en extremo variada, y tiene su principal carácter en la circunstancia de formar parte muy especial de la misma el bello sexo.

No hay necesidad de añadir que donde van los astros van los satélites, y que al lado de una mesa donde se ve alguna mujer, es seguro que se verán no pocos hombres de distintas edades y condiciones.

Un tipo existe en los cafés que merece estudio preferente: el del concurrente asíduo, que toma posesion de una mesa, antes de que se enciendan las luces y no la abandona hasta que los camareros le advierten á las dos de la madrugada que se va á cerrar el establecimiento. Existen ejemplares de este tipo en ambos sexos; pero el concurrente hembra es indudablemente más extraño que el varon.

Puede asegurarse que la abonada al café es una excepcion de su sexo;

para ella la casa amenaza siempre ruina, segun el empeño que muestra por estar ausente de la misma; no conoce los goces de la familia; ignora el precio de los comestibles y de las hechuras de los vestidos; ha olvidado el punto de la media; desconoce lo que es el bordado y la costura y empieza á olvidarse de que es mujer. Conoce en cambio en sus menores detalles el servicio interior del café; llama por su nombre á todos los camareros; conoce y refiere á cuantos quieren oirla la historia de todos y de cada uno de los habituales concurrentes al café; lee todos los periódicos que se reciben en el establecimiento y compra *La Correspondencia*, cuya lectura la ocupa un par de horas; murmura de los ministerios y arregla á su antojo el mapa de Europa y hasta el, para ella, desordenado movimiento de los astros. Suele tener una córte de pretendientes, á los que favorece con su influencia, pues generalmente es persona

bien relacionada ó que finje serlo; habla con entonacion elevada y como escuchándose, toma café con algunas gotas de rom todas las noches y paga de una vez cuando cobra su pension, pues la concurrente asídua suele depender de alguna viudedad ú orfandad que satisface el Tesoro público.

Se desconoce, sin embargo, su estado civil, pues al paso que algunos de sus conocidos afirman haber tratado á su difunto esposo, que era intendente de provincia ó comandante de Estado Mayor de plazas, otros aseguran que sigue percibiendo la pension en concepto de huérfana y que pertenece al estado honesto, mal que pese á sus detractores.

No falta tampoco quien colocándose en un término medio confirma que la parroquiana es soltera; pero que el difunto tuvo cierto parentesco con ella, como de primo ó cosa así.

Sea de esto lo que quiera, la parroquiana no rehuye ciertas conversa-

ciones, que se avienen mal con una doncella y suele retirarse sola á su casa ó á la de doña Jacinta, en la que se reunen unos cuantos amigos para pasar el rato, probando su suerte con el libro de las cuarenta hojas.

La edad es otro de los puntos oscuros de la parroquiana: casi tanto como su estado. A primera vista parece tener unos cincuenta años, pero ella que es muy formal, y no dice hoy una cosa y mañana otra, asegura tener treinta y cinco, lo mismo que decia diez años antes y dirá dentro de otros diez. Tal vez consista este fenómeno en que como unos amigos la llevan cuatro años, otros seis y otros ocho, la parroquiana ha logrado como el personaje de una comedia, plantarse en los que dice y llegará á quedarse sin ninguno.

Dichosa ella para quien nada supone la despiadada marcha del tiempo.

Un café, por la noche, presenta un golpe de vista animadísimo é imposi-

ble de describir. Hombres que transitan difícilmente por entre las apretadas filas de mesas, buscando su círculo, acudiendo á la cita que les han dado ó recreándose complacientemente contemplando la belleza de alguna hija de Eva; niñas que se abren paso entre los hombres para tomar por asalto un velador; camareros cargados con monumentales bandejas, llenas de todo género de refrescos y bebidas; otros que llebando desde hace años solo dos cafeteras no han logrado todavía aprender á llenar un vaso ni á distinguir la que es del café de la de la leche; vendedores de bisutería, de corbatas, de pañuelos de hilo, de periódicos y de libros; repartidores de entregas de novelas; pobres que logran penetrar en el establecimiento á pesar de la terminante probibicion del dueño y que van recibiendo en proporcion desconsoladora limosnas y malas razones; curiosos, hombres de negocios, militares de todas clases, cuer-

pos y graduaciones; hé aquí la concurrencia que llena y anima los establecimientos á que nos referimos.

En ellos se habla en voz alta, sin cuidarse de que el vecino pueda escuchar, y el ruido de las conversaciones es el único que se percibe desde que fué desterrada la música de los cafés del centro de Madrid.

Pero ¿qué trozo de ópera sería equivalente á los mil animados diálogos que se escuchan en un café? ¿Qué *potpourri* musical podria equivaler á los fragmentos de las conversaciones que pueden oirse al paso?

.....

—Aquí nos hemos vuelto locos, dice en un mesa un vate melenudo; ya no se aplaude el verdadero mérito; ya no se representan buenas comedias ni se escriben libros á conciencia.

—*¡La Condesita!* dice un librero ambulante, *¡La Chula! ¡Los misterios del Saladero! ¡Los misterios de la calle de Panaderos!*

—¿Pues, y la prensa periódica? replica un compañero. Vea Vd. el estado del timbre... ¿qué es lo que recibe mejor el público? ¿Cuáles son los periódicos predilectos?

—*¡El Cencerro!* grita una vendedora.

.....

—Supongo que vendrá Vd. con buen fin...

—Sospecha Vd. injustamente, señora.

.....

—Estábamos uno al lado de otro; los faroles del Prado lanzaban una luz tan ténue como la que tolera el Ayuntamiento; su corazon palpitaba; la mamá dormia...

.....

—¿Y qué sucedió despues que me marché?

—Poca cosa: se aprobó el acta de Belchite; los republicanos abandonaron el salon, el presidente rompió la campanilla y los porteros despejaron las tribunas. El sistema parlamen-

tario está gravemente enfermo.....

.....

—Y morirá, dicen en otra mesa. La última consulta facultativa ha hecho perder toda esperanza: la patria perderá un buen poeta.

—Pero ¿que enfermedad padece?

—No falta quien dice que está envenenado.

—¡Se habrá comido alguna de sus obras!

.....

—¿Y no podré saber cuándo me pagará Vd. aquel pico?

—No deseo otra cosa; pero los tiempos están muy malos.

—No sé cómo puede Vd. dormir teniendo tantas deudas.

—Lo que es eso no me preocupa: mis acreedores son los que ignoro cómo pueden dormir.

.....

—¡Si no estuviéramos en un sitio público, yo le enseñaria educacion¡

—¡Caballero, me dará Vd. una satisfacion!

—Para mí las quisiera.

—¡Insolente!

Una disputa: alejémonos, no tengan alas las botellas.

.....

—¡Soberbios brillantes! dice una señora á otra.

—*¡Objetos de dublé fino!* pasa diciendo un quicallero.

.....

Junto al mostrador acaba de tomar asiento un antiguo progresista.

Un camarero grita á la entrada de la cocina; «¡Un beafteak con muchas patatas! ¡Dos chuletas á la papillot! ¡Una tortilla de jamon! ¡Jamon con tomate! ¡Jamon en dulce!»

¡Tardias compensaciones de pasados ayunos y abstinencias!

.....

—No puedo esplicarme lo glotones que son algunos hombres,—dice la mamá de una niña, interrumpiendo la conversacion que sigue esta con un mancebo:—yo no he comido

hoy y apenas puedo tomarme este café con tostadas.

El novio suspira; pero no toma la palabra en contra. Recuerda sin duda el número de tostadas que ha pagado á su presunta suegra.

.....

—¡En el encuentro último de la última guerra vencieron los carlistas!

—¡En el encuentro último vencieron las tropas!

—¡Lea Vd. mi periódico!

—¡Lea Vd. el mio!

—No lo necesito.

—¡Los carlistas muertos pasaron de ciento!

—A doscientos ascendieron las bajas de las tropas.

—Yo ví á raiz del suceso, cartas en que se ponderaba el valor de unos y otros combatientes.

—¡Pobres madres!

—¡Pobres huérfanos!

.....

—¿Y qué me dice Vd. de la moderna aristocracia?

—¿Y de los caballeros grandes cruces?

—Desengáñense ustedes, señores: cuando venga la legitimidad, que será un dia de estos, se arreglará todo.

—¿Pero Vd. no es empleado de la situacion?

—Sin duda; pero mis simpatías están á favor del legitimismo.

—¿Y si viene la federal?

—Si triunfa la democracia haré valer los méritos de un tio mio, que murió en el canton de Cartagena, para que me conserven en mi destino. El verdadero patriotismo consiste en no crear obstáculos á ningun gobierno constituido.

—Y comer con todos, ¿no es cierto?

.....

—Pero, Juan ¿por qué me has traido aquí donde hay tanto *señorio?*

—No me subleves, Teresa: todos los hombres *semos* iguales: cien veces me lo ha dicho *el rubio*.

—¿Quién? ¿El mozo de billar?

—El *mesmo;* y cuando él lo dice, sabido se lo tendrá.

—¡Valiente *presonage!* Mil veces te he dicho que no te *ajuntes* con él; es internacional, *petreolista* y ha estado en el *clú* extranjero.

—Querrá decir en el Congreso de *El Haiga!*

.....

—El mundo está perdido, señor don Frutos: ¡este afan de libertad que caracteriza á la juventud atraerá el castigo del cielo!

—¡Qué diferencia de los tiempos en que estudiábamos en el Seminario de Nobles!

—Ya no hay una regular procesion, ni se dan los espectáculos de la Plaza Mayor y sus juicios públicos; en la casa de la Inquisicion hay una imprenta; sobre el quemadero un hospital; en la plaza de la Cebada un mercado; la horca en ninguna parte!

—¿Querrá V. creer que el rey pasea sin escolta?

—Pues ¿y el lenguaje de los periódicos republicanos?

—Por fortuna, esto acabará muy pronto.

—¿Qué me cuenta Vd?

—La verdad: los ejércitos de don Cárlos atravesarán de un momento á otro los Pirineos y pernoctarán en Alcorcon. Acaso mañana mismo...

—¡Silencio, que ese de enfrente fué sargento de la Milicia Nacional!

.....

Imposible nos sería dar una idea de los mil y mil diálogos que se cruzan de mesa á mesa y que confundidos en un solo y desacorde rumor aumentan á veces hasta asemejarse al rujido de las agitadas olas del mar ó disminuyen repentinamente hasta el extremo de convertirse en un leve rumor comparable al que puede producir el viento al mover los árboles.

Quejas, satisfacciones, disputas, agudezas, declaraciones amatorias, carcajadas, interjecciones de todas clases se mezclan, se confunden y se

multiplican. El empleo de la lengua da idea de lo que puede ser el movimiento contínuo, buscado en vano por la ciencia.

Pero, si la concurrencia de los cafés es digna de estudio, el de dichos establecimientos, bajo su aspecto mercantil no lo es ménos, y se presta á nuevas reflexiones.

La casualidad nos ha hecho conocer algunos detalles del *Café Imperial* en que nos encontramos y vamos á reproducirlos, como punto de partida para nuestros ulteriores cálculos.

El solar de la casa mide 9.000 piés y fué adjudicado por 6.001.000 rs. segun hemos dicho en uno de los anteriores capítulos.

El café ocupa 7.000 piés del cuarto bajo, igual espacio del entresuelo y otro tanto de sótanos. Al abrirse al público importaban los gastos anuales del establecimiento:

Contribucion.....	8 000 rs.
Alquiler.....	280 000
Sueldo de dependientes.	172 500
Luces de gás.....	262.800
Renovacion de efectos, al respecto de 25 por 100 al año.....	207.600
Total.....	930.900

Es decir, 2.550 rs., 68 cénts. diarios

Su inventario, en la misma fecha. esto es, en 1864, era el siguiente:

Mesas de billar (tablero de caoba macizo, bandas de palo santo y el resto de palo de rosa) 6.—Veladores de cristal, 71.—Mesas de marmol de Italia, 80.—Sillas de tapicería, 600.—Garapiñeras, 50.—Cafeteras, 100—Teteras, 100—Vasos, 5.000.—Tazas, 3 000. Platillos para el servicio del café, 6.000.—Copas y platillos de cristal, para dulce etc., 1.000.—Botellas de cristal, 800—Vinajeras, 24.—Jícaras, 700.—Bandejas redondas, 300.—Bandejas de plata para el sevicio exterior, 10.—Poncheras y cucharo-

nes para cerveza, 100.—Cucharones para servir ponche, 100.—Cucharitas doradas, 90 docenas.—Cubiertos, 30 docenas.—Moldes para hacer quesitos, 2 000.—Paletas doradas para tomarlos, 12 docenas —Servilletas, 200 docenas —Manteles, 100 docenas.—Paños de servicio, 500.—Banquetas de tapicería, 30.—Relojes, 10.—Jardineras, 2.

Resúmen del valor de los anteriores artículos:

Decoracion del establecimiento.....	240.000 rs.
Mesas de billar.....	45.000
Sillería, veladores, mesas y demás servicio.....	500.000
Géneros de consumo.	240.000
Total.....	1.025.000

El café tiene 16 3|4 piés de elevacion; 20 puertas; 120 luces de gas y 50 dependientes.

No negaremos que el café de que tratamos es uno de los más importantes de Madrid; pero, además del

mismo, existen, sólo en la Puerta del Sol:

El café Universal.
El café Oriental.
El café de Correos.
El café de Lisboa.
El café de Levante.
El café de las Columnas.

Calculando que cada uno de estos cafés sea una mitad del *Imperial*—por término medio y quedándonos muy cortos—tendremos que pagan por contribucion entre todos 32 000 reales; por alquileres 1.120.000 rs.; por sueldos de dependientes 690.000; por luces de gas 1.451.200; por renovacion anual de efectos 843.400.

O lo que es lo mismo; 10.202 reales diarios.

Calculando en medio real la ganancia que cada concurrente deja, tambien por término medio, al dueño del café, tendremos que es necesario que asistan diariamente á los cafés de la Puerta del Sol 20.404 con-

sumidores, únicamente para reintegrarles de sus gastos.

Hemos tomado como término medio el tipo de 50 céntimos de real por concurrente, porque si bien es cierto que muchos de ellos dejan beneficio mayor, no es justo pasar en silencio la corta ó ninguna utilidad computable á otros muchísimos, que asisten solo para pasar el rato ó cometer el crímen de matar el tiempo tan arraigado en el carácter español y más principalmente en el madrileño: la abundancia de los cafés servidos á domicilio, y las *gotas* de *rom*, *cogñac* y otros licores que se adicionan al café sin aumento de precio. Estas gotas, suponen, solo en los establecimientos del centro de Madrid, una arroba diaria.

La costumbre de asistir al café está hoy desarrollada en Madrid, como nunca pudieron haberlo sospechado nuestros abuelos; y se esplica en cierto modo, porque son los cafés el unico refugio, la única tri-

buna donde las desconocidas medianías que tanto abundan entre nosotros, pueden tomar el desquite de tanta saliva como la adversa suerte les hace tragar durante su fatal existencia, que ni siquiera les ha llevado á un ministerio ó á una embajada.

Y, seamos justos: seria una crueldad verdadera exijir el sacrificio de este desquite á nuestros hombres de Estado y á nuestros hacendistas de la mesa de café.

Los que recordamos las botillerías y horchaterías de hace treinta años, donde siendo niños pasábamos deliciosos ratos admirando al cuco ó al arlequin de aquellos armarios antidiluvianos que se apellidaban relojes de música, sentimos una especie de desconsuelo al penetrar en los modernos cafés, donde sustituyen á las risueñas caritas que llenaban las botillerías de antaño, hormigueros ó avisperos de hombres con caras macilentas, envejecidas antes de tiempo; hombres cuyas voces confusas,

cuyas actitudes cansadas ó hastiadas, parecen indicar más bien que este es un lugar de martirio lento, digno de la pluma de un Dante, que no un sitio de espansion y descanso de las diurnas fatigas.

Mas, cómo habiamos de exigir que todos pensasen cual nosotros? Las delicias de la vida doméstica tienen grandes encantos. ¿Quién podria negarlo? El más empedernido solteron siente rejuvenecerse, siente vibrar en lo más profundo de su corazon una cuerda tiernísima y conmovedora cuando levanta sobre sus rodillas un angelito de esos que pululan en España, con más abundancia que en otro país alguno; pero obligad al padre más amante de sus hijos á vivir eternamente rodeado de esos pedazos del alma y de la prosa de la doméstica existencia, y le volvereis un sér incomprensible é insufrible. Quitad al pobre empleado, cuya vida se pasa en el rincon de una lóbrega y mal ventilada oficina el rato que consa-

gra al café, léjos de los chillidos de su amada prole, de las quejas de su querida costilla, de los espedientes de su despacho y de la mirada siempre grave y siempre adusta de su jefe; obligadle á pensar siempre en las botas de los niños; en la cuenta de la modista, y en la del sastre, y en lo exajerado de los alquileres, y contribuireis á hacer un ser increible, ser predestinado á cualquier cosa, menos á la vida sociable. Respetemos, pues, las leyes de la compensacion, sin las cuales la existencia seria imposible, y dejémonos de tronar contra los cafés, porque hay vicios sociales aun mucho más funestos para los madrileños que su asiduidad en concurrir á dichos establecimientos.

Moratin, á pesar de su mal carácter, habría de reformar su opinion si hoy viviera respecto á los cafés á los que solo debía irse «á tomar café» segun sus propias palabras.

Entre otras razones, porque los modernos cafés no se parecen en

nada al que favorecian con sus visitas D. Hermógenes, D. Eleuterio, don Pedro y D. Serapio, para consumir el líquido que quisiera servirles *Pipí*.

REAL ACADEMIA DE LA HISTO
FONDO ANGEL FERRARI

CAPITULO V

Ministerio de la Gobernacion.—El edificio y el arquitecto.—El reloj.—Correo central.—Gabinete central de telégrafos.—Rápida ojeada al piso principal del Ministerio.

Si el célebre arquitecto D. Buenaventura Rodriguez hubiera tenido la suerte de lograr entre sus coetáneos igual fama que en nuestros dias ha logrado, el único edificio oficial que existe en la Puerta del Sol no ofreceria el aspecto mezquino que hoy presenta. Por desgracia, los planos que presentó Rodriguez para

una casa de Correos fueron rechazados, como lo habian sido otros muchos de los suyos, y se encomendó la ejecucion del actual Ministerio de la Gobernacion de España al arquitecto francés D. Jaime Marquet, quien llevó á cabo su obra en 1768. No es esto decir que el edificio que nos ocupa sea despreciable bajo el punto de vista artístico; pero sí lamentar que por preocupaciones ó mal gusto de nuestros abuelos no sea lo que indudablemente hubiera sido, ejecutándolo nuestro compatriota D. Buenaventura Rodriguez, glorioso representante de la arquitectura española en el siglo XVIII.

En medio de todo, el arquitecto francés cumplió como bueno al dirigir la construccion de la antigua casa de Correos, y á no haber sido por que al proyectar el edificio se le olvidó la escalera, como lo comprueba el hecho de hallarse practicada la actual en los huecos de la pared del patio, con mesillas en los medios

puntos del pórtico, la obra hubiera honrado al autor.

El edificio está aislado por sus cuatro fachadas: la principal mira al N., y consta como todas las demás, de un zócalo, piso bajo, entresuelo y principal. El cuerpo central sale algo de la fábrica y lo forman un espacioso arco de medio punto que sirve de ingreso al edificio, y el piso principal con un balcon de mucho vuelo sostenido por cuatro grandes ménsolas con molduras y cabezas de leones en los frentes, rematando con un frontispicio triangular, en cuyo tímpano están las armas reales con leones y trofeos, ejecutados como toda la parte de escultura del edificio, por D. Antonio Primo. Las demás fachadas ofrecen muy escaso interés artístico. Vénse en el interior dos patios circundados de un pórtico sobre el que se levanta el piso principal del edificio. Este es de piedra de Colmenar en su mayor parte, granito en los zócalos exterio-

res y en los pórticos de los patios y ladrillo fino en los entrepaños de las fachadas, y sostiene un reló en una torre cuadrangular, acerca de cuya marcha desordenada durante largos años dijo un escritor epigramático:

—Ese reló tan fatal
que hay en la Puerta del Sol,
dijo á un turco un español,
¿por qué anda siempre tan mal?
El turco, con desparpajo,
contestó, cual perro viejo:
—Ese reló, es el espejo
del gobierno que hay debajo.

El epígrama se ha hecho antiguo y carece de aplicacion desde que nuestro hábil compatriota el relojero Losada, regaló al Ministerio el reló que hoy tiene.

Lo que no nos atreveríamos á jurar es que el reló haya seguido respondiendo siempre al carácter de *los ministros que hay debajo*.

Construido para Casa de Correos el edificio en cuestion, aun puede

verse tapiado en la calle de Carretas el pequeñísimo buzon que durante largos años satisfizo todas las necesidades de los madrileños: más tarde sirvió tambien uno de sus patios y parte de la planta baja cubierta para las oficinas y talleres del Telégrafo. Hoy, si bien conservando las oficinas supremas de ambos ramos en el recinto, no encierra dichos talleres: sería imposible, dado el aumento que han tenido las comunicaciones.

El Correo Central se ha apoderado de la casa que construyó con sus propios fondos y para tipográficos fines *La Gaceta de Madrid* en la calle de Carretas.

El Telégrafo central se ha corrido á la casa que sirvió en lo antiguo para caballerizas de los correos, y que tiene su ingreso por la calle del Correo, y fachadas á la plaza de Pontejos, callejon de la Paz y plaza de San Ricardo.

Y como quiera que nuestro viaje reclama algun tiempo, echaremos

un vistazo á las oficinas del Correo y otro á las del Telégrafo.

Las actuales oficinas de Correos, traen inevitablemente á la imaginacion las fases varias y el desarrollo sucesivo del servicio de comunicaciones. Cuáles hayan sido estas en España nos es muy fácil saberlo con solo acudir á la buena amistad de una de las personas más autorizadas é inteligentes en el ramo, del oficial don Joaquin Compañel, que en la introduccion histórica á su excelente *Guía del empleado de Correos*, se expresa en estos términos:

«Los Reyes Católicos aparecen como los primeros que se ocuparon del correo con más ahinco, encomendando á los magnates que les acompañaron en sus afortunadas guerras de Andalucía y reino de Granada, los servicios postales en el nuevo país conquistado; de este modo siguió hasta el reinado de Felipe V (1700) en que, generalizándose la correspondencia, hubo este monarca de

hacer depender del Estado el servicio del Correo; mas al poco tiempo, fuese porque la Administracion Oficial por su atraso no diese resultado ó bien porque el interés venciese al pensamiento de la centralizacion, el servicio postal fué de nuevo recomendado á la gestion particular; pero el mismo Felipe V volvió á rescindir los contratos, quedando declarado el Estado administrador del ramo en toda la nacion.

El servicio de Correos fué adquiriendo desde esta época nueva importancia con los reales decretos é instrucciones que se daban para llevarlo á cabo, llegando ya su buena administracion en el mismo reinado de Felipe V, á llamar la atencion de este monarca para encomendar á la renta de Correos la administracion y polícia de los caminos, puentes y barcas y la polícia de las posadas, dándose al efecto importantes disposiciones. Por entonces, en 1736, dióse por primera vez á luz una des-

cripcion general para escribir á todar las ciudades de España, villas y lugares más incógnitos de ella, y en 1747 comenzaron á ejercer la privativa y omnímoda jurisdiccion contenciosa del ramo de Correos y Postas primeros secretarios de Estado y del despacho como Superintendentes generales. En 1776 se creó un tribunal superior, titulado Real junta de Correos y Postas de España é Indias, que preparó la Ordenanza general de 1794, que aun rige en casi su totalidad.

Confiado el servicio postal á asentistas que á su vez lo subarrendaban á otros especuladores, los porteos de la correspondencia se hacian á voluntad. Por Real decreto de 7 de Diciembre de 1716 dió Felipe V un reglamento para la cobranza de los portes en el Correo general de Madrid; pero esta escepcion aumentó el desórden de las tarifas, si bien fué la primera base de su organizacion. Entonces variaba la exaccion de este

derecho entre 12 y 28 maravedises por carta sencilla, sin contar los recargos locales, y este caos siguió hasta que en 6 de Agosto de 1779 se dió una nueva Real Orden fijando el porte en toda la península é Islas adyacentes bajo la base de zonas ó cajas generales; pero este gran adelanto rodeado ya de abusos casi al mismo tiempo de establecido, hubo de estudiarse de nuevo y en 10 de Abril de 1815 se dió otra Real Orden señalando nuevas tarifas y prohibiendo los recargos.

Para los periódicos é impresos no hubo tarifas hasta el 6 de Agosto de 1779, porque solo circulaban por aquella época «La Gaceta de Madrid» una vez por semana y el «Mercurio» periódico mensual, porteándose como cartas, si bien haciéndoles gracia de la mitad del precio. En este estado continuó la *prensa* de aquella época, hasta que en 26 de Febrero de 1835 se publicó una tarifa para los impresos, bajo la base de sus dimensiones

que pronto hicieron ver su inconveniencia por lo caro que salia su importe, llegando algunos periódicos á costar seis cuartos por número. En 13 de Julio del año siguiente se rebajó esta tarifa á dos cuartos y un cuarto por pliego segun tan año.

En 1845 acometióse de frente la reforma postal, y la fecha de 12 de Agosto del mismo año, la de 1.° de Setiembre de 54, y la de 15 del mismo mes de 1872 muestran que la Direccion de Correos se inspiró en todos los adelantos modernos, para dotar la parte de tarifas del beneficio de aquellos.

El número de las expediciones corría á la par de las escasas necesidades que sentian el comercio, la industria, y las relaciones particulares; y así se vé que á mediados del siglo pasado solo habia una expedicion por semana entre los principales pueblos de la Península y bi-mensual con el extranjero, siendo ya dos en el reinado de Cárlos III, su-

biendo á tres y cuatro en 1844, comenzando á ser diarias en el año de 1843 en la línea de la Mala, á cargo de contratistas. En 1.° de Mayo de 1845, siguió esta mejora á la línea de Cataluña. En 1.° de Abril de 1846, á la de Valencia y Badajoz... Por Real Orden de 27 de Junio de 1857, se establecieron conducciones diarias á todos los pueblos.»

Basta la ligera reseña histórica que precede y dirigir una rápida ojeada á las oficinas de Correos, para que se comprenda lo que vá desde el régimen postal de los Reyes Católicos, al de los tiempos que hemos tenido la fortuna de alcanzar.

Cuando sentados en una cómoda butaca, junto á una mesa de despacho, ponemos el sobre á una carta y escribimos la direccion que debe servir de guia para conducirla á su destino, nada más ajeno de nosotros que pararnos á meditar el número de operaciones á que debe ser aquella sometida.

No ha faltado, sin embargo, algun estadista que se ha complacido en contarlas, siguiendo una carta desde que entra en el buzon de la casa de Correos, hasta que llega á poder de la persona á quien vá dirigida; pero ocupado en esta investigacion, ha olvidado otra no ménos curiosa é interesante.

Me refiero á la media hora anterior á la salida de los coches, cuando las bocas de los leones, que tanto papel tragan durante el dia, reciben por cortesía el alimento que se les proporciona despues de las siete, y lo retienen en la garganta durante algunas horas.

Aquel *maremagnum* en que se agitan los empleados llenando sus respectivos deberes con una pasmosa celeridad; el ruido producido por la inutilizacion de los sellos; el espectáculo de las numerosas resmas de impresos, salidos hace un instante de la prensa, y que dentro de horas serán leidos con avidez en las pobla-

ciones más remotas; los paquetes de la correspondencia privada, donde tan heterogéneos asuntos como deben contener se mezclan y confunden en una caja, para separarse luego en los puntos á que son dirijidos, todos estos espectáculos, tan pobres á primera vista, convidan á la meditacion y dan asunto á prolongadas y diversas consideraciones.

Allí, en democrático consorcio, se juntan momentáneamente las cartas del banquero y del mendigo, del hombre honrado y del criminal. Allí el papel ministro y el papel de estraza obtienen iguales honores é idéntico tratamiento: la tradicional oblea tropieza con el sello nobiliario; el sobre satinado con la indefinible plegadura de la epístola soldadesca; allí mueren los rangos, desaparecen las categorías y se pierden en el fondo de un cesto la letra del poeta y la del memorialista, el autógrafo que alcanzará dentro de siglos exorbitantes cantidades, y el que servirá

para los usos más vulgares apenas descifrado.

En aquellos diseminados paquetes, en aquellos millares de cartas de todos tamaños y formas, ¡qué diversidad de noticias se encierran! el sobre de muchas de ellas suele revelar su contenido. Esa carta perfumada expresa el amor correspondido, lleva consigo la esperanza y la felicidad; esa otra, cuyos negros cantos denuncian una existencia ménos, lleva tal vez á una familia dichosa la primera noticia de que acaban de herirla la orfandad y la miseria; aquella en cuyo sobre ha dejado una mano huellas visibles de sudor y polvo, puede adivinarse que empieza con las siguientes frases: «Me alegraré que al recibo de estas cuatro letras (¡y ocupa las cuatro caras!) te halles con la más cabal salud que yo para mí deseo.» Las otras llevarán indudablemente la queja del amante despreciado; la peticion de dinero del estudiante, que segun la repeticion con

que pide para libros debe poseer ya una biblioteca de miles de volúmenes; la amenaza del ofendido; la quiebra del comerciante; la circular del especulador; la satisfaccion del ofensor; el acuse de recibo de alguna deuda; las quejas de no haberse hecho efectivas muchas; la participacion de un matrimonio reciente; el anónimo cobarde que va á producir acaso desgracias en una familia tranquila; la declaracion del suicida al despedirse del mundo y la epístola del corresponsal que dice á veces lo que sabe y no suele callar lo que ignora.

Y si de los paquetes de la correspondencia privada pasamos á los de la oficial, no ménos importante ni digna de mencion la encontraremos. Ella comunica á una localidad la concesion de una obra de interés para sus hijos; sorprende al labrador con la exigencia de los tributos; concede al industrial aprovechamiento de algunas aguas ó terrenos y lleva á toda la circunferencia la vida del cen-

tro, para volver á absorberla nuevamente como sucede con la circulacion de la sangre en el cuerpo humano. Desgraciadamente, y á pesar de las razones morales y administrativas que lo condenan, muchas de esas cartas al llegar á su término dejan sin pan á una familia, y en el lenguaje especial de los empleados se llaman *cesantías*. Y si esas cesantías solo supusieran cesar de trabajar, ménos mal; pues no hay nadie que á la corta ó á la larga no se acostumbre al descanso; pero como no es posible cesar de comer, introducen un espantoso desequilibrio en el interior de la casa herida por el rayo de la desgracia, naciendo de ese desequilibrio, que mata la vida del trabajo, la vida de la trampa, la vida de la limosna, ó la vida del crimen.

Parece increible que de tan pequeñas causas nazcan efectos tan grandes; que medio pliego de papel doblado y manuscrito, lo que se ha convenido llamar *una carta*, que es

segun los niños, en su parte material,

blanca como la leche,
negra como la pez,

en su mision

hable y no tenga boca,
ande y no tenga piés.

La casa de Correos es la depositaria interina de nuestros temores y de nuestras esperanzas, de nuestros pesares y de nuestras alegrias; y los carteros, esos Mercurios de uniforme que están á su servicio, y cambian con el mayor desintéres una respetable herencia por cinco céntimos ó nos entregan riéndose un documento que nos reduce á la miseria, son nuestros salvadores ó nuestros verdugos.

¡Cuántas veces los esperamos con ánsia!

¡Cuántas otras les haríamos rodar la escalera!

En el piso bajo del Ministerio de la Gobernacion y ocupando las habitaciones que dan á la Puerta del Sol y calle de Carretas, se encuentra el despacho del Director de Correos y Telégrafos, con sus secretarios y auxiliares de ambos ramos. Y puesto que al de Correos hemos consagrado algunas páginas, justo es que tambien lo hagamos con el de Telégrafos, cuyo creciente desarrollo ha hecho que sus talleres y oficinas, abandonando el edificio principal se posesionen de otro, comprendido entre la calle del Correo (donde está su puerta principal) y las de san Ricardo, Paz y Pontejos. Este edificio, compuesto de tres pisos, encierra las oficinas de la Direccion General de Telégrafos y el gabinete Central, en el que vamos á permitirnos penetrar, acompañados por nuestros constantes compañeros de expedicion.

Antes sin embargo, de verificarlo, y á manera de introduccion, diremos dos palabras del Télegrafo, de

ese charlatan sempiterno, que tantas y tantas trasmite, sin agotar nunca su elocuencia.

El telégrafo no es un invento moderno, como pudiera creerse: los antiguos lo empleaban, aunque no con la frecuencia que nosotros, sirviéndose de fuegos, fanales ó banderas, y otros signos convencionales, como palos y tablas. Desde luego que estos medios de comunicacion distan infinito de la perfeccion que tiene hoy el servicio telegráfico, pero no puede desconocerse que aquellos elementales ensayos fueron el indudable fundamento del telégrafo moderno. Muchas han sido las pruebas hechas antes de llegar á la perfeccion. El Doctor Hooke en 1634 hizo algunos ensayos. A estos siguieron los de Kircher, Kester, D'Amontons, Rob-Flook y varios más. Mr. Chappe inventó en 1793 el primitivo telégrafo francés, llamado de T , por tener la figura de esta letra, cuya invencion aventajó extraordinariamente á todos los sis-

temas anteriores, y con posterioridad se inventaron otros muchos que lo fueron perfeccionando.

Respecto al telégrafo eléctrico, no se sabe positivamente quién fué su primer inventor, pues son varios los países de Europa y América que reclaman la prioridad. Mr. Amiot no ha encontrado en las investigaciones que ha hecho respecto al particular, noticia más antigua que la que publicó en 1794 el aleman Beisser, dando idea del plan que habia concebido para una correspondencia telegráfica por medio de la electricidad. En la misma publicacion periódica que dió cuenta del proyecto de Beisser, se hablaba cuatro años más tarde del Dr. Salvá, que habia construido en España un telégrafo de esta especie. Mr. Ampere hizo en 1811 nuevas aplicaciones de la electrici dad á las comunicaciones, y desde entonces se han hecho ensayos más ó ménos importantes en Inglaterra, Alemania, Rusia y América, valién-

REAL ACADEMIA DE LA HIST
FONDO ANGEL FERRARI

dose al efecto de ciertos aparatos ingeniosos por medio de los cuales pueden establecerse comunicaciones á largas distancias con la rapidez del pensamiento.

La telegrafía submaria se remonta al año de 1839 en que se verificó la primera inmersion del alambre eléctrico por el doctor O'Schanguehy en el rio Hoogly (India).

La segunda tentativa fué hecha por el profesor Morse en un puerto de los Estados-Unidos, y las posteriores, en 1849, por M. Wal-Emneden (Hannover;) de Singapoore á Batavia; de Muntok á Perlembag; de Suez á Aden; de Gallípoli á Gandía; de Malta á Corfú y Cagliari; de Tounigen (Dinamarca) á Hergolano etc., etc. Interminable seria el catálogo de los que siguieron á los que hemos mencionado; pero no hemos de pasar en silencio las buenas condiciones que reunen los construidos por nuestra patria, ni hemos de omitir, al hablar de telegrafía submarina, los no-

tables trabajos llevados á cabo por nuestro compatriota el ingeniero don Arturo de Marcoartú, que construyó el cable del Brasil y el que une á Montevideo y Maldonado.

Hoy dia, España se comunica tambien telegráficamente con sus posesiones de América y Occeanía.

Hecha esta digresion, que parecia imponer el mismo asunto, penetremos en el edificio, analizando con alguna detencion lo que es del dominio del público: su planta baja.

Aparece, en primer término, un grandioso portalon con su correspondiente rótulo en letras doradas encima de la puerta y dos farolas con el emblema del cuerpo. Entrando, á la izquierda, se halla la portería, desempeñada por dos ordenanzas, y en esta misma, ó como si dijéramos en la trastienda, encontraremos lo que llaman Biblioteca: dicho local sirve tambien para exámenes, donde van á probar su suficiencia los indivíduos que desean tomar el

hábito de tan benemérita cofradía. Saliéndonos nuevamente al portal y continuando nuestro viaje, subiremos tres escalones, donde dejando atrás dos elegantes puertas giratorias de cristales, nos encontraremos en un segundo portal, en el que á la derecha se encuentra una escalera que conduce á la Direccion y gabinete, y á la izquierda un cuartito destinado al expendedor de sellos, indivíduo independiente de los del cuerpo. Enfrente, y salvando una mampara, nos hallaremos en un espacioso salon con pupitres, ó sea el gabinete del público donde se ve una elegante verja de madera con seis ventanillas, dispuestas dos de ellas á recibir los telégramas que los expedidores depositen para el extranjero, tres para el interior del reino, y la restante cerrada, sin duda por falta de personal ó como á prevencion para dias especiales. En este local se encuentra un funcionario, al cual el público puede dirigirse,

bien para que le facilite hojas para comunicar ó que le indique la forma en que ha de llenarlas, el cual á su vez vigila por la conservacion del órden dentro del local.

En este departamento el personal presta servicio permanente, pues siempre está abierto al público, siendo dignos de elogio los funcionarios por su perseverancia y exactitud: lo componen seis jefes de estacion y seis aspirantes que turnan constantemente en tan penoso y constante cometido, y dependen del gabinete central ó «Boureau des communications telégraphiques:» y ha de permitírsenos darle este nombre francés, ya que por el carácter internacional de la dependencia, se oye en ella la lengua francesa casi tanto como la española.

Continuando en nuestra investigacion encontraremos á la izquierda, dependiente tambien del gabinete central el 4.° y 5.° negociados, ó sea de reclamaciones con un jefe y siete

auxiliares á sus órdenes, los cuales con una amabilidad poco comun en las dependencias del Estado, atienden con cariñosa solicitud y afabilidad cuantas reclamaciones les incumben ó dan conocimiento exacto de las dependencias donde deben dirigirse en caso de no ser cuestion de sus atribuciones.

Seguidamente existe el despacho del Jefe de contabilidad que es un Director del cuerpo.

A la derecha de estos departamentos encontramos otro con un portero mayor y los conserjes y ordenanzas encargados de repartir por Madrid los telégramas recibidos, tanto oficiales como particulares.

La parte ocupada desde la puerta de la calle de San Ricardo, Paz y Plaza de Pontejos lo está por los departamentos denominados el Museo, Talleres y Escuela de prácticas para los indivíduos de nuevo ingreso en el cuerpo. Subiendo al piso principal por la escalera que arran-

ca del portal, entraremos en la Direccion general, embutida tras una mámpara verde con cristales ovalados, donde cómodamente arrellanado en un sillon hallaremos un portero acompañado de varios ordenanzas, esperando á que sus Jefes les manden algo para despertar de su éxtasis contemplativo, del que sólo salen, fuera de este caso, para contestar invariablemente al público: ¡Hasta las cuatro de la tarde no se recibe!

Más como quiera que con nosotros no pueden rezar semejantes consignas, podremos averiguar recorriendo el largo pasillo de este piso, que en él se encuentran el negociado del personal, el despacho del Inspector general del cuerpo, el Negociado internacional, el archivo y la habilitacion.

Finalmente, en el piso segundo, adicionado no hace muchos años al edificio, se ven la sala de aparatos, el cuarto de pruebas, el de cierre, el

taller, el cuarto de pilas, y varios negociados, dependientes unos del Gabinete central, y otros de la Direccion general del ramo. En la sala de aparatos, la más digna indudablemente de ser visitada, prestan sus servicios veintisiete oficiales primeros del cuerpo, treinta y siete segundos y cuarenta y cuatro aspirantes á las órdenes de seis jefes de Estacion. Considerando lo constante de este servicio, así en las horas de dia como en las de la noche y las malas condiciones higiénicas en que las luces y la aglomeracion de personal colocan á dicha seccion, es digna de todo elogio la perseverancia con que se llena el servicio telegráfico, y que solo puede explicarse recordando que dichos funcionarios son inamovibles, y que la política no ha introducido la perturbacion en las oficinas de telégrafos.

Basta con los datos extractados para que se comprenda la importancia de esta dependencia, no haciéndo-

lo de todos cuantos nos ha facilitado nuestro excelente amigo el oficial del ramo D. Eduardo Martin García-Casarrubios, para no prolongar con exceso esta reseña.

Respecto á las tarifas vigentes, sólo diremos que para España el mínimum de palabras para todo despacho es de diez, concediéndose cince gratis para direccion y firma, pero no pudiendo acumularse ninguna de estas cinco al texto del despacho: su tasa es una peseta y diez céntimos más por cada palabra adicional. Para Portugal puede ponerse desde una palabra en adelante, á razon de diez céntimos de peseta cada una. Para Francia veinte céntimos por cada palabra; para otras naciones además del texto del parte, se cobra una sobretasa constante de cinco palabras sobre las que exprese el telegrama, pero segun aumentan aquellas varía la tasacion. Las frecuentes alteraciodes que sufren las tarifas, nos hacen no insistir sobre

este particular; pero bastará, en caso de duda, acercarse á cualquiera de los registros, para que los empleados la aclaren con su acostumbrada afabilidad.

Consignaré una vez más en honra de los funcionarios públicos que hacen el servicio telegráfico, que en el gabinete central la noche y el dia forman una sola época: ni el sueño vuelve por sus fueros, ni el cansancio asoma la cabeza. El servicio es permanente, como queda dicho, y alguno de los empleados puede decirse que no abandona un momento su puesto de honor. Será casualidad; pero á cualquier hora del dia ó de la noche que hemos ido á la dependencia que nos ocupa, le hemos visto ó escuchado al ménos su voz, y más de una vez se nos ha ocurrido preguntarle:—Pero, hombre, ¿usted no duerme nunca? ¿Es usted permanente como el servicio?—Y su constancia no es reciente; el año pasado y y el anterior y el otro, allí estaba fijo

con su tradicional sonrisa, con su amabilidad no desmentida, con su envidiable paciencia para traducir las diferentes clases de letra de los telegramas, que harian avergonzarse de seguro á Torío é Iturzaeta.

Porque,—eso sí,—la instruccion primaria está muy poco desarrollada en España; pero en cambio no se entiende la letra de la mayor parte de los españoles que se hacen la ilusion de saber escribir.

Donde se nota esto especialmente es en el gabinete de telégrafos: si nos fuera dado copiar una docena de telegramas, veríamos un conjunto de palotes y círculos capaz de desesperar al paleógrafo más eminente.

Sin embargo, los empleados de telégrafos han logrado desentrañar el sentido oculto de semejantes garabatos, y han visto que dicen así:

«Liborio entró suerte declarado inútil sordo.»

Parte que, aunque bien traducido en la estacion Madrid, llega á Torre

vieja ó Algeciras, concebido en estos términos:

« Liborio está fuerte colorado inútil go.·do.»

O bien:

«Margarita alumbramiento, murió criatura, satisfecha familia.»

Parte que, aunque bien trasmitido tambien, puede ser interpretado en esta forma:

«Margarita murió en el alumbramiento: la criatura está satisfecha de su familia.»

Otro parte dice así:

« Llegaron bombas funcionarán próximamente conforme ley concedido privilegio.»

Telégrama que puede ser detenido por un gobernador, creyendo que dice poco más ó ménos:

«Llegaron las bombas funcionarán probablemente contra el rey: consumado el sacrilegio.»

Los telégramas más curiosos son indudablemente los que se dirijen á

los periódicos. Habla un corresponsal, á las cuatro de la tarde:

«Derrotado ministerio subió Zutano bajó Mengano deshecha mayoría disueltas Córtes agitacion precauciones temores.»

Dos horas más tarde:

«Conjurada crísis union compacta mayoría tranquilidad falso gobierno tomase precauciones.»

A las diez de la noche:

«Renováronse temores hácense esfuerzos sostener equilibrio opiniones divididas cuestion política.»

En vista de los tres anteriores partes, cualquiera sabe en provincias lo que ocurre en Madrid.

Pero nuestro estudio seria interminable si multiplicásemos las citas.

Terminemos, pues, con una anécdota telegráfica:

Hace dias se presentó en el gabinete de comunicaciones un jóven enlutado, con un telégrama extendido. Leyólo el telegrafista y vió que decía:

«Te anuncio con gran sentimiento que murió el tio. Ven á recoger herencia.»

—Advierto á Vd.—dijo el empleado al expedidor,—que en la tarifa mínima sólo entran diez palabras. Sobran por lo tanto tres.

—¿Sobran tres? Pues quite Vd. *con gran sentimiento*.

Volviendo ahora rapidísimamente al edificio del Ministerio de la Gobernacion, y pasando por delante del local en que se halla establecido el Juzgado de guardia, local de donde salen en este momento los encargados de la justicia para levantar el cadáver de un suicida y los de varios albañiles que han perecido en un hundimiento, subamos á las oficinas del verdadero ministerio de la Gobernacion.

La secretaría del mismo y las direcciones generales de Administracion y de Beneficencia, Sanidad y Establecimientos penales, ocupan el piso principal del edificio. Los emplea-

dos que suben y bajan las escaleras, los pretendientes que acechan la llegada del ministro y la prohibicion de penetrar en las oficinas en las horas que no son de audiencia, horas de audiencia que han llegado á ser un mito para los pretendientes, demuestran que el Ministerio de la Gobernacion es uno de los más importantes.

Si quisiéramos averiguar el número, categoría y sueldos de los empleados, no tendríamos más que consultar el presupuesto general de gastos del Estado en que se detallan las atenciones del ministerio; pero como una visita minuciosa ofreceria muy graves inconvenientes y como, por otra parte, el Ministerio de la Gobernacion es un centro eminentemente político y nuestro viaje á la Puerta del Sol es recreativo y nada más, no me parece oportuno aflijir al contribuyente enumerando los sueldos de los empleados, quitar sus ilusiones al cuerpo electoral haciéndole ver cómo funciona la máquina del sufragio,

productora de mayorías, ni oprimir el corazon de los bondadosos y caritativos con estadísticas de hospitales y presidios.

Renunciemos, pues, á visitar los despachos de los empleados; no nos paremos siquiera junto á sus entornadas puertas, desde donde se escucha hablar,—sin duda casualmente—de teatros y mujeres; cerremos los ojos para no tener que contar los mozos de café que suben y bajan almuerzos, y antes de ser justamente criticados por la intemperancia de nuestras observaciones dejemos que los empleados del Ministerio de la Gobernacion *trabajen* en sus respectivos negociados y volvamos nosotros á nuestro negocio.

Para que este sea más agradable, antes de visitar los establecimientos industriales que se ofrecen á nuestra vista, en cuanto salimos del portal del Ministerio, vamos á estudiar algunas industrias menudas que nos irán saliendo al paso.

CAPITULO VI.

Varias industrias: El vendedor de periódicos.—El gancho.—El tomador.—El actor que no actúa.—El fosforero.—El limpiabotas y otros tipos que verá el curioso lector.

No hace aun muchos años que, en vista de las numerosas ocultaciones que disminuian las rentas públicas, el gobierno nombró investigadores especiales que denunciáran las industrias no afectas al pago de tributos.

No sabemos, ni pretendemos averiguar, si los citados funcionarios cumplieron como buenos su cometido, ni si la Hacienda, ese mónstruo

multifauce nunca satistecho, alcanzó beneficiosos resultados. Lo cierto, lo indudable es que existen en Madrid numerosas industrias, poco estudiadas, tributarias algunas y exentas otras de toda gabela y que merecen un lijero estudio crítico.

Desde luego reclaman nuestra atencion los vendedores de periódicos ó *ciegos*, segun se llaman vulgarmente, por más de que casi todos estos industriales tengan una vista excelente, pertenezcan á cualquiera de los dos sexos y se hallen comprendidos en cualesquiera de las edades de la vida humana. Estos industriales se estacionan en las esquinas, recorren las aceras ó cruzan el empedrado, aturdiendo á los transeuntes con sus gritos. Su efímera mercancía, constantemente renovada, satisface todos los caprichos, todas las tendencias, todas las opiniones, pues los vendedores de periódicos confunden en sus manos á los republicanos y los carlistas, á

los radicales y conservadores. La idea política toma forma en el cerebro del escritor, se hace pública mediante la tipografía, y se reparte por medio del vendedor. Este lleva siempre una esperanza y un consuelo al parroquiano, cualesquiera que puedan ser sus opiniones. Y sin embargo de prestar semejantes beneficios, solo consigue una pequeña ganancia en el ejercicio de su industria. Tal vez se me dirá que menos gana y trabaja más el redactor de un diario; pero no se debe perder de vista que el escritor público cursa en la prensa la carrera de ministro, y que el vendedor de periódicos no suele salir de la categoría de vendedor.

El industrial en cuestion ejerce una influencia decisiva en la suerte de las publicaciones periódicas, y sus sentencias son inapelables; periódico despreciado por él, morirá sin ser conocido por el público; periódico por él protejido alcanzará fama, fortuna é inmortalidad. El vendedor

de periódicos ha conseguido tal influencia que muchas empresas periódísticas le entregan gratis ó poco menos sus números, sin considerar que el vendedor les causará un grave perjuicio cuando pregone por las calles: ¡A ochavo, á ochavo, para acreditarlo, *El Sapo*, con la puñalada que ha dado el jefe de los demócratas al presidente del Consejo de ministros! ¡A ochavo! ¡El papel vale mas, á pesar de estar impreso!

O bien: *El Calabacin* que me han dado *de gratis* para que llegue á noticia del público, con el levantamiento de Getafe y los nombres de los diputados sentenciados á muerte por el club de la calle de la Pingarrona!

Con este y otros pregones la opinion pública no se estravía, porque no puede estar ya más estraviada; pero los periódicos *El Sapo* y *El Calabacin* no publican número segundo. Verdad es que esto interesa bastante poco al vendedor, y que no ha faltado alguno de estos que orga-

nice la publicacion de *números primeros* de diferentes periódicos, logrando beneficiosos resultados; pero hoy produciría este sistema uno completamente opuesto.

Donde los vendedores de periódicos deben verse y estudiarse es en la calle Mayor á las nueve de la noche, cuando despues de cojer sus *veinticincos* en la administracion de *La Correspondencia*, salen corriendo en todas direcciones, atropellando á los pacíficos transeuntes y á los agentes de la autoridad; salvando todo género de obstáculos y surtiendo á los cafés del tránsito de los ejemplares en que se calcula la reventa. Los gritos de ¡*La Correspondencia de España!* anuncian la irrupcion y avisan al público de que se aproxima la avalancha. Cuando los vendedores desembocan en la Puerta del Sol, la tormenta ha perdido todo su carácter de gravedad. Cinco minutos más tarde los habitantes de los barrios ménos céntri-

cos de Madrid pueden recrear su vista con el periódico noticiero y saber por el mismo que el general X. ha dicho en el Congreso ser muy liberal (cosa que nadie habia hasta entonces advertido): que la corsetera francesa Mad. Lecompte ha inventado una nueva faja para las señoras en estado interesante y los políticos muy gruesos; que se ha concedido el título de marqués de Casa Homobono al reputado tocador de vihuela Homobono García (a) *Mediohigo*; que la faccion carlista Gomez ha sido batida por la columna Perez, teniendo esta que retirarse por ser de noche y para que aquella enterrara á sus infinitos cadáveres; que ha llegado á Madrid el reputado jóven gaditano D. Claudio Retuerto, para matricularse en la escuela de Comercio, donde es seguro que logrará triunfos honrosísimos; que se proyecta levantar un cuartel; que se derriba un mercado; que se casan dos apreciables jóvenes; que el cono-

cido cesante D. Pascual Puerto-Peñasco ha resuelto abrir una academia de instruccion primaria para los diputados y senadores; que el jóven novelista D. Liborio Matallana ha presentado al Teatro Español un drama traducido del francés al portugués y de éste al castellano, con el título de *La bayoneta y la cachucha ó los mineros de Karabarbaran en la Hulania.*

El vendedor de periódicos es más liberal que Riego, y recuerda con horror que Gonzalez Brabo le prohibió pregonar á gritos su mercancía; cumple su mision con verdadero entusiasmo, y poco curioso generalmente, no lee lo que vende; cuando algun nuevo estraordinario escita poderosamente la atencion, se acoje á la libertad de comercio y exige un precio arbitrario por sus papeles; indiferente al calor y al frio vive en la calle casi contínuamente, y si el despotismo impera y la prensa es perseguida, se dedica á la venta de

hojas clandestinas durante la noche ó pregona décimos de la lotería, todos ellos, por supuesto, con el premio de los ochenta mil duros.

La industria de las vendedores de periódicos se encuentra hoy en todo su auge, y no se puede dar un paso sin que á derecha é izquierda nos aturdan los gritos de *El Imparcial*, *El Cencerro*, *La Correspondencia*, *El Toreo*, *La Lidia*, *El Tio Gindama*, *El Globo*, *El Dia*, *El Diario Español*, *El Correo*, *El Motin*, *La Viña*, *La Broma y El Hambre*.

No creo que los mencionados periódicos,—varios de ellos al ménos,—produzcan á los vendedores grandes beneficios; pero siempre les dejarán lo bastante para que vivan más descansadamente que los infelices braceros que, cumpliendo la ley del trabajo, emplean el suyo en las obras públicas, cuando hay obras y no llueve.

. . . . . .

Colocado en medio de la acera, con

el sombrero hasta las cejas y la capa hasta los ojos, mintiendo buen cuerpo y airoso talle, se vé á un hombre en actitud observadora y reposada. Si tiene cédula de vecindad, cosa bastante problemática, es seguro que no se marcará en ella la profesion que tiene. Y, sin embargo, el tipo que analizamos ejerce una industria que debe ser lucrativa, porque hace una docena de años qne vendia arena de mármol de San Isidro, y hoy luce sortijas en la mano y una cadena colosal en el chaleco, que á no ser de rico dublé podria tomarse por de oro finísimo de Arabia.

El sitio predilecto del mismo es la acera comprendida entre la calle de Carretas y la Carrera de San Jerónimo; las horas á que puede vérsele desde la una de la tarde á las diez de la noche; suele hacer frecuentes desapariciones; pero no es dudoso que ninguna pasará de un cuarto de hora.

El hombre llena sin duda una

obligacion, así durante su guardia como en su ausencia.

Al pasar junto á él otro embozado, en el momento que hemos elejido para estudiarle, le ha llamado *Miguelito*. Ya es una noticia biográfica: sepamos esperar y acaso conoceremos toda su vida y milagros.

Pero trascurre un cuarto de hora, y nuestro hombre sigue en su primitiva actitud, examinando atentamente á todos los transeuntes, como si esperase á alguno. Al cabo de este tiempo sonrie imperceptiblemente: sin duda tiene ya lo que buscaba.

Y lo que buscaba no es otra cosa que un jóven, que mira en todas direcciones como embobado; que se pára observando la altura del surtidor de la fuente que ocupa el centro de la plaza; que admira tímidamente á las beldades que pasean sus venales atractivos por entre la multitud, y que luce un cigarro de la clase de peninsulares en una boquilla con cabos de plata.

Nuestro jóven, colocado en una antesala y á media luz podría confundirse con un cuelga-capas; tal es la gracia con que lleva sus ropas, cuyo brillo denuncia que son nuevas y cuyo corte no desdeñaría algun sastre de fama, si una imprudente etiqueta cosida á uno de los faldones del gaban no dijera con toda elocuencia: *Tienda del leon rapante, calle de la Cruz, núm.* 99.

Al pasar nuestro forastero,—pues sin duda lo es,—junto al industrial que le ha marcado por suyo, siente que le posan una mano sobre el hombro, al mismo tiempo que escucha una voz que dice:

—¡Vaya V. con Dios!

Párase el jóven balbuceando algunas frases, con las que quiere dar á entender á su interlocutor que nunca le ha conocido; pero este continúa.

—Poca memoria tiene V. para estudiante. ¿No va V. hoy á casa del duque?

—Sin duda está V. equivocado. Yo no conozco á ningun duque.

—¡Qué! ¿No estuvo V. ayer en la calle de la Victoria?

—Ni sé dónde está.

—Dispense V., amigo mio; pero se parece V. al que yo buscaba como un huevo á otro.

—Está V. dispensado.

—Pero no ha de ser inútil mi equivocacion involuntaria, y si quiere V. acompañarme á casa del duque le presentaré á los amigos.

—¿Pero, qué amigos?...

—Gente alegre y campechana, que tira las onzas por pasar el rato. Usted tiene cara de hombre de suerte, y capaz de dar siete golpes á un duro.

El jóven ha oido referir en su pueblo que en Madrid se pueden ganar miles y miles con un poco de suerte; se ha gastado acaso en ocho dias el dinero que debia durarle un mes, y comprendiendo que le invitan á entrar en una casa de juego, cae en el

lazo y aprovecha la feliz coyuntura que le ofrece su parecido con otra persona para aceptar el ofrecimiento de su franco interlocutor.

Sí, por el contrario, recuerda los consejos de su padre, que compromete y gasta la hacienda de sus abuelos para hacerle abogado, y que pueda ser el mejor dia diputado por el distrito ó juez municipal del pueblo; si está todavía bajo el influjo de la santa bendicion de su madre, desprecia elofrecimiento que le hacia el cazador de víctimas y sigue su camino.Pero el primer fracaso no le desanima al buen Miguelito, y despues de encender una tagarnina vuelve á ponerse en espectacion y á repetir á los cinco minutos:

—¡Vaya Vd. con Dios!

El detenido entonces vuelve la cara y no contesta; pero Miguelito no retrocede nunca, y repite con insistencia.

—¡No se ha vuelto Vd. poco orgulloso!

—¿Y quién es Vd. para calificarme así?—pregúntale amostazado el transeunte.

—¿No es Vd. el Sr. Martinez?

Como los Martinez abundan en el mundo casi tanto como los duros falsos, hace la casualidad que el detenido se llame efectivamente Martinez, coincidencia que le mueve á detenerse y contestar:

—Martinez me llamo.

—¿No iba Vd. antes á *la partida* del alabardero?

—Usted me toma por otro: no soy el Martinez que Vd. cree.

—Imposible parece; pero en fin,—y aquí Miguelito repite su fórmula,—no ha de ser inútil mi involuntaria equivocacion, y si quiere usted acompañarme á la partida del alabardero, que acaba de trasladarse á la calle de la Victoria, número...

—No señor, no juego.

—Virtud es.

—Lo que Vd. quiera.

Y Martinez, que tenia prisa por

llegar á una cita, redobla el paso, maldiciendo del impertinente y de su apellido, cuya vulgaridad le ha hecho perder cinco minutos.

Miguelito se muerde los lábios, y despues de otro breve intervalo, repite á un jóven que pasa á su lado:

—¡Vaya Vd. con Dios!

El jóven le mira y no se dá por entendido; pero otro de alguna más edad que se habia quedado mirando el escaparate de una librería, le dice:

—¿No has visto que te han saludado?

—Sí.

—¿Y cómo no contestas?

—Porque no le conozco: solo sé de ese indivíduo que es *un gancho*...

Ya sabíamos que nuestro industrial se llamaba Miguelito: ya sabemos tambien que es *un gancho*. Combinando este dictado con las frases que le hemos oido pronunciar, sabemos fija y positivamente que se ocupa en *enganchar* incautos para llevarlos á una ó más casas de juego,

donde esperan á las víctimas sus ordinarios sacrificadores.

Gancho, segun algunos gramáticos, es sinónimo de rufian. En su acepcion más conocida, el hombre que por medio de ciertas artes solicita á otros para algun fin.

El fin, en la ocasion presente, no puede ser más censurable.

Tan censurable como el medio.

Miguelito vive, no obstante, con su industria, y honradamente segun él.

Cierto que la moralidad de Miguelito no es muy allá que digamos; pero debemos decir en honor suyo, que en tanto que los gobiernos no prohiben el juego, él sigue en su industria, y que su hoja de servicios, archivada en la Audiencia, no expresa que haya estado más que tres veces en el Saladero, una por expendedor de moneda, que dió un comerciante en calificar de ilegítima, otra por haber servido de testigo falso, y la tercera por haberse enamorado de un

relój que se le iba cayendo del bolsisillo á un tratante en vinos.

Tal es Miguelito y tal su retrato moral. En cuanto á su físico, es muy difícil de pintar en invierno por la pícara capa; pero en dias de viento, en que sin querer se desemboce, podremos averiguar que tiene el bigote recortado ó naciente; que en el pómulo izquierdo luce un soberbio lunar, del que pende una sortija de pelo y que le falta un pedazo de la oreja izquierda. La maledicencia achaca este defecto á un navajazo; pero una señora que habitó hace años en la calle de Gitanos se acusaba de haber causado aquel destrozo con sus dientes en un altercado que tuvo con el protagonista de nuestro bosquejo.

. . . . . .

No habrán olvidado los lectores el embozado á quien debimos conocer al *gancho* por su nombre de pila: Miguelito.

La premura con que dicho perso-

naje desapareció de la escena, nos impidió que hiciéramos del mismo una presentacion en toda regla. Sigamos sus pasos, aunque esta empresa sea algo difícil á causa del afan que muestra en meterse entre los grupos estacionados delante del café de las Columnas, y tal vez sus actos nos le darán bien pronto á conocer.

Pero, ¿por qué se arromolina la gente? ¿Qué ocurre?

Nada: la diezmillonésima edicion de lo que sucede cada dia. Un pobre diablo que pone el grito en el cielo, porque asegura que le han sustraido el porta-monedas, y busca con la vista á los agentes de la autoridad, creyendo incautamente que podrán reintegrarle en la posesion de su dinero.

El infeliz estaba leyendo gratis los periódicos satíricos colocados en un escaparate y recibió un terrible pisoton de un embozado que tropezó distraidamente con él. Despues, y

por uno de esos fenómenos inexplicables del corazon humano, apartó el pensamienio de sus callos, para fijarlo en su bolsillo, donde se habia operado el vacío sin auxilio de la máquina neumática. El ratero, hábil como todos los prestidigitadores, le habia llamado la atencion á los piés, cuando era su bolsillo lo que perseguía.

Pero ¿quién puede ser el autor del delito?

Seguramente que ninguno de cuantos le rodean: todos tienen cara de hombres de bien á carta cabal, y es seguro que reuniendo capitales no podrian completar un duro.

Respecto á los transeuntes, sería punto menos que imposible señalar entre ellos á un ratero: precisamente todos cuantos acaban de pasar tienen un aspecto de hidalguía que rechaza cualquier pensamiento injurioso.

Dejemos, pues, al pobre robado maldiciendo su escasa fortuna, y si-

gamos á Miguelito que se nos vá alejando demasiado.

Por nuestra suerte, no ha de sernos difícil darle alcance: precisamente acaba de pararle un amigo, con quien habla en voz baja.

—¿Qué has hecho, Pacorro? Le dice.

—Nada hombre, no me he estrenado.

—¿Has visto al Tuerto?

—Está de punto en las Cuatro Calles.

—¿Y Cachaza?

—Malo aún de la paliza que le dieron en la prevencion.

—¿Cantó?

—Como un canario.

— Ha de pagármelas. ¿Nos veremos?

—Luego iré al billar.

—Buena suerte.

—Gracias.

Y nuestro desconocido, Pacorro por malnombre, vuelve á meterse por donde hay más gente, y tira al des-

cuido un portamonedas vacío, que no produce el menor ruido al caer sobre las losas.

—¡Eh! Caballero, dice un lugareño que pasa á la sazon. ¡Que se le ha caido el bolsillo!

Y como Pacorro no contesta y se pierde entre la gente, el lugareño recoje aquella prenda y comprueba que está vacía, al mismo tiempo que dos guardias le agarran por los brazos, y acusándole de haber robado el portamonedas, le arrastran á la prevencion para carearle con el verdadero dueño de la prenda.

Pacorro, que por lo visto está en fondos, entra en un estanco en el que cambia una moneda de cinco duros, y se estaciona delante del café de Correos, como si esperase á algun viajero de los que van llegando al despacho central del ferro carril del Norte. Una enorme breva que mastica más que fuma, le permite despedir espirales de humo, que hacen temer á cualquiera se haya declara-

do un incendio en las casas próximas.

Poco despues de llegar se le acerca azoradamente un muchachuelo mal trazado, y le dice al paso: ¡Toma!

Misterio incomprensible. El muchacho que tiene un aspecto verdaderamente famélico, le acaba de hacer un regalo de gran valía, nada menos que una hermosa cadena de oro, á la cual solo le falta el gancho para sujetar el reloj y componer uno de sus eslabones que parece cortado. Pacorro, que, segun los cigarros que fuma, debe ser rico, le alarga desdeñosamente medio duro.

Pero ¿por qué tira ahora el cigarro, apenas empezado, y se emboza hasta los ojos? Precisamente no hace el menor frio...

Tal vez pudiera explicarlo otra persona que acaba de salir del café y se dirige al ministerio de la Gobernacion, en cuya puerta le saludan los guardias que están de servicio. Pero como no podemos preguntár-

selo, nos limitaremos á seguir observando á Pacorro que saca un nuevo cigarro, mientras un desdichado chico rocoje el primero, que aun humea, y lo guarda en una caja de hoja de lata, desde la cual, reunido á otra multitud de puntas de puros, pasará á surtir los puestos del Rastro.

Si Pacorro saca un pañuelo de batista para sonarse, observaremos que en una de sus puntas tiene una corona de marqués; si enseña la petaca podremos ver que tiene unas iniciales de plata, y si se desemboza crecerá nuestra admiracion viendo relucir sobre una súcia camisa un boton de brillantes. ¿Qué clase de persona es Pacorro, que gasta y triunfa y lleva el bolsillo lleno de monedas de plata y oro? ¿Qué título de marqués es el suyo, que tan mal se aviene con la navaja que asoma por uno de sus bolsillos?

Pacorro es un industrial, empresario y obrero á la vez: tiene aprendices que le auxilian y respetan, y

que contribuyen á su fortuna con sus nacientes habilidades y ejercita él mismo el nobilísimo arte de la garduña.. En su primera juventud fué prestidigitador y logró justo renombre en la plaza de Santa Cruz; más tarde venció en él la molestia al afan de exhibicion y prosiguió escamoteando sin el aliciente de los aplausos.

Tanto llegó á disgustarle el aura popular que hoy mismo oculta el rostro para realizar sus habilidades, y aunque busca á las muchedumbres, sentiría en el alma ser admirado cuando ejecuta sus prodigiosas manipulaciones.

La inconstante fortuna le ha vuelto muchas veces la espalda, y el desdichado Pacorro ha llegado á verse en el sensible caso de tener que sentarse en el puente de Toledo y echar *el as de oros* á los arrieros y vendedores de frutos.

Ha habitado temporalmente en el Saladero y se ha escapado tres ve-

ces de sus celdas, y eso que durante su estancia en aquella casa Pacorro tenia siempre una onza en el bolsillo y ejecutaba *entierros* del mayor mérito.

Para él fué siempre tan fácil enterrar vivos como levantar muertos, porque su habilidad le lleva á todo lo grande y extraordinario.

Uno de sus admiradores aseguraba hiperbólicamente que Pacorro era muy capaz de quitar la elástica á un descuidado, sin desabrocharle la levita, pero en esto debe haber alguna exageracion. Lo cierto, lo indudable es que si llegara á incluirse en las tarifas del subsidio la clase de *tomadores*, Pacorro seria uno de los primeros contribuyentes.

Su orígen se pierde en la noche de los tiempos: solo se sabe que la justicia inflexible de las comisiones militares que funcionaban en tiempos del absolutismo le dejó huérfano de padre. Este le habia privado antes del maternal cariño y de los afectos

fraternales, mediante una navajada que dió á su consorte, hallándose esta en estado interesante.

Su niñez corrió al lado de unos gimnastas extranjeros; su primera juventud al lado de un jugador de manos de quien aprendió no poco; despues se estableció en Madrid por su cuenta y tomó estado, adelantándose á las ventajas del matrimonio civil. Viudo sin tener que llorar la muerte de su esposa, se consagra hoy con más aplicacion que nunca á formarse un capitalito respetable.

Disculpemos su ambicion, pues aunque Pacorro cuenta cuarenta y nueve años, tiene que vivir hasta el siglo próximo, so pena de no pagar la deuda que tiene contraida con la justicia, en virtud de unas cuantas sentencias.

.....

Perdon, arte dramático, perdon vosotros cuantos le cultivais con el entusiasmo del génio; perdon si al vernos colocados en plena Puerta

REAL ACADEMIA DE LA HIS
FONDO ANGEL FERRARI

del Sol, examinando algunas industrias menudas, nos vemos en el caso de preguntar á más de uno y más de dos de vuestros cultivadores:

¿Quién es? ¿Dó va? ¿Qué busca? ¿Qué le trae?

Las personas á quienes se dirigen los anteriores interrogantes, se hallan colocadas en la esquina de la Carrera de San Gerónimo, buscando apoyo á sus espaldas en las puertas del *café Imperial*, y son las mismas que nuestros poetas del siglo XVII pudieron ver y retratar en el mentidero de los representantes.

¿Qué esperan? preguntareis.

Un caballo blanco; un empresario que no los conozca, ó un agente que los conozca demasiado.

Por desgracia los caballos blancos van siendo tan raros como el ave fénix; los empresarios de las provincias *no forman* por la intranquilidad política y los agentes se ven reducidos á la impotencia.

Por eso esperan en vano los ac-

tores sin ajuste; por eso estaban hace un trimestre junto al café Imperial; por eso continúan hoy en el mismo sitio, y por eso podrán verse dentro de un par de meses conservando su posicion y sus esperanzas.

Si quereis conocerles, no tendremos más que pararnos un momento junto á cualquiera de los grupos que forman: como la discrecion no suele ser su característica virtud, ellos mismos se retratarán, evitándonos así un trabajo penoso.

—Cuando yo estaba de primer actor en Alicante,—dice uno de colosal estatura y envuelto en un gaban milagroso, porque á imágen de la paciencia de Dios nunca se acaba,—Piedrahita era un mal racionista de mi compañía, que no servia siquiera para hacer buñuelos.

—Pues vaya V. á pedirle hoy un favor...

—Claro: como que su hija la bailarina le ha hecho primer galan del teatro de Barcelona! El empresario

gusta de las rubias: y la hija de Piedrahita ha sabido teñirse el cabello muy oportunamente.

—Ese es el teatro, amigo Rebollar: de nada sirve el mérito sino se cometen bajezas.

—Pues, ¿por qué estoy yo sin un contrato? Por haberme negado á hacerle los segundos á Perea. Ya ven ustedes, Perea...

—¿Quién? ¿Un cojo que no tiene pelo de barba y que estuvo de gracioso en el café de Maravillas?

—El mismo: el primer galan hoy en Valencia.

—¡Qué escándalo!

—Pero los valencianos me han vengado: cada noche le dan un meneo. Ultimamente me ha escrito la característica diciéndome que está sofocada con el tal hombre...

—Pues la tal característica tiene mucho que perder...

—Hombre, ahora se ha reformado desde que se casó con el violin.

—Pues el hombre ha hecho su

suerte: tiene una mujer más conocida que el *Don Juan Tenorio*.

—Con la diferencia de que *Don Juan Tenorio* gustó siempre y ella no ha gustado nunca...

Alejémonos del grupo en que tan mal paradas quedan todas las reputaciones, y oigamos lo que dicen en el inmediato.

—¿Quién lleva la palabra?

—¿Quién ha de ser? Rebollar: ese hombre que pudiendo contratarse para encender á mano los faroles se ha obstinado en ser cómico.

—Pues me habian dicho que se iría con Piedrahita.

—Bien se ha bajado Rebollar para conseguirlo; pero el otro le conoce y no le ajustará.

—¿Y de qué vive?

—De lo que debe al mozo del café: almuerza todos los dias ahí dentro.

—¿Y le fía el mozo?

—Yo te diré: el mozo tuvo un deudor que era poeta y al cual solo con-

siguió arrancarle un drama en tres actos y un epílogo, titulado *El corazon y las botas*. Rebollar, que sabe vivir, le ha prometido representarle el drama en cuanto le contraten en Madrid, y el mozo, despues de arruinarse por el poeta, se está arruinando por el actor.

—Bueno; pero supongo que Rebollar no hará una sola comida.

—Una noche le ví entrar en un bodegon de la Cava Baja, y desde entonces me ha cobrado un aborrecimiento inesplicable. Mira si me aborrecerá, cuando por no hablarme sin duda, ha resuelto no pagarme tres pesetas que puse por él hace nueve años cuando se echó un guante para enterrar á la pobre Eleuteria Rojillo.

—¡Pobre chica! Precisamente cuando iba á casarse con ella, ignorante de toda su vida, aquel abaniquero de Búrgos...

—Lástima fué sobre todo para el arte; á no ser gangosa, hubiera bri-

llado en el teatro, llegando á ser tan conocida como fuera de él.

Alejémonos. En el primer grupo se quitaba el pellejo á los vivos: y en el segundo no se perdona á los difuntos. Escuchemos junto al tercero en el cual hay una señora: allí al ménos no se murmurará. Precisamente es ella la que está hablando; escuchemos.

—No, señores; ella habrá dicho lo que quiera; pero precisamente el empresario por no darme no me ha dado nunca los buenos dias. ¡Pues bonita es la niña para belenes! Sino que creen que porque una es del teatro, se la puede faltar así... Lo mismo que me pasó en Bilbao cuando vieron la llave en la puerta de mi cuarto en la noche del *Juan sin Tierra*. ¡Como si una pudiera evitar que hubiera atrevidos!...

¡Mejor hubieran hecho las chismosas del coro en no salir á escena tan escurridas, cuando el público las habia visto tan abultadas!...

Huyamos, huyamos; los actores sin ajuste no perdonan ni respetan nada: desde las alturas del arte han descendido al industrialismo más grosero é improductivo: se entretienen en quitar el pellejo al prójimo sin el menor provecho ni escrúpulo.

Para ellos nada existe respetable ni respetado, y rasgan á su antojo virtudes y méritos. ¡En algo han de pasar el rato!

Si quereis saber misterios de bastidores, acercaos á la esquina del *café Imperial*. Allí sabreis que todas las obras nuevas son robadas; que Tamayo, Echegaray, García Gutierrez y todos nuestros más notables poetas no saben escribir una redondilla, sino que tienen alquilados unos cuantos génios de veinte años que les hacen las obras que firman luego como suyas; allí sabreis que todas las damas del teatro tienen más aventuras que el ingenioso hidalgo de Argamasilla; allí sabreis que los hijos no son hijos de sus padres, ni los

padres, padres de sus hijos; allí sabreis que no hay empresario que no haya quebrado fraudulentamente una docena de veces por lo menos; que no hay actor ni actriz que merezca un solo aplauso, excepcion hecha de quien habla; allí sabreis con asombro, que cada primer actor ha muerto en desafío á seis ó siete periodistas.

Allí sabreis, por último, que el murmurar es una industria como otra cualquiera, que á veces produce resultados positivos, bajo la forma de una contrata, y que hay séres tan desgraciados que llegan á familiazarse con la murmuracion hasta el punto de creerla una de las ocupaciones más naturales y propias de quien no tiene otra cosa que hacer.

Para semejantes industriales escribió un poeta dramático los siguientes versos:

...Por eso, si algun talento
desde cierta altura brilla,
á menoscabar su fama

se apresta traidora envidia,
y cuando hundida en el cieno
su reputacion admiran,
cuando han llenado de lodo
aquella conciencia limpia,
celebran su loca empresa
con estúpidas sonrisas...
¡Quien tiene su honor en poco,
goza si el ageno pisa!...

. . . . . .

A los gritos de los primitivos fósforeros *¡A cuatro cuartos las de cien cerillas!* sustituyó el de *¡Baules y wagones por dos cuartos!* Pero esto era poco todavía: la industria fosforera perseguia un ideal y lo encontró en parte hace tiempo, pregonando: *¡Por dos cuartos cien cerillas y un periódico!*

Mañana probablemente dará por dos cuartos cien cerillas y un café con media tostada de abajo.

¡Nieguen los incrédulos el progreso!

Los fósforeros de la Puerta del Sol son de dos clases: fijos y ambulantes. Los de puesto fijo lo tienen en el in-

greso de los cafés: los ambulantes llevan su mercancía en un cajon colgado al cuello. Unos y otros ejercen una industria bastante lucrativa, por realizar la ganancia de muchos pocos, que es ó debe ser el preferente objeto del comercio. Los primeros especialmente tienen mayor sueldo que un juez ó un catedrático, aunque no dependa toda su ganancia de los fósforos, sino tambien del papel de fumar, papel de cartas, sobres, periódicos, fotografías, calendarios y décimos de la lotería nacional.

¡Con qué envidia debe mirarles el humilde limpiabotas que estacionado en una acera, acecha los pies de los transeuntes y mancha sus botas con un poco de barro, para hacer necesarios sus servicios! Porque no hay que hacerse ilusiones: la moda y los limpiabotas son hoy incompatibles. Dentro de poco, el tipo de este habrá desaparecido y pasará á ser objeto de estudio para el arqueólogo, como lo es ya el pobre de San Bernar-

dino, que con la caja de lata en la cintura y la mecha en la mano, convidaba á los paseantes á encender el cigarro. El limpiabotas ha cerrado ya su establecimiento, maldiciendo, primero del charol y del chagrin, y despues del becerro mate; ha cojido un trípode y un bote, un pincel y dos cepillos, y armándose de paciencia se ha establecido al aire libre, reduciendo sus aspiraciones los pies de los cocheros. Ha renunciado al porvenir, ha renunciado á las propinas, y sólo á aspira á ganar para el sustento, trabajando como un negro.

Fenómeno notable. Los negros son precisamente los que mayor cariño tienen al ejercicio de esta industria: no falta tampoco quien asegure que hay negros falsificados; pero este es un punto tan oscuro que no nos atrevemos á intentar ponerlo en claro. De todas maneras, los limpiabotas contribuyen al lustre social y merecen ser considerados, aunque ellos en su modestia se arrojen á nuestros piés.

Realizan un trabajo honrado y no dan perro al público.

Tampoco lo da otro industrial situado no léjos de limpiabotas; pero lo vende. Todos los madrileños le conocen: el *perrero* es un sér imprescindible en la Puerta del Sol. Comprendemos á dicha plaza sin su iglesia del Buen Suceso, y la comprenderíamos sin el ministerio de la Gobernacion, sin sus lujosos cafés, sin sus elegantes comercios: como no la comprenderíamos nunca seria sin el perrero. Este industrial forma parte integrante de ella, como la fuente que hay en su centro y como sus farolas.

¿De dónde procede? ¿Gana mucho? ¿Cómo se llama? Nadie lo sabe: en cambio, nadie hay que le desconozca.

Pero ¿que turba de industriales es la que vemos, así que la concurrencia llena los cafés?

¡Ah! sí: ese hombre de blusa y sombrero chambergo es un italiano,

que lleva vaciados en yeso de bellísimas esculturas. Difunde el arte por poco dinero. No es ya el vendedor de *santi, boniti, barati,* que conocimos en nuestra niñez: ha mejorado, ha crecido y arrinconando los niños de la bola pintados de almazarron y los conejitos vivos, que pudo vender á su llegada á España, lleva hoy reducciones en yeso de verdaderas obras artísticas, medallones en azufre con relieves de hombres célebres, y otros objetos muy apreciables. Durante el dia expone dichos objetos en las ventanas de algun edificio, y por las noches recorre los cafes.

Ese otro industrial, vestido con chaqueta parda y sombrero manchego, cuya rápida pronunciacion imposibilita que se le comprenda, tengo para mí que debe ser pariente del Judio Errante, ó que, por lo ménos, se ha tragado media docena de las píldoras de Salomon, porque hace muchísimos años que vive, ven-

diendo *piedras para afilar navajas*, comercio poco más productivo que el de lentes ahumados para mirar los eclipses del sol. ¡Y si todavía pregonase su mercancía con claridad! Pero, ¿quién al oirle repetir sesenta veces por segundo, *querebenaquerebenaquerebena*, podrá comprender que vende piedras para las navajas de afeitar?

Estos otros que desembocan por las calles de la Montera y de Carretas son futuros editores y libreros en agraz: hoy por hoy cargan con una arroba de novelas y poesías que venden á bajo precio en los cafés, y llevan en el bolsillo de la chaqueta varios ejemplares de obras pertenecientes á una literatura soez y escandalosa, con la que algunos escritores vierten la infamia de su alma en la inocente juventud.

Otros venden fotografías más ó ménos repugnantes, gracias á la impunidad.

Siguen á estos los infinitos comer-

ciantes en bisutería; los ópticos que siendo madrileños de pura raza pregonan y ofrecen *buona lente* y *buona gafa*; los comerciantes de babuchas ¡morunas; los fabricantes de palillos para la dentadura; los repartidores de entregas de novelas; los pobres que piden limosna fingiendo tipos, inventando desgracias y ponderando catástrofes, y otros cien y cien que prolongarian con esceso este capítulo.

Renunciemos, pues, á seguir analizando las varias industrias que se ejercitan en el punto más céntrico de la capital.

CAPÍTULO VII.

Industrias colectivas: Los cobradores.—Los mineros.—Los bolsistas.—Los hombres de negocios.—Aves de paso.

Formando varios corrillos, en los que se notan largos y animados diálogos, vénse en la Puerta del Sol, desde las doce del dia, numerosos tipos dignos de Goya y de Alenza, porque sus caractéres y sus figuras son objeto del arte, mucho más que de la crítica.

Tratemos, no obstante, de dar una ligera idea de los mismos, por más

incompleta que sea, como hija de una rápida observacion.

El primer grupo que vemos es el de unos cuantos cobradores, tipos dignos de estudio y de incondicional elogio; tipos que constituyen en Madrid la personificacion en ruda forma de la honradez comercial. Antiguamente se titularon *talegueros*; pero la denominacion se ha ido perdiendo con la disminucion del numerario y el aumento del papel.

La clase es hoy muy numerosa; pero puede decirse que constituye una sola familia ó varias familias enlazadas entre sí, como lo demuestra el hecho de no contarse entre todos ellos arriba de una docena de apellidos: de aquí acaso que, para mejor distinguir á unos de otros, se haya de recurrir á los respectivos apodos con que son conocidos.

Hay quien sospecha que algunos de los cobradores han llegado á olvidar por completo sus apellidos, y que si recibieran una carta, en cuya direc-

cion no se les pusiera el apodo, dudarian mucho ántes de proceder á abrirla.

Si cometiéramos la indiscrecion de pararnos á su lado, cuando forman corro á primera hora de la mañana, escucharíamos estas ó análogas frases:

—*Pácia* donde vas tú, hoy, Peluca?

—*Pus*, al Barquillo, responde este.

—Toma, entónces.

Y el primer interlocutor pasa á manos del segundo un paquete de letras, cuyo importe bastaría para hacer la felicidad de algunas familias.

—Y tú, *Mingon* ¿para qué parte tienes más papel?

—*Pa* Palacio.

—*Pus*, mira: cóbrame eso.

Y le entrega otro paquete.

Crúzanse varios cambios de papeles, que por cierto no son papeles *mojados*, y á poco rato los ex-talegueros se distribuyen por todo Madrid para realizar sus cobros. Por la

tarde se reunen de nuevo, y cada uno pregunta por los que le han dado efectos para cobrar en sus distritos, y al primero que dice «mio» le entregan sus billetes.

Esto se realiza desde tiempo inmemorial en Madrid, no habiendo habido que recordemos un solo ejemplo de que se falte á la buena fé tradicional y no bien apreciada de los cobradores de esta capital.

A un cobrador de estos se le entregan millones sin otra garantía que su honradez, y nunca ha tenido nadie ocasion de arrepentirse.

No responderíamos tanto de otro grupo de industriales,—restos de una especie que va acabando por consuncion,—y que forman círculo alrededor de un indivíduo que lleva la palabra, teniendo en su mano derecha un pedazo de mineral que despide algun brillo al recibir los rayos solares.

—Aquí está la muestra,—dice el orador;—cuarenta y siete galerias ha

sido necesario abrir; pero el filon no mentia. Segun los ensayos facultativos, el mineral tiene nueve décimas partes de oro y la otra de cuarzo. Suponiendo que diariamente puedan extraerse diez arrobas de mineral, tendremos al dia una riqueza de 36.000 onzas de oro, ó lo que es igual más de once millones de reales cada veinticuatro horas.

—Pero la explotacion costará mucho...

—Tres jornales de á dos pesetas.

—¿Y la direccion facultativa?

—Esa es la parte mala: como hasta hoy solo hemos podido repartirnos los accionistas algunos centenares de dividendos pasivos, debemos algunas mensualidades al ingeniero, lo cual nos hace tener que procurar la venta de las acciones que quedan sin vender.

—¿Y valen mucho esas acciones?

—Cien reales la lámina.

—¡Pero eso es un fortunon! ¿Y cómo se llama la mina?

—*La Candidez.*

—Título extraño.

—No tanto como á V. le parece. Debe su nombre á que la mina fué vendida por la junta anterior para pago de acreedores.

—¿Y Vd. tiene muchas acciones?...

—Tantas, que siendo yo un hombre sin necesidades, no voy á saber dentro de unos dias en qué invertir los millones que me correspondan. Por eso puedo hoy enajenar algunas; si Vd. quiere...

—¡No he de querer, hombre!

—¡Y yo quiero otra!

—¡Y yo!

—Corriente, señores. Entremos en el café Oriental y estenderé en él los títulos.

—¿Y dónde está la mina?

—Junto á la ermita de San Isidro, oculta por un cerro de arena.

Dejemos entrar á los mineros en el café, y no critiquemos á nuestros antepasados por el empeño con que buscaban la piedra filosofal. Si ellos

trataron de convertir las inmundicias en oro, nosotros recogemos á carretadas el mismo metal, bajo las montañas de arena del término de Madrid.

Y eso que, por una inexplicable rareza, mientras más ricas son las minas que hoy se explotan, ménos personas adquieren acciones de las mismas. Los hombres sensatos se niegan á tomar parte, y hacen bien, en explotaciones que, exigiendo un gasto de tres jornales de á dos pesetas, ofrecen al dia un beneficio de 36.000 onzas de oro.

En el grupo inmediato al que hemos visto, se habla de consolidado, bonos, ferros, títulos pequeños, sisas y empréstitos de todas clases y fechas; operaciones en firme, en prima, en voluntad, á fin del mes, á fin del próximo, etc. Hay quien hace una *doble* y no falta quien desee *catar* una operacion.

Penetrando algo en el fondo de estas operaciones, cuya moralidad

ó inmoralidad ha sido varias veces debatida, no titubeamos en condenar muchas de ellas, ni creemos aventurar nada afirmando que son en ocasiones más inmorales que las *transacciones* que se realizan sobre el tradicional tapete verde. Prueba al canto: el que pone un duro á una carta, empecemos por que tiene y pone el duro, sigamos con que al ponerle ya sabe que ó pierde aquél ó gana otro, y concluyamos con que si pierde paga y si gana cobra; pero el que manda comprar ó vender millones y millones de consolidado, durante todo un mes á fin de mismo, sin tener una peseta ni una lámina, ó teniendo ménos pesetas y láminas que las que representan sus operaciones ¿qué ha hecho? ¿á qué se ha expuesto? á cobrar las diferencias si le son favorables y es solvente su contratante, ó á no pagar si le son adversas y en cuantía superior á sus fuerzas. Compárese ahora una cosa con otra: y cuenta que al citar esta

clase de negocios, que realmente se verifican tal y como lo relatamos, no suponemos que se piensen ni se entablen con malos propósitos; pero.... de buenas intenciones está empedrado el infierno.

Y es más: se ha llegado á un refinamiento tal en el *juego* de Bolsa que se dan casos de contratarse operaciones del tenor siguiente: Un bolsista de esos de buen olfato cree ó quiere creer que el cambio del dia del consolidado ha de *subir* ó *bajar* durante el mes corriente más de 20 céntimos por ciento, que sobre un millon de pesetas nominales representa 2.000 pesetas efectivas; y otro colega, tambien de gran olfato, supone ó asegura (para el caso es lo mismo) que la oscilacion será á lo sumo de dichos 20 céntimos: de aquí nace una operacion, una transaccion, una especie de apuesta que se concierta, dando el primer contratante al segundo 2.000 pesetas por el derecho á la opcion de comprarle ó venderle

á fin de mes un millon de pesetas al cambio del dia en que la operacion se contrata. Supongamos que ese cambio es el de 28 por 100. Pues bien, llega fin de mes y se cotiza á 28'70, es decir, con un alza de 70 céntimos, y el que dió las 2.000 pesetas exije de su contratante que le venda un millon nominal al cambio estipulado de 28 por 100, ganándose 0'70 por 100, ó lo que es lo mismo, 7.000 pesetas, de las cuales, rebajadas las 2.000 que le costó la operacion, quedan 5.000 como ganancia líquida. La misma ganancia hubiera tenido si en lugar de subir hubiese bajado el cambio los 70 céntimos.

Y siempre resultará que en esta clase de operaciones lo que se gane y lo que se pierda será mediante un verdadero azar.

Entre dichos industriales se cotizan los peligros del Estado, y se presta con usura sobre el trabajo de nuestros nietos. La liquidacion de fin de mes preocupa la atencion de todos

los indivíduos del grupo; la escasa actividad de la Hacienda para los señalamientos les hace poner el grito en el cielo; la quiebra del comerciante ó el suicidio del agente les ocupa también, sobre todo si el comerciante ó el agente han quebrado ó muerto sin dejar recursos para el pago de acreedores. En dicho grupo se han fundido nobles y plebeyos en un comun interés; allí no se reconoce más aristocracia que la del dinero, ni más edificio arquitectónico que la Bolsa.

—¿Quién quiere tres millones?—pregunta uno de los del grupo, que masca heróicamente un cigarro de á cuarto.

Y, cosa singular, nadie contesta. Confesemos que el desinterés reside aun en la tierra, aunque lo nieguen los pesimistas.

—Doy una prima,—añade el orador.

Y su voz se pierde en el vacío: los hombres que le rodean deben ser tan

inaccesibles al interés como á los encantos del bello sexo. Ni siquiera preguntan si es rubia ó pelinegra aquella prima tan públicamente ofrecida.

Pero dejémonos de matemáticas, incomprensibles para la mayoría de los lectores, como lo son para mí. Los hombres que hemos visto gozan, no obstante, cambiando unos papeles por otros, comprando millones sin dar un céntimo, y vendiendo miles de duros sin percibir un ochavo. Allí dicen y debemos creerles, que el cambio está á 29'20; que los *ferros* suben, que las *cubas* bajan; finalmente que nada se está quieto. Si un mecánico lo hubiera observado, no hubiera dejado de pensar en lo fácil que es encontrar el movimiento contínuo con sólo fijarse en los valores públicos.

No léjos de los bolsistas están los hombres *de negocios*, esos problemas ambulantes de la vida humana, para cuya resolucion me declaro incompetente.

—¿Son médicos, son abogados, son escribanos, son ingenieros?

—No señor.

—¿Heredaron fincas ó rentas?

—No pagan el alquiler de su casa.

—¿Juegan?

—Parece que no.

—¿De qué viven entónces?

—De *sus negocios*.

Mil veces he oido esto mismo, y otras tantas he querido desentrañar el sentido oculto de la última frase. Inútil empeño: lo único que he podido descubrir es que los indescifrables negocios de algunas personas suelen ofrecer resultados muy opuestos.

Cuando es favorable para el que los ejerce, queda subsistente la duda de cuáles podrán haber sido *los negocios* de un hombre, que han llegado á proporcionarle uno ó más coches. Cuando es adverso desaparece toda duda: sabemos, por ejemplo, que entre los negocios de que aseguraba vivir D. Fulano, uno de

ellos se reducia á conseguir condecoraciones en los ministerios, á representar á varios accionistas en una quiebra, ó á administrar la hacienda ajena, y que los desapiadados tribunales cortaron las alas á nuestro héroe, mediante algunos vistos y considerandos, capaces de hacer viajar á un hombre desde Madrid á Ceuta.

Y codeando á los mineros y á los bolsistas, sonriendo á los hombres de negocios y á los transeuntes todos, algunas desdichadas recorren las aceras, sin que el velo del pudor las acompañe ni la fortaleza de la virtud las defienda. Jóvenes todas, hermosas muchas é inocentes ayer, tienen hoy á gala el descaro y la impudencia. No las culpemos, sin embargo, con excesiva acritud. De las culpas de la mujer es casi siempre culpable el hombre.

¿Quién será capaz de arrojar la primera piedra á la infeliz pecadora, ignorando las circunstancias de su

caida? ¿Quién negará una mirada compasiva á la pobre paloma, que sin fuerzas para seguir su vuelo por las alturas, se manchó en el fango las blanquísimas alas con que salió de su nido?

Basta..... que me enternezco.

REAL ACADEMIA DE LA HIST
FONDO ANGEL FERRARI

CAPITULO VIII.

El tabaco y los estancos.—Leyenda oriental.—Divagaciones.—Origen histórico.—Produccion.—Industrias dependientes del tabaco.—Opinion de la ciencia y opinion de la crítica.

¿Fuman ustedes?

En caso afirmativo, poco podrá decirles este capítulo: en caso negativo, es fácil que les enseñe algo que ignoran.

Encendamos un cigarrillo de papel, y parémonos á contemplar el escaparate de los estancos ó á ver

entrar y salir en contínua procesion á los contribuyentes que, con la sonrisa en los lábios y la moneda en la mano, paganá la Hacienda pública un tributo que le da pingües rendimientos.

—¡Parece imposible que gasten ustedes tanto dinero en humo!

—No sé qué gusto tienen ustedes en fumar.

—¡Qué porquería!

A estas exclamaciones de indudable procedencia femenina, y á otras del mismo carácter, tratamos de contestar en este capítulo, así como tambien á las exageraciones de algunos enemigos del tabaco, haciendo de paso públicos varios datos estadísticos en defensa del cigarro puro (tabaco) y del cigarrillo liado, tan en uso en nuestra patria.

El asunto es casi tan nacional como las corridas de toros; véase si no á cualquier novelista francés, y se convencerán los incrédulos de que es imposible retratar á un espa-

ñol sin el tradicional sombrero *calañé*, chaqueta con boton de plata, navaja de Albacete en la faja y un *cigarrillo* en la boca, dando el brazo á su *manola*, ó hincando en tierra una rodilla para que suba á la *calesa* que ha de conducirles á la Plaza de Toros.

Pero, seamos justos; si eliminamos del retrato, por ridículos, el sombrero y la navaja, la manola y la calesa, siempre nos quedará el característico cigarrillo en la boca de nuestros compatriotas.

Verdad es que aun existe en el mundo quien nos aventaja en el fumar: los mahometanos; pero combinando de tal suerte el vicio con las creencias religiosas, que aun fumando más son menos viciosos.

Y á este propósito no creo importuno reproducir aquí la leyenda del tabaco, con la que los musulmanes explican el orígen de la planta. Ignoro la procedencia de la citada leyenda y el nombre de su autor, y debo

limitarme, por lo mismo, á declarar que su paternidad literaria no me corresponde. Dice así:

.....

Viajaba una vez el profeta Mahoma por lo desiertos del yémen.

Era invierno.

Como hacia frio los reptiles dormian el letargo de las noches largas.

El camello del profeta puso su calcañal sobre la guarida de una víbora y apareció entonces esta enteramente amortiguada por el frio.

Compadecióse Mahoma del pobre reptil, bajó del camello, tomó á la víbora y la puso dentro de la manga de su túnica para que volviese á la vida, y el calor la dió vida nuevamente.

Entonces empezó á moverse, luego sacó la cabeza, y dijo:

—Profeta, quiero morderte la mano.

—No seas ingrata,—la contestó él.

—Lo quiero.

—Cuando me des una razon, y me

pruebes que tienes motivo, te dejaré hacerlo.

—Tu raza,—dijo la víbora,—está siempre en guerra con mi raza: la huella de los tuyos aplasta á los mios siempre, y yo necesito vengarme.

—Pero no se trata ahora de nuestras razas,—la replicó con dulzura el profeta:—la cuestion está en este instante entre tú y yo. ¿Qué males te he causado yo? ¿por ventura no acabo de hacerte un beneficio con la calor de mi pecho y mi brazo tornándote al vivir?

—Quiero, sin embargo, morderte para que en adelante no hagas daño ni á mí ni á mis hijos, ni á los de mi raza.

—Eso, pobre reptil, será una ingratitud: me devuelves mal por bien, ¡ay de tí que tan mal quieres pagar los beneficios!

—Lo quiero,—gritó iracunda la víbora entonces;—lo juro por el Dios grande que te morderé, y lo quiero.

Al oir el nombre de Dios el profe-

ta no se atrevió á replicar: inclinó la cabeza, y dijo:

—«¡Que su nombre sea bendito! suyos somos y por él tenemos la vida.»

Y alargó la mano á la víbora, rogándole que la mordiera en nombre de Aláh.

Y la víbora mordió la mano sagrada del profeta.

Entonces éste, poseido de un vivo dolor, la dejó en tierra con cuidado, y sin hacerla daño ninguno, y en nombre del Dios Grande, la maldijo porque habia sido ingrata, y á todos los hombres que obraran del mismo modo con ella.

El profeta aplicó en seguida con fuerza sus lábios á la herida, aspiró con valor, y por medio de la succion estrajo el veneno de la víbora, y lo escupió sobre la arena del desierto.

Y al punto en el mismo sitio donde habia tocado la saliva nació una planta, que creció de repente y echó hojas.

Los hijos del desierto que acompañaban al Profeta quisieron quemar algunas de aquellas hojas como en holocausto al Dios Grande que habia salvado del veneno al jefe de los creyentes; y entónces percibieron el estraño y delicadó aroma que las hojas de aquella planta exhalaban al quemarse.

Y desde aquel dia todos los buenos musulmanes fuman las hojas de aquella maravillosa y bendita hierba, que el dedo de Aláh hace multiplicarse en las arenas y los oasis, y aspiran su perfume con respeto y placer, porque participa su sabor de la amargura del veneno de la víbora y de la dulzura de la saliva sagrada del Profeta.

«La hoja del tabaco» es desde entónces la delicia de los Hadjis que han hecho la peregrinacion á la Meca santa; de los ulemas que enseñan la sabiduría en el átrio de la mezquita de El Azahr, que es fuente de alegría y luz; y de los hijos de la blan-

ca tienda, que son los reyes del desierto.

Y tambien desde entónces el creyente que recibe de otro musulman la sal de la hospitalidad bajo la sombra de su casa ó de su tienda, está obligado á amarle y á hacerse matar en su defensa si es preciso, porque es su hermano, y porque la maldicion del Profeta pesa sobre la cabeza de los «ingratos,» que no podrán ver la luna clara del paraíso en la noche de su muerte.

Esta es la leyenda de «La hoja de tabaco» que se trasmite de tribu en tribu por los viejos creyentes, á través de la generaciones y los siglos, para enseñanza de los musulmanes y gloria de Aláh, cuyo nombre sea eternamente bendito.

¡El es el Grande!!!

.....

.....

Volvamos ahora á nuestro asunto, bajo su punto de vista español.

El tabaco es la principal industria

del Gobierno, y á la cual debe mayores rendimientos, como acaso veremos más adelante: ha encontrado la fórmula de hacer tributario el humo y de que las nubes, espirales de tabaco figuren por muchos millones en los presupuestos de ingresos del Estado.

Los que más han perorado contra el estanco; los partidarios del libre cambio, que tantos aplausos arrancaban años atrás en el Ateneo, fueron poder, tuvieron en sus manos el planteamiento de las reformas que habian predicado, y no se atrevieron á verificarlo. Prefirieron aprevecharse de sus rendimientos, dejando que el bello sexo anatematice el uso del cigarro y que los poetas y los filósofos se absorban mirando las bocanadas de humo, acaso buscando en ellos un consonante prófugo, ó una controvertida verdad.

Porque en el humo del cigarro puede encontrarse mucho más de lo que los químicos afirman: puede en-

contrarse el olvido de los pesares y hasta el de los hombres; puede ser la nube que nos oculte al mundo y sus miserias para dejarnos entrever lo infinito é inmaterial.

Otras veces nos lleva insensiblemente á pasadas épocas y nos devuelve la juventud, los alegres años en que comenzábamos á ser tributarios del estanco, para que el cigarro nos sirviera de compañero durante las largas horas en que acechábamos el entreabierto balcon de un piso principal, la iluminada ventana de un segundo, ó la mal cerrada puerta de un sotabanco. El humo rejuvenece entónces nuestro pensamiento, y nos presenta, insensible y graciosamente, nuestras primeras ilusiones y nuestros primeros desengaños; los dias en que escribíamos versos de pacotilla para convencer á una pudorosa sílfide de que el medio mejor de conservar su problemática pureza consistia en abrirnos la puerta de su habitacion ó aceptar una cena en

algun café célebre por la economía de su alumbrado.

El humo del tabaco, ha dicho no sé quién, crea poetas.

El humo del tabaco, añade, arrastra las miradas del alma.

El cigarro embriaga, pero embriaga de tristeza. Por un instante nos eleva con su humo; pero pronto nos vuelve á la realidad con la gastada colilla que queda en el suelo.

Nos hace soñar con lo que fué, y nos despierta sin piedad enseñándonos lo que es.

Recuérdanos nuestras pasiones, nuestros caprichos y nuestras fugaces venturas; pero así que se desvanece su humo y que la solitaria punta del cigarro se va apagando en el pavimento, la realidad vuelve á presentarse, los sueños se alejan, y la poesía de los recuerdos desaparece.

Sólo queda la prosáica punta del cigarro, acaso para recordarnos que debemos volver á él examinando lo que es el tabaco.

Cuando el capitan español Grijalba, con unos cuantos compañeros, emprendia su expedicion á Tabasco, poco tiempo despues del descubrimiento del Nuevo Mundo, no podria figurarse ciertamente que lo mismo que tanto les chocó en los indios, habia de generalizarse en todos los pueblos civilizados.

Cuando Hernan Cortés envió de regalo al emperador Cárlos V alguna cantidad de tabaco, estaria muy léjos de pensar que facilitaba al Tesoro un ingreso que habia de desarrollarse extraordinariamente en los futuros siglos.

Pero así como el Nuevo Mundo tomó su nombre de quien no habia soñado en descubrirle, así el tabaco debió tambien el suyo primitivo de Nicotiana á Juan Nicot, embajador de Francia en Lisboa, por el solo mérito de haber mandado una muestra de dicho género á París en 1560.

Descubierta la planta, no quedaba

ya más que fumarla, y en este punto debemos hacer completa justicia á los españoles: no fueron los que más prisa se dieron á ello. Otros pueblos nos adelantaron en echar humo por las narices ó atestarlas de polvo, llegando hasta tal punto su aficion, que la ciencia se alarmó y la política tomó el asunto por cuenta propia, apoyada por la religion. Pero la ciencia, la política y la religion tomaron mal camino, y lograron un resultado diametralmente opuesto al que se proponian. La ciencia aseguró que el tabaco era un veneno, y como ninguno de sus aficionados se moria, cayó en el mayor descrédito semejante afirmacion. La autoridad religiosa prohibió su uso, bajo las más severas penas de excomunion, y á pesar de la leyenda que hemos copiado, la autoridad civil amenazó en Turquía con pasear por las calles á los fumadores con una pipa atravesada por las narices, en Rusia con cortar dicha parte del indivíduo, y

en Persia con quitarle la vida *radicalmente*.

Como la privacion es causa del apetito, y basta que se mande una cosa para que se haga otra, los europeos se burlaron de la ciencia, desobedecieron á las autoridades civil y religiosa, y consumieron con avidez todo el tabaco que lograron tener á mano.

Felipe IV dió una prueba de talento, viendo el desarrollo que habia adquirido la pipa y el rapé: creó el estanco, y convirtiendo al Estado en comerciante é industrial, logró lo que la ciencia, la religion y el poder civil de otras naciones no habian conseguido; disminuir el número de fumadores y el de los aficionados al rapé.

Muchos que en Rusia se hubieran dejado cortar gustosamente las narices, no quisieron pagar su tributo al Gobierno español, y á esto se debe sin duda que el vicio quedara estancado en España durante muchos

años, en tanto que crecia en otros pueblos donde no se imponia gabela sobre el respirar, como en nuestra queridísima nacion.

Pero ¿qué es á todo esto,—me preguntará algun lector curioso, — el tabaco?

El tabaco, contesta la ciencia, es un género de plantas de la familia de las solanáceas, cuyas especies son herbáceas ó subfrutescentes: se hallan revestidas comunmente de una vellosidad viscosa, y crecen por lo regular en las regiones tropicales de América y algunas de Asia. La que sirve de tipo crece en la América meridional: tiene el tallo recto y redondo, las hojas grandes y oblongas, y las hojas pediculares, grandes y hermosas. El cultivo del tabaco ha producido muchas variedades, que suelen conocerse con el nombre del país que las produce. Las hojas del tabaco son verdes, exhalan un olor fuerte y desagradable, que se modifica luego por la fermentacion, y

al fin se convierte en un aroma suave.

Metodizando nuestro trabajo, debemos decir algunas palabras respecto á la produccion del tabaco.

Este se cultiva en toda clase de terrenos; pero exije que su plantacion se verifique entre los 12 y los 29 grados de calor, que debe aumentar despues en los cuatro meses siguientes. En Cuba se siembra en los últimos meses del año, y en la Península española por primavera y principios de verano.

El sitio en que se siembra se llama vega, nombre de que se deriva la voz de vegueros, aplicada á los tabacos.

En la Vuelta de Abajo, de donde procede el mejor tabaco, la planta se divide en libra, quebrado, puntas, injuriado de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, pajurrias y capaduras. La libra la constituyen las hojas más sanas, mayores, más aromáticas y de mejor calidad. El quebrado se compone de la

hoja superior de la planta, que por estar taladrada por los gusanos no entra en la clasificacion anterior. Las puntas é injuriado de primera comprenden todas las hojas útiles para capa, cualquiera que sea su olor; el injuriado de segunda se compone de capa y tripa, y entra en él más generalmente el tabaco flojo que el fuerte, y el injuriado de tercera es todo tripa, aunque de la más sana. La pajurria sólo se compone de tripa floja, y pertenece á la parte inferior de la planta, y las capaduras se forman con el tabaco de segundo corte.

En la Vuelta de Arriba, y en todos los demás puntos productores del tabaco, éste sólo se divide en capa y tripa; division en último resultado bastante más sencilla que la que hemos consignado anteriormente.

El sistema empleado en algunos puntos para defender las plantas del tabaco de la multitud de insectos que les acosan, consiste en echar al plantío bandadas de pavos. Esta cir-

cunstancia debe recordarse con gratitud por todos los fumadores, para levantar al pavo un monumento.

Así que las hojas están en sazon, se cortan las matas á raiz de la tierra; se la seca á la sombra; se forman montones con los atados, y se les remueve frecuentemente para que no fermenten con exceso. El método más generalizado de guardar las hojas, consiste en meterlas en barriles para la exportacion, si bien no deja de emplearse el torcido de las hojas formando sogas gruesas. En algunos puntos productores se hace el torcido á torno.

La fabricacion de cigarros y cigarrillos mereceria un estudio especial, pero que no entra en nuestro objeto: cualquiera que haya visitado una fábrica puede haberse convencido del sinnumero de brazos ocupados en todas las operaciones que requiere el tabaco ántes de quedar convertido en cigarros aristocráticos, plebeyos pitillos, y picadura fuerte ó suave.

Aunque los fumadores que lo son de veras fuman con igual fruicion unos y otros productos, debemos consignar que la moda, la costumbre y hasta el carácter de los pueblos, les hace preferir respectivamente una ú otra forma para el consumo del tabaco. El cigarrillo de papel, por ejemplo, es casi exclusivo de España; el cigarro de hoja, de Francia é Inglaterra; la pipa, de los países del Norte. En algunos pueblos, el tabaco sólo se toma en polvo; en otros se masca; en los más, se quema. La pipa es la inseparable compañera del aleman, así como el cigarrillo de papel lo es del español. En Oriente se disputa con ventaja como ya hemos dicho á los alemanes y á los españoles la reputacion de fumadores.

Las mujeres han arrebatado tambien al hombre la costumbre de fumar, y en muchos pueblos no creen vergonzoso salir á la calle con la pipa ó el cigarro en la boca. En España solo se permite el lujo del ta-

baco las que han conocido ya todos los demás vicios. Es, por decirlo así, el complemento de la vida crapulosa.

El consumo del tabaco se halla tan generalizado en nuestros dias, que aunque su uso se conceptúe como un vicio, es un vicio que se comete públicamente.

En algunas naciones los fumadores conservan un resto de pudor, pero aquí en España cada ciudadano es una chimenea ambulante. Fumamos en casa y en la calle, fumamos en los pasillos de los teatros y hasta en el tocador de las damas. Arrojamos humo por la boca, por las narices y hasta por los ojos. Enrarecemos la atmósfera, manchamos el suelo, quemamos las sábanas de la cama, y cuando acabamos de fumar seguimos pensando en fumar de nuevo.

La peticion de un cigarro está admitida en la mejor sociedad, y nadie se cree humillado por dar ó tomar un cigarrillo, un tabaco ó una pipa.

El tabaco es el partidario más decidido de la esclavitud.

Si los radicales hubieran podido presumir que el trabajo libre podria privarles del uso del cigarro, de seguro que no hubieran votado la ley de la abolicion.

El tabaco enriquece á su cultivador y á su fabricante; constituye uno de los artículos que dejan al comerciante mayores rendimientos; es el tributo indirecto que mayores beneficios reporta al gobierno, y permite que á su sombra se desarrollen infinitas industrias.

Suprimid el tabaco, y se suicidarán en el acto todos los constructores de petacas, cigarreras, pipas, cajas y boquillas.

Suprimid el tabaco, y la industria fosforera recibirá un golpe mortal, y los estanqueros pasarán al panteon de los cesantes, y los fabricantes de libritos de Alcoy, declarados en forzosa huelga, sarán capaces de repartirse en nombre de las doctri-

nas internacionalistas las orejas de todos sus conciudadanos.

Suprimid el tabaco, y vereis desaparecer como por ensalmo todos los comercios secretos en que nos venden, como legítimos vegueros, los productos del contrabando andaluz y los riquísimos coraceros de Pinto y Leganés.

Suprimid el tabaco, y vereis desaparecer á los ambulantes vendedores y vendedoras que os acosan por todas partes con la tradicional pregunta de: ¿Hacen falta cigarrillos?

Suprimid el tabaco, y la industria colillera pasará á la historia y desaparecerán del Rastro los montones de puntas, en que buscan su primera materia los mozos de café, para vender luego á sus parroquianos los paquetillos de cigarros *habanos*.

Suprimid el tabaco, y vereis lo que no habeis visto nunca: vereis á un pueblo entregarse á los mayores desmanes. y á los más inícuos despojos, sin freno alguno que le contenga.

Porque, no debemos hacernos ilusiones: el socialista más furibundo se amansa admirablemente desde el momento en que se le dá una tagarnina de diez céntimos, y el hombre más pacífico y de mejores condiciones morales se convierte en una fiera desde el momento en que se encuentra sin tabaco.

Una moneda de cinco duros, abandonada sobre las piedras de la calle, no es arrebatada tan pronto como una colilla de puro. Es un hecho comprobado. Aquí en Madrid, donde tanto se fuma, no he conseguido ver durante cinco horas de observacion una sola colilla coracera en el suelo, y hay quien asegura que muchas de ellas no llegan á tocar la tierra. Siempre hay una mano dispuesta á cojerlas al vuelo.

El cigarro ha sido elemento nivelador y democrático: gracias á él, el plebeyo ha parado al noble en la calle para encender un coracero en una breva. Cuando existia aún en el ejér-

cito español la disciplina más ríjida, vimos una vez á un quinto mandando al capitan de su compañía. El quinto habia empezado á fumar un cigarro de á dos cuartos,—entónces era el precio corriente,—y el oficial le llamó para encender otro. Apénas lo hubo verificado, cuando trató de devolverle á su subalterno el cigarro; pero no pudo ménos de sorprenderse cuando escuchó decir al quinto: *tírelo usté*, mi capitan.

—Pero, hombre, si apénas lo has empezado...

—Tírelo V., que alguna vez me ha de tocar á mí ser el que mande.

¿Cuándo hubiera logrado esto á no ser por el tabaco?

El cigarro se ha adelantado á los legisladores de 1873, para fijar la mayor edad del hombre. Hace muchos años que viene marcando el tránsito de la niñez á la juventud. La frase de *ya fuma Fulanito*, dicha por más de una madre complaciente, equivale á decir *ya es un hombre*

Fulanito. Y ¿qué madre no proteje á hurtadillas el vicio del tabaco en sus hijos, facilitándoles recursos para sostenerlo?

Todas estas circunstancias concurren poderosamente á que el gobierno logre inmensos beneficios del estanco, y á que el contrabando no concluya como contribuyeron hace años y cuando lo permitia la Administracion á que existieran diez ó doce magníficas tabaquerías en la Puerta del Sol, sin contar los centenares de ellas que habia en el resto de Madrid.

El célebre Dr. Magnenus manifiesta que el uso del tabaco debe ser prohibido á los niños y á las mujeres en cinta.

Pero aunque el Dr. Magnenus no lo hubiera dicho, lo diría la sana razon.

Dejando, pues, á un lado á las mujeres y á los muchachos, veamos las razones que se oponen á que el hombre use del tabaco:

1.ª Porque perjudica á la memoria.
2.ª Porque debilita el olfato.
3.ª Porque ocasiona temblores.
4.ª Porque enflaquece.
5.ª Porque predispone á la parálisis.
6.ª Porque turba la inteligencia.
7.ª Porque dificulta la digestion.
8.ª Porque es mortal su uso para los ancianos.
9.ª Porque dispone á la pereza.
10. Porque produce un atontamiento, que en Filipinas se llama *chifladura*.

Renunciamos á seguir enumerando los perjuicios que causa el uso del tabaco: haria interminable y poco grato este trabajo. Consta, sin embargo, que muchas notabilidades científicas se han consagrado á esta cruzada, en la que han intervenido los célebres Baillard, Buffon, Chomel, Baques, Perey, Barthelemy, Orfila, Joli y otros muchos sábios... que, sin embargo, fueron fumadores en su mayor parte.

Un ilustre profesor español ha tenido la paciencia de coleccionar todo cuanto se ha escrito en contra del tabaco, consagrando despues el producto de su obra á comprar buenos tabacos. No le censuramos por ello: consignamos el hecho y nada más.

Pero, ¿es posible creer que sea causa el tabaco de los males de que le acusan sus detractores? ¿Deberemos creer que cuando el aceite de bellotas es *indispensable para los vivos y muertos*, segun Brea y Moreno, el tabaco no ha de ser tolerable en los vivos?

No ciertamente, y para que no se nos pueda acusar de que discutimos de mala fé, vamos á servirnos de los argumentos con que la ciencia pretende anonadar á los fumadores.

Que el tabaco perjudica á la memoria... Pues ¿qué mayor recomendacion pudiera hacerse de él? Fumemos para no recordar las miserias políticas que nos rodean; fumemos para olvidar los beneficios que he-

mos hecho y las ingratitudes con que nos los han pagado; fumemos para no acordarnos de los versos de ciertos dramas y los artículos de ciertos periódicos; fumemos para ir olvidando poco á poco que somos españoles y que España se halla en un período de mortal decadencia.

Que debilita el olfato... ¿Y qué? ¿No es mayor el número de los malos olores que el de los buenos? Luego la debilidad del olfato ántes es una dicha que una desgracia. ¿Qué hubiera sido de nosotros si no hubiéramos fumado hace veinte años, cuando nos retirábamos á casa despues de las doce de la noche? ¿Qué sería de nosotros hoy mismo cuando nuestra mala estrella nos arrastra á cualquier teatro pesetero?

Más grave es la acusacion de que *ocasiona temblores;* pero tambien los experimenta la tierra... y eso que no fuma. Tambien tiemblan, segun los poetas, las hojas de los árboles, y nadie las censura. Además que un

leve temblor no sienta mal á una persona: hace su figura más movida, recuerda la existencia, la actividad, el entusiasmo. Si el uso del tabaco se generalizase, á nadie extrañaria el temblor y seria una máscara de la cobardía. ¿Quién habia de burlarse del pacífico vecino que en un dia de carreras diera diente con diente? Algunos que hoy dicen que es un pusilánime dirian entonces: ¡Qué fumador es Fulano!

Pero sigue la ciencia maltratando á los fumadores porque el humo del tabaco *hace enflaquecer*. ¿Puede darse acusacion más peregrina? Ser flaco, en los tiempos que corren, es una ganga, y sobre todo en España. Los que abrigamos la crencia de que aquí vamos á acabar por comernos los unos á los otros, no podemos menos de felicitarnos por enflaquecer; y si el tabaco quita carnes, la citada consideracion nos convida á fumar. Además, que un flaco no es envidiado, porque no hace sombra, y en un dia

de revolucion puede salvar el pellejo escondiéndose en el cañon de su fusil, caso de ser miliciano forzoso, y si es perseguido escaparse por el oido del mismo. Un gordo, por el contrario, recoge todas las balas perdidas, excita la glotonería de los descamisados, gasta un dineral en ropa, tropieza con todo el mundo, y no puede asistir al teatro á no ser á palco, ni viajar en ferro-carril sin tomar todo un coche. ¿Y para esto quieren las eminencias médicas que dejemos de fumar?

Pero tambien dicen que *ocasiona la parálisis*, enfermedad que en muchas ocasiones es un bien. Va uno por la calle, por ejemplo, y recibe un pisoton. ¡Bárbaro! exclama la víctima, y ántes de que termine la palabra recibe un bofeton, que se apresura á devolver. Cambia su tarjeta con el transeunte, y á las dos horas recibe la visita de un par de amigos de aquel, y á la mañana siguiente, un balazo ó una estocada. Pues á

fé que si hubiera padecido de parálisis, ni hubiera salido á la calle en tan nefasto dia, ni hubiera recibido el pisoton, la bofetada y el balazo. Siendo además paralítico, no se entra en quintas, no se sirve en la milicia ciudadana ni se corre peligro en tiempos de guerra civil de tropezar con la partida de ningun cura Santa Cruz.

Porque turba la inteligencia... ¡Cualquiera diria que la inteligencia se cotiza hoy como el atrevimiento ó la desvergüenza! ¿Para qué sirve la inteligencia más que para causar la desgracia del que la posee? Si se la dedica á escribir una obra que asombre la humanidad, enriquecerá acaso á un editor, y cuando su autor piense morirse de hambre lo avisará con un año de anticipacion á la sociedad de escritores y artistas para tener derecho á ser enterrado, y pagará la cuota de entrada, equivalente acaso á la propiedad del producto de la inteligencia.

Si se consagra á la enseñanza, le sitiarán por hambre los alcaldes de los pueblos y le harán padecer erisipelas las diabluras de los muchachos. Si se dedica al perfeccionamiento de las ciencias, encontrará tal vez un nuevo planeta ó una millonésima variedad de infusorios; pero ni el planeta ni el infusorio le darán de comer. Si es un artista y logra labrar una estátua admirable, tendrá acaso que arrojarla á la hornilla para hacer que cueza el puchero ó se frian las plebeyas patatas, cuando acostumbre fiárselas una compasiva verdulera. Entónces acaso lamentará todo el capital que ha gastado en sus estudios, y que invertido en tabaco podria haber turbado su inteligencia y contribuido, por ende, á su felicidad.

Dice tambien la ciencia, que el tabaco dificulta la digestion, cosa utilísima, en nuestro concepto, para adelantar en esta vida el purgatorio. ¿Con qué derecho pretende la medicina retrasar la bienaventuranza?

Además que una mala digestion tiene tambien sus encantos y la ventaja de no poder hacer muchas comidas ni gastar dinero en la plaza. ¿O es que quiere la ciencia proteger los placeres de la gula, rechazados por la religion?

Añaden tambien los médicos que el uso del tabaco es mortal para los ancianos, y en esto conocemos perfectamente su intencion. Quieren disculpar hipócritamente su ignorancia; quieren esplicar así las muchas certificaciones de defuncion que expiden; y no juzgan nada tan oportuno como culpar al tabaco de la muerte de sus enfermos. ¿Qué satisfaccion le ha de quedar al anciano, si se le priva del cigarro, cuando el vigor le abandona y la muerte le acecha?

Pero añade la ciencia que el tabaco *predispone á la pereza*: no lo negaremos. Un poeta, amigo nuestro, que ha fallecido no há mucho—Gerónimo Moran—era el tipo más perfec-

to y acabado de la pereza, y él mismo se habia retratado al exclamar:

«De los placeres el que más me agrada,
es el dulce placer de no hacer nada.»

Pues bien; á nuestro pobre amigo no se le veia nunca sin un cigarro en la boca. Se le veia sin destino, sin dinero, sin ocupacion alguna; pero lo que es sin fumar, nadie podrá decir que le vió durante su existencia. ¡Y qué feliz era viendo transcurrir perezosamente los meses y los años! ¿No hubiera sido un crímen privarle del tabaco, para que hubiera renacido acaso su actividad? Al fin y al cabo se hubiera muerto lo mismo, y habria trabajado mucho más. El consejo de los médicos es, por otra parte, antipatriótico; pues la pereza es un rasgo característico de nuestros compatriotas, y además la noche se ha hecho para dormir y el dia para descansar. Entre una y otra operacion, nada impide que se fumen unos cuantos cigarrillos.

Pero llegamos al último argumento, al argumento de la *chifladura*, que nos parece delicioso. Quien tal dice, se conoce que no suelta de la boca el cigarro.

Convengamos en que la ciencia no sabe lo que se pesca; reconozcamos que la infalibilidad no se adquiere en las aulas universitarias, y cuando leamos en algun libro médico los inmensos perjuicios del tabaco, encendamos reposadamente un cigarro, y repitamos con Buffon, que nada de cuanto se dice en contra de aquella planta se ha probado, ni es fácil que se llegue á probar.

CAPITULO IX.

Orígen y progresos de la fotografía. — Establecimientos fotográficos. — En el portal.—En el gabinete de espera.—En la galería. —Retrato al vuelo del fotógrafo.

Desde que se usan en el mundo políticos de dos caras, y más especialmente desde que se perdió la buena costumbre de que á la gente se le cayera la cara de vergüenza, la industria fotográfica ha logrado un gran desarrollo, sobre todo en nuestra pátria.

Hoy es rara la calle donde no exis-

te una fotografía, y no faltan puntos, como la Puerta del Sol, donde se ven tantas como casas.

La competencia abarata el género, y allí donde hace seis años costaba un retrato tres duros, hoy se hace por medio ó por dos pesetas.

Al lanzar un fotógrafo el reto de *¡retratos á veinticuatro reales!* un segundo fotógrafo recoge el guante y los ofrece *á doce reales, garantizando el parecido;* otro fotógrafo los ofrece á peseta, y no falta quien los haga á real. No será difícil, siguiendo esta progresion, que dentro de algun tiempo se hagan retratos *con obsequio*, á elegir entre una entrada para los Bufos y un plato de caracoles y callos á la madrileña.

Esta rebaja de precios me hace meditar en un problema económico, cuya resolucion no es otra que el descrédito de la fotografía y la falta de proteccion del público para con los sucesores de Daguerre.

El público, sin embargo, es tan ingrato como injusto: despues de desear ardientemente la generalizacion de la fotografía, la abandona y la desprecia, como el niño que despues de lograr el juguete por que tanto suspiraba, pretende averiguar primero lo que tiene dentro y lo arroja más tarde léjos de sí.

Al proponerme llevar á mis lectores á visitar algunos establecimientos fotográficos, creo necesario prepararles para la visita con unas cuantas consideraciones en sério y una ligera noticia del orígen, medios y desarrollo de la industria fotográfica.

Seré muy breve en esta primera parte de mi trabajo, que suprimiria de buen grado, si no hubiera de servirnos más adelante para conocer y apreciar la obra que se ejecuta en todos los laboratorios fotográficos.

La fotografía no hubiera existido nunca sin la prévia invencion de la cámara oscura, debida al célebre pintor veneciano Juan Bautista Porta.

Este aparato recogia las imágenes, y tuvo su complemento en el estudio hecho por Mr. Scheele acerca de las propiedades del nitrato de plata, cuya disolucion, puesta en contacto con una sustancia orgánica, se ennegrece á la accion de la luz.

El pintor murió, sin embargo, ignorando las aplicaciones que en el porvenir debia alcanzar su invento: el químico murió tambien sin conocer la gran parte que habia de tener su demostracion científica en una industria que habia de generalizarse tanto como el grabado, y de competir con él.

A principios del presente siglo, en el año de 1802, Mr. Davy publicó una extensa relacion, describiendo un procedimiento para copiar pinturas sobre vidrio y hacer contornos mediante la accion de la luz sobre el nitrato de plata; procedimiento que fué estudiado y ampliado despues por el doctor Tomás Boung.

Estas primeras tentativas fueron

muy útiles para la resolucion del problema fotográfico hallada casi simultáneamente, por los Sres. Daguerre y Niepce de Saint-Víctor, por los años de 1826 y 1827. El primero de ellos habia presentado al público de París un famosísimo diorama, para el cual le habia servido poderosamente el éxito con que habia fijado las imágenes sobre planchas metálicas, en tanto que el segundo conseguia igualmente un resultado análogo preparando sus planchas con bálsamo de Judea y esencia de Lavanda (espliego).

Comprendiendo ambos la ventaja de su asociacion, ya que la suerte les habia llevado á un descubrimiento análogo, casi simultáneamente como hemos dicho, y valiéndose de procedimientos parecidos, hicieron un contrato en 14 de Diciembre de 1829, por el cual quedaban obligados á comunicarse mútuamente sus respectivos adelantos. M. Daguerre debia ser el primero en alcanzar un re-

sultado más completo, así como M. Niepce de Saint-Víctor (sobrino del que he citado ya), debia ser el que más perfeccionase la invencion. El triunfo obtenido por Daguerre consistia en fijar la imágen sobre placa por medio del yoduro de plata, por cuyo motivo su procedimiento, tomando su nombre, se llama *daguerreotipo*. El químico Saint-Víctor, aprovechando algunos trabajos de su tio, formó una capa de yoduro de plata sobre cristal, sirviéndole de vehículo la albúmina, con la cual obtuvo una imágen negativa que, puesta en contacto con un papel preparado con el cloruro de plata y expuesta á la luz, le dió la imágen positiva.

Al tiempo próximamente en que Saint-Víctor alcanzaba tan halagüeños resultados, M. Talbot obtenia en Lóndres las imágenes sobre papel, utilizando para ello las propiedades del nitrato de plata.

En Marzo de 1840, M. Fizeam pre-

sentó á la Academia de Ciencias de París las primeras imágenes fotográficas, fijadas convenientemente, aunque su tono no fuera tan perfecto como despues lo llegó á ser. En 1846, M. Archer, siguiendo las huellas de Sain-Víctor, aplicó el colodion á la fotografía en sustitucion de la albúmina, y pudo observar que, sensibilizando esta capa con un yoduro, y sumergido el cristal así preparado en un baño de nitrato de plata, se formaba un yoduro de la misma especie, que es la sustancia que hoy se conoce como más sensible á la accion de la luz.

Desde esta época se han multiplicado las aplicaciones de la fotografía al grabado, la litografía y la tipografía; ha dado orígen á la foto-litografía, al grabado heliográfico y al procedimiento foto-lito-zincográfico, introducido en España por el coronel Lopez Fabra, con el que el mismo ha llevado á cabo la reproduccion de la primera edicion del *Quijote*.

La fotografía ha contribuido poderosamente al crédito de los artistas, lanzando al público infinitos retratos de los mismos que les han hecho muy conocidos; ha penetrado en los museos y ha multiplicado á su salida las obras más portentosas del arte; ha copiado á la naturaleza en sus más pequeños detalles; ha sido un medio de propaganda política, amorosa y comercial; ha servido para la persecucion de los malhechores; para la estadística de las mujeres de la vida airada ó aireada, que para el caso es lo mismo; para sorprender los secretos del fondo del mar y de las altas regiones de la atmósfera; para fijar en el papel los caractéres de los astros; para enriquecer á sus sacerdotes y para arruinar á los pintores miniaturistas.

La fotografía ha sido protectora de conspiraciones y encubridora de delitos; elemento científico y estadístico; documento de crédito al por-

tador; guia de forasteros; pasaporte de viajeros; recurso dramático; agente propagandista de la inmoralidad y el vicio.

Sus beneficios son inmensos; pero la humanidad no los ha recompensado aún: antes, por el contrario, no puede un fotógrafo adornar la vía pública con sus trabajos, sin que el ayuntamiento le imponga una contribucion.

Está visto que, tanto el público como las autoridades, se han propuesto matar á la fotografía, y mucho me voy temiendo que lo consigan. Esta, en cambio, se ha propuesto llegar á su perfeccion fijando los colores, y tambien me temo que lo ha de lograr.

En tanto que se decide tan empeñada contienda, nosotros, meros espectadores en la reñida lucha, vamos á examinar por dentro lo que es una fotografía; pero como la tarea es algo larga, y como los fotógrafos son tan elevados de miras, que sólo

les satisfacen los últimos pisos de las casas más altas, no debe extrañar á mis lectores que me prepare á subir la escalera, haciendo alto en el portal durante algun tiempo.

La curiosidad, madre de todos los vicios, suele reunir constantemente en las portadas de las fotografías á esa poblacion desocupada y trivial, á la que se encuentra en todas partes, ménos en los sitios donde se rinde culto al trabajo.

Al penetrar nosotros en uno de dichos portales, acaba de aumentarse su escogido muestrario con el retrato de medio cuerpo de un general ya anciano, y que luce sobre su brillante uniforme una verdadera prendería de fajas, bandas y cruces.

—¡Soberbio retrato! —exclama un viejo colocado en primer término.

—¿Conoce V. al original?... — le pregunta otro que le acompaña.

—Ya lo creo; fué alférez de mi compañía, durante la primera guerra civil, en la cual se hizo notar por el

valor con que defendia la causa de nuestro inolvidable rey Cárlos V.

—Dispense V.,—le interrumpe otro interlocutor,—el general X, cuyo retrato acaban de colgar, no debe haber sido nunca carlista; pues recuerdo que en 1848 era republicano y perteneció á las partidas de Cataluña.

—¿Le vió V. en ellas?—pregunta otro socarronamente.

—Yo, no señor; pero un hermano mio estuvo persiguiéndole largo tiempo.

—Pues no crea V. á su hermano; el general X es moderado: en 1851 lo demostró combatiendo á la revolucion.

—El general X,—dice otro de los presentes,—es un consecuente liberal: tomó parte en la gloriosa, contribuyó al destronamiento de los Borbones, y después formó en el partido radical.

—¡El general X, es carlista!

—¡Es moderado!

—¡Es radical!

—El general X, tan admirablemente retratado,—dice uno de los circustantes,—es un hombre capaz de poner de acuerdo los más encontrados pareceres. Vds. han trazado su biografía exacta y detallada, sin figurárselo. Carlista, republicano, moderado y radical, es capaz de hacerse mormon si el mormonismo le ofrece un ascenso ó un empleo, una banda ó una cruz. Modelo de políticos, ha formado en todos los partidos y desertado de todas las banderas, haciendo su carrera á costa de los crédulos que le han levantado en brazos. El historiador que trate de reseñar su vida, puede salir del paso arrojando un borron sobre el papel.

.....

Hasta en una fotografía nos persigue la política: huyamos del corro en cuestion.

Enfrente del retrato del general X, se ve otro de un hombre, que parece imposible haya podido ser

retratado. ¡Tan grande es su fealdad!

—Hija,— dice una mujer del pueblo á otra, cuyo volúmen es bastante significativo; —no mires á ese señor, que puede perjudicar á lo que esperas.

—Sin embargo,—contesta un buen hombre que las ha escuchado,—el ciudadano ese es una persona ilustradísima: ha escrito libros, ha pronunciado discursos y ha sido ministro.

—No lo niego, —replica la primera mujer; —pero eso sólo demostrará que hay hombres que valen más que su cara. *Velay.*

.....

El retrato de la actriz N... se encuentra junto al del ex-ministro.

Dicha señora debió retratarse en verano, á juzgar por el exagerado escote de su vestido: inútil es añadir que no faltan delante del cuadro mirones, y que algunas de sus frases serian capaces de sonrojar, de-

bajo de su capa de blanquete, á la actriz retratada.

—Si la actriz N.,—dice uno de ellos,—comprendiera sus intereses, haria tapar los oidos y abrir mucho los ojos á los espectadores.

—Este retrato podria pasar por un tipo y figurar en el catálogo de una exposicion de Bellas Artes con el siguiente título: *Eva en el Paraiso antes de comer la manzana.*

—Pues no sé cómo puede esa mujer presentarse con tan poco abrigo: el vizconde de Selvafria la regaló en tres meses catorce trajes.

—Así está de tronado el tal vizconde.

—¡Debilidades humanas! Siempre se complace uno en vestir á quien le desnuda.

—Pero, parecida, lo está mucho N.

—Las caras de las personas descaradas salen muy bien en la fotografía.

.....

—¿Conoces á ese tipo de las melenas, que está leyendo un libro?

—Sí á fé, es el autor de una obra que parece tiene mucho mérito, segun las personas que la conocen.

—¡Hombre! Así escribe *La Correspondencia*.

—Precisamente he tomado la frase de un suelto que publicó dicho periódico. ¿Qué digo de un suelto? De cuarenta ó más sueltos que le ha dedicado. Hace un año que decia: «El apreciable jóven D. F. de T., cuyas disposiciones para la poesía le colocan ya en el número de nuestras primeras esperanzas, piensa escribir una comedia, que esperan con ansia todas las eminencias literarias de nuestra patria.» Al mes siguiente, nuevo suelto: «Ya saben nuestros lectores que el ilustrado jóven D. F. de T. trata de escribir una comedia. Hoy, á pesar de su modestia, hemos conseguido que nos diga su título: se llamará *La expiacion perdurable ó abnegacion y frivolidad*. Creemos que no habrá uno solo de nuestros lectores, que deje de agrade-

cernos esta indicacion.» A los pocos dias, nuevo bombo: «La comedia titulada *La expiacion perdurable* no podrá estrenarse en la actual temporada. Su autor D. F. de T. no ha querido precipitarse en concluirla, hasta ver si el año próximo forman juntos en el Español, Matilde, Teodora, Valero, Catalina, Calvo, Vico, Mario, Mata, y Mariano Fernandez; únicos intérpretes dignos de su creacion.» Semejantes sueltos, repetidos casi diariamente, hacen que se fije en D. F. de L. la atencion universal, y que forme ya en la categoría de las eminencias de nuestra patria.

—Pero ¿y su comedia?

—Ya ha empezado efectivamente á traducirla del francés: ahora sólo falta ir poniendo sus cuartillas en castellano.

—Pues, en el libro que figura estar leyendo, parece que hay un letrero grande...

—Si, el título de la comedia. Este retrato es el complemento de los

sueltos de *La Correspondencia*.

—Si no fuera tan jóven el vate melenudo, creeria que lo habia tomado como tipo Perez Escrich, cuando escribió:

...pongo mi fotografía
allá en la Puerta del Sol,
y ya soy lo que se llama
un conocido escritor.

—Con efecto, Escrich no podia figurarse la existencia de F. de T. cuando escribió los versos que has citado; pero F. de T. puede muy bien haber seguido la receta recomendada por Escrich.

.....

Haria interminables mis observaciones, si me detuviera junto á todos los grupos, sorprendiera sus diálogos y multiplicase las citas.

Las paredes del portal están literalmente cubiertas de retratos, figurando entre los retratados todos los que por cualquier título han sido reputados por el fotógrafo dignos de

la exhibicion. Políticos, oradores, magistrados, militares y poetas; mujeres hermosas ó que creen serlo, niños con juguetes, con caballitos ó con trajes de máscara; niños muertos; niños con sus amas; amas con sus soldados, soldados con su uniforme, todas las clases, todas las fortunas han sido iguales ante el colodion y el nitrato de plata. Todos igualmente motivan dichos groseros ó delicadas frases, justas ó inoportunas observaciones. Quién censura que el dueño del establecimiento haya puesto, bajo el retrato de un Mathusalen con bigote y pelo negro, el letrero de *Sin retoque;* quién despues de hablar de la vida pública y privada de una rubia, tambien retratada en el portal, saca partido del letrero sobre el cristal diciendo: *cuarenta reales como la muestra;* quién lleva á mal que una madre haga pública su pasmosa fecundidad, retratándose en un grupo con siete de sus hijos, en tanto que el marido, editor

responsable de periódicos que fué ántes de la revolucion de Setiembre, figura en último término del grupo y casi como de limosna; quién, por último, mirando á un ciudadano, que ha tenido el capricho de retratarse vestido de miliciano, y viendo que tiene en la mano un fusil, respira con tranquilidad y exclama para su capote: cuando éste no ha tirado al pozo su fusil, como en 1856, señal de que el país está tranquilo.

Pero, dejémonos que murmuren los curiosos en el portal, tomemos aliento y dispongámonos á subir doscientos cuarenta y cuatro peldaños, que separan á la galería fotográfica del pavimiento comun de todos los habitantes y transeuntes de Madrid.

—El señor fotógrafo está ocupado: tienen Vds. el número 27 y siguientes.

Estas ó análogas palabras nos dirige un criado, lujosamente vestido, á mis amables acompañantes y á mí,

haciéndonos entrar en un gabinete de espera.

Penetremos en él y pasemos el rato examinando los pliegos de aleluyas, que no otra cosa parecen los muestrarios que adornan sus paredes. Las personas retratadas nos son muy conocidas: unas porque ya hemos visto sus retratos en el portal; otras porque las vemos constantemente en los sitios y paseos públicos. Figuran, pues, en la coleccion, el marquesito de A..., cuyas excentricidades le han conquistado una fama universal de nécio; el senador K que se ha dedicado en su vejez á la cria lucrativa de palomas, con la cual ha logrado arruinarse; el general Z, sargento en 1866, coronel en 1868 y hoy teniente general, cuya conciencia no tiene que acusarse por haber faltado al quinto mandamiento; el tenor U, notable porque llega al sol, segun la tecnología musical; la bella condesa X, de cuyas facciones, más temibles que las carli-tas,

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
FONDO ANGEL FERRARI

se cuentan conquistas increibles; el catedrático M, cuyas obras ofrecen la particularidad de haber sido treducidas del francés á un idioma que él asegura ser español, pero que tiene mucho de griego; la bailarina Q, sorprendida por la máquina fotográfica en el momento preciso en que, mirando al público, eleva su pierna en ángulo obtuso; el matador de toros *Coletilla*, que señala un descabello sobre el inanimado cuerpo de un toro de carton; el camorrista H, luciendo el pelo á la sevillana y las patillas á la flamenca, y otras notabilidades del foro, del toreo, del teatro, de la política y de las artes.

Nuestras indiscretas miradas, fijándose despues en el velador que adorna el gabinete, pueden examinar varios *albums*, lujosamente encuadernados.

Uno de ellos, en el que se ven infinitos retratos de personas conocidísimas, sobre todo en el mundo político, no ofrece al pronto particula-

ridad alguna. Despues de revisarle detenidamente podremos leer en la primera hoja: *Album de los morosos para el pago:* 1852 á 1882.

Otro libro consagrado al bello sexo, cuyos encantos no se ven oscurecidos por las modas. El número de las Evas retratadas es considerable: sus caprichosas posturas denotan que el fotógrafo es un verdadero artista y que las ha colocado recordando las más célebres obras de la estatuaria griega. Inútil será que busquemos la más pequeña hoja de parra en todo el album; se conoce que se retrataron durante una estacion en que la naturaleza no las producia. ¡Pobres mujeres! Seguramente que no tienen siquiera para comprarse un vestido de percal; y todas, sin embargo, aparecen risueñas y provocativas...

Veamos otro libro más variado: en él figuran vistas de los monumentos célebres del mundo, caprichosamente interpolados por el fotógrafo:

las pirámides de Egipto junto al cuartel de la montaña del Príncipe-Pío: la basílica de San Pedro en Roma detrás de una cueva mejicana; la Alhambra de Granada delante de la célebre casa de las bolas en la calle de Hortaleza.

Pero ¿qué ruido se escucha en la galería? ¿será una disputa? Acerquémonos á la puerta de comunicacion.

—Es inútil,—dice un caballero, en quien creo recordar á un diputado de la mayoría:—mis electores no me reconocerán en este retrato. ¡Es detestable!

—¡Es excelente!—dice el fotógrafo amostazado:—no hay en Madrid quien trabaje mejor que yo.

—No lo dudo; pero se conoce que ha estado V. conmigo poco feliz.

—Pero, ¿por qué?

—¿Por qué? Voy á decirlo. ¿No tengo yo dos ojos?

—Sí tal.

—Pues aquí en el retrato no hay más que uno.

—Pero...

—¿No tengo dos orejas?

—Sí, pero...

—Pues tampoco ha sacado V. más que una.

—Repare V. que el retrato es de perfil...

—Ta, ta, ta... ¿Si creerá V. que vengo de arar? Aunque yo me coloque de perfil, ¿dejaré de tener dos ojos y dos orejas?

—Y bien grandes; pero...

—Y otra que tal: ¿tengo yo el cuello negro?

—Si es la sombra...

—En mi vida política no hay la menor sombra, y pocas indirectas conmigo.

—Vamos, será preciso...

—¿O es que lo dice Vd. por la gran cruz que llevo? Pues ha de saber que me la han concedido libre de gastos, y que en mi distrito le podrán decir quién soy, y si á pesar de haber sido alcalde, he comido los pastos del término y si no fuí miliciano en el bienio...

—Pero, el retrato, el retrato...

—Ese retrato no se me parece.

—¿Y no lo toma Vd?...

—No, señor.

—Perfectamente: entónces le colocaré en el portal, diciendo en un letrero que el original es un tramposo.

—Puede Vd. hacerlo...

—Las personas que le conozcan...

—¿Quién me ha de conocer? Mis electores saben perfectamente que yo tengo dos ojos y dos orejas.

—Entonces, vaya Vd. con Dios.

—¡Y luego dirán que no miente la fotografía!—dice marchándose el padre de la patria.

El criado que nos abrió la puerta, dice junto á la de otra habitacion de espera:

—¡Puede pasar el núm. 25!

Y efectivamente, el núm. 25, que es una señora no mal parecida, cruza por el corredor que da entrada á nuestro gabinete, y entra en la galería.

El fotógrafo le hace una reverencia y se entabla entre ambos el siguiente diálogo, que, gracias á la proximidad, podemos escuchar.

—Caballero,—dice la parroquiana, —en manos de Vd. está mi felicidad.

—Mucho me felicito por ello; pero no comprendo...

—Yo soy soltera; soy todavía soltera...

—Por muchos años.

—¡Cómo!

—Quiero decir, que estoy á sus órdenes.

—Pues bien, un hombre á quien no amo, quiere casarse conmigo por poderes. Reside en la Habana, y yo no quiero tener á mi marido tan léjos.

—Lo comprendo.

—Vamos á ver; si un hombre se obstinase en casarse con Vd. desde la Habana...

—Señorita, esa hipótesis no es admisible.

—¡Ah! es verdad; pues bien; si una mujer...

—Hay asuntos en que solo la persona interesada...

—Es verdad: por eso yo, queriendo á todo trance romper el proyectado matrimonio, he pensado mandarle al pretendiente mi retrato.

—Las gracias de Vd. le cautivarán más y más.

—Por eso quiero que mi retrato no sea mi retrato: quiero salir fea, muy fea...

—Eso es imposible: la fotografía dice siempre la verdad.

—¿Se niega Vd?

—Resueltamente: aunque yo me obstine, no puede Vd. salir fea.

—Eso me ha dicho mi primo, el alférez de lanceros.

—Y ha dicho muy bien...

—Pues yo necesito realizar mi plan y ya que Vd. se niega, acudiré á una fotografía que he visto en la calle del Peñon de Francia, cuya muestra sólo tiene algunas mujeres horribles.

—Puede Vd. hacerlo, y estoy á sus piés.

La dama se retira, y el criado vuelve á decir:

—¡Puede pasar el número 26!

El número llamado es un paleto de atlética presencia y parda vestidura, que, al entrar en la galería, pregunta:

—¿Es aquí el retratador?

—Sí, tal; puede Vd. pasar. ¿Quiere Vd. su retrato de tarjeta ó de placa?

—Lo quiero de los que cuestan 12 *riales*, que reza el anuncio.

—Bueno, siéntese Vd. en esa silla.

—Pero le advierto, que he de salir hablando.

—Ya verá Vd...

—Y que he de sacar el traje con que representé en el pueblo en los Carnavales *El Bruto de Babilonia*.

—¿Lo ha traido Vd?

—¡Otra que tal! ¿Hace falta traerlo?

—¡Ya lo creo!...

—Retráteme hoy, y al primer viaje que haga á Madrid, yo se lo traeré.

—¡No es posible!

—Pues no quiere Vd. pocos requisitos!

—Vaya, es tarde y me aguardan otras personas: cuando traiga usted el traje que gastó para la representacion de *El Bruto de Babilonia*, le retrataré hablando, como desea.

—Ea; que haiga salud.

—Gracias...

—¡Y memorias á la parienta!

—¡Puede pasar el número 27!

—Como recordarán mis lectores, el número 27 fué el que nos asignaron al entrar en el establecimiento. Pasemos, pues, á la galería, donde aún nos falta algo que ver y no poco que oir.

La galería fotográfica en que penetramos se halla adornada con tanta elegancia como sencillez. Varios lujosos sillones se encuentran repartidos en ella, alternando con telones, balaustradas y otros caprichos artísticos, que han de servir de fondo y complemento á los retratos.

El fotógrafo viste una rica bata y cubre su cabeza con un gorro griego; fuma en una larga pipa de ébano, y tanto en sus acciones como en sus palabras, demuestra una extraordinaria viveza.

Al vernos penetrar en la galería, sale á nuestro encuentro, y despues de los cumplimientos de costumbre, entabla con nosotros el siguiente diálogo:

—¿De tarjeta ó de placa?

—Nuestro objeto no ha sido precisamente retratarnos, sino ver una fotografía por dentro; pero ya que estamos en ella, trasladaremos nuestra efigie al papel.

—Perfectamente. ¿De cuerpo entero ó de busto?

—De cuerpo entero.

—Muy bien; colóquese Vd. junto á esa columna truncada, que recuerda el jónico más puro. Incline Vd. la cabeza; más movido el brazo derecho... Así. Hé ahí una postura verdaderamente artística.

—¿Luego Vd. es artista?

—Lo fuí por mi desgracia; pero renuncié oportunamente al arte. Hoy exploto una industria, ahogando mi inspiracion. Pero permanezca Vd. inmóvil un momento: el dependiente va á destapar el objetivo. ¡Ahora!... Veinte segundos; perfectamente.

—¿Puedo moverme?

—Sí, señor. Dejemos que verifique el baño mi ayudante mientras refiero á Vd. las causas que me impulsaron á dejar la pintura. Yo, hablando sin modestia, fuí uno de los más aventajados alumnos de la Academia de San Fernando, como lo comprueba la confianza que hacian de mí los profesores para que les limpiase la paleta, les preparase los colores y fuera veinte veces al estanco á comprar cajetillas de pitillos. En 1860 mi carrera podia reputarse como terminada; habia pintado varios cuadros de composicion; retrataba por amor al arte á todos mis compañeros de café, y habia

pretendido, aunque inútilmente, dibujar para *El Museo Universal*. Me propuse, pues, concurrir á la primera Exposicion que se celebrára, y empecé á bosquejar un gran lienzo, de escuela realista, representando *Los fragmentos de un soldado de la guerra de Africa comidos por unos buitres*. En dicho cuadro me superé á mí mismo, y cuando llegó la Exposicion de 1862 creí alcanzar el premio primero. ¡Vana esperanza! El jurado no apreció mi mérito; el público despreciaba mi composicion, sin duda para no conmoverse con exceso, y la crítica se mostró implacable con ella. *El lienzo núm.* 8.879, decia un periódico, *es un caprichoso estudio de la vida íntima de los cuervos. En cuanto al soldado, no lo hemos visto: sin duda llegamos á los postres.—El cuadro del señor D. N...*, decia otro, *es preciso verlo ántes de comer: de otra manera perjudicaria á las naturales funciones de la digestion.*—Hasta en verso

se habló de mi cuadro: oigan ustedes lo que decia un poeta:

«Si la injusticia notoria
te causa males acerbos,
tuya será la victoria;
más dí: ¿es un cuadro de historia
ó es un bodegon... de cuervos?»

Yo comprendia que esto era obra de la envidia, y no me desalenté; pero queriendo buscar el gusto del público, me lancé al género religioso, y pinté un *Crucifijo* y un *Potpourrí de santos andaluces*. Ambas obras figuraron en la Exposicion de 1864, y causaron una verdadera revolucion. *Nuevo suplicio de Jesús*, decia uno al pasar por junto al cuadro. *Perdónale, Señor, que no sabe lo que se ha hecho*, añadia un eclesiástico. *Esa*, decia un tercero, *es una muerte con premeditacion y alevosía. Potpourrí de santos*, exclamaba otro. *¿Qué idea tendrá el artista de lo que es Potpourrí? ¡Quién habla del arte*, preguntaba otro interlocutor,

que por más que me fijo no lo veo?... —*El Crucifijo del Sr. D. N...* decia un periódico, *demuestra que Jesucristo resucitó, pues de otra manera, no le hubiera podido volver á matar el pintor.* Por último, los cuadros volvieron á mi casa, é hice otros para la Exposicion de 1866, todos alegres, frescos y humanos, ó mejor dicho, femeninos. Siete eran los lienzos que presenté al público: *Vénus rascándose una pantorrilla*; figura simbólica de *La Lujuria*; *Unas ninfas tomando las once junto á un arroyo*; *La Fecundi dad*; *Eva advirtiendo su desnudez*; *Catorce bacantes despues de una orgía y Una dama desnuda en medio de una habitacion llena de espejos.* ¿Querrá Vd. creer que ninguno de los anteriores cuadros fué admitido para la Exposicion? Este contratiempo me hizo buscar medios más eficaces de atender á mi subsistencia, y, con efecto, el dia 25 de Setiembre de 1868 recibí el encargo de pintar veinte retratos de la reina Isabel

para otros tantos ayuntamientos de España. Tres dias despues, caia la monarquía borbónica: un mes más tarde, renunciaba al arte y me dedicaba á la fotografía.

—Algo tarde acudió Vd.

—No tanto: todavía produce lo bastante para no hacerme recordar la época en que me consagré al arte sublime de la pintura.

Con esto, nos despedimos del fotógrafo, quedando en volver al dia siguiente por el retrato que acababa de hacer del autor de este ligero estudio.

Y con esto cierro tambien el mismo, renunciando á describir las operaciones materiales que exige la fotografía, tanto porque al principiar mi trabajo hice de las mismas un pequeño estudio, como porque de otra manera se prolongaria con exceso este capítulo fotográfico-crítico.

CAPÍTULO X.

Los círculos políticos.—La gacetilla.—No lo entiendo.

Nada tan frecuente como leer en la prensa madrileña estas ó análogas frases:

«En los círculos políticos es objeto de muchos comentarios la noticia del próximo reconocimiento de la república española por el mikado japonés.»

O bien:

«Ayer se dijo en los círculos políticos que el diputado D. Sempronio Tragavotos trata de presentar un

proyecto rentístico, que ha de levantar el crédito de España, etcétera, etc.»

Ahora bien: ¿tiene Vds. la bondad de decirme cuáles son esos círculos políticos? ¿Dónde se encuentran esos círculos políticos? ¿Cómo podremos conocer á esos apreciables círculos?

¿No lo saben? Me lo presumía.

¿Quieren saberlo? Pues nada más fácil.

Sigamos para ello á ese jóven que va repartiendo saludos á dereha é izquierda, y que es redactor de *La Correspondencia de España*; sigámosle con constancia y averiguaremos dónde están los círculos políticos, ya que en ellos suelen estar inspiradas sus noticias.

¡Pero, calle! Se ha parado con dos amigos delante del ministerio de la Gobernacion.

Oigamos lo que hablan.

—¿Sabeis la noticia?

—¿Cuál de ellas?

—La muerte del capitan X.

—¿Ha muerto?

—*Irresucitablemente.*

—¿Dónde?

—En el encuentro que tuvo con la partida de bandoleros que manda el cabecilla Cabezon.

— Pero las fuerzas que mandaba...

—Deshechas.

—Hombre, eso vale la pena de apuntarlo.

—¡Ya lo creo!

Y el redactor de *La Correspondencia* escribe:

«Hoy se hacian muy extrañas conjeturas por el público respecto al encuentro sostenido por lo columna del capitan X, contra la partida de bandoleros mandada por Cabezon. Esta parece que salió vencedora, y si no fuera porque el capitan X tiene familia que puede alarmarse, diríamos que ha muerto»

Pues, señor, se conoce que los amigos del redactor son *el público;* pero no *los círculos políticos.*

Sigámosle en su callejera expedicion.

Mira á los que componen un grupo, estacionado junto á la botica de Borrell.

Y en verdad que bien merecen ser estudiados por representar á una generacion que va desapareciendo de entre nosotros. Junto al currutaco del año *doce*, que aún conserva vestigios de lo que fué en el almidonado cuello que dificulta su respiracion, el frac verde qne sostiene el peso de un enorme gaban, y el sombrero coqueton que ha logrado escapar al afan coleccionista de Mariano Fernandez; junto á ese tipo, repetimos, se ve á un militar, retirado desde la muerte de Fernando VII, porque ya su edad le impedia entónces soportar las fatigas de la guerra. Viste levita teñida por cuarta ó quinta vez, bigote teñido, y cabellos qne no necesitan teñirse porque se compraron negros para evitar mayores gastos; son tan crecidos y abundantes, que las ma-

las lenguas suponen que durante el dia, abrigan el cráneo de su dueño, y por la noche le sirven para calentarse los pies. Las mismas malas lenguas quieren decir si sirvió ó no sirvió con Cabrera en la guerra de los siete años; pero él, superior á las murmuraciones, pasa su revista semestral y cobra mensualmente, si el Tesoro lo permite, su corta asignacion. El tercero y último tipo permite abrigar la duda de si es un hombre ó una varilla de cortina liada en un poco de paño y coronada por un sombrero de los mejores que salian de casa del artífice y poeta Abrial, allá por el año de gracia de 1820.

—Sé de buena tinta,—dice el currutaco,—que anoche estuvo á punto de arder Madrid. Los intransigentes habian hecho acopio de petróleo y se disponian á realizar sus planes destructores, cuando el triunfo del gobierno sobre las oposiciones les hizo retroceder. Figúrense Vds. que yo mandé á mi criada por petróleo

para el quinqué, y en siete tiendas se habia concluido.

—Vivimos de milagro,—añade el retirado;—anoche tambien, al retirarme yo á mi casa, ví un grupo de hombres leyendo *El Ciudadano vengador* á la luz del farol del sereno. ¿No es verdad, amigo Famina, que vivimos de milagro?

El aludido, que es nuestro tercer personaje, contesta con voz imperceptible:

—Trece mensualidades me deben: si el gobierno actual no lo arregla pronto tendré que cerrar la escuela.

El redactor de *La Correspondencia* apunta ligeramente en su cartera:

«Anoche no se encontraba petróleo en la mayor parte de las tiendas.»

«El periódico *El Ciudadano vengador* alcanza tal éxito que no es extraño verlo leer á los madrileños á la ténue luz del farol de los serenos.»

«Trece mensualidades se adeudan á los maestro de escuela de esta

provincia: parece que algunos maestros tratan de cerrar sus establecimientos.»

Como se ve, en las noticias anteriores para nada entran los *círculos políticos*. Los verdaderos autores del mismo, los componentes del grupo descrito no son el *círculo* que buscamos.

¿Podrá serlo otro, establecido cuatro pasos más allá, en el que domina el elemento teatral? No es de creer; pero el redactor callejero nos sacará de dudas, pues se dirige á dicho grupo.

—¿Y el drama de anoche?—pregunta.

—Una continuada ovacion: puede usted decir que *dará grandes resultados á la empresa*.

— Me alegro. ¿Habria muchos aplausos para todos ustedes?

—Yo, aunque me esté mal el decirlo, *brillé á gran altura*; puede usted asegurarlo.

—¿Y Larrocha?

—Tan *concienzudo* como siempre.

—¿Melendez?

—No toma parte en la obra: la víspera del estreno tuvo un disgustillo con su mujer y con el bailarin, á quien parece que encontró en su casa cuando ménos lo esperaba. Con este motivo están los dos en el Saladero.

—Pues fué un compromiso. ¿Quiénes suplieron á Melendez y al bailarin?

—A Melendez un racionista, que recibió un *meneo* del público: en cambio éste celebró la ausencia del bailarin, porque la segunda del cuerpo de baile hizo furor en el *gran can-cán franco-prusiano*, vestida de hulano.

—¿Qué más noticias?

—Que tenemos *Malas tentaciones*, en ensayo.

—¡Hombre, pues es necesario auyentarlas!

—¡Ah! Y que hemos recibido *anónimamente* un drama del director

de escena, otro del empresario, y una pieza del traspunte.

—¿Qué dejan Vds. entónces para los autores de fuera?

—Ya ve V.: como son anónimos los dramas, tienen que ser buenos.

—Es verdad... ¿y sus títulos?

—El del director de escena se llama *La resureccion de Polonia,* y pertenece á la literarura del porvenir; el del empresario está escrito sobre el pensamiento de varias obras existentes en el archivo del teatro, y se titula *El pespunte del honor*, y la pieza del traspunte se llama *El estropajo y la esponja.*

—¡Perfectamente!

Y el periodista, despues de apuntar en su libro de memorias la parte más esencial del diálogo copiado, vuelve á emprender su camino, en busca sin duda de los círculos políticos.

De repente cruza la Puerta del Sol, y se acerca á un numeroso grupo que casi llena la entrada de la

calle de Alcalá. Aquel debe ser sin duda un *círculo político*, á juzgar por el afan con que el redactor de *La Correspondencia* se abre paso por entre la gente que le compone. En la imposibilidad de imitarle, nos tendremos que limitar á ver y oir.

—¡Qué lástima! Tan jóven...

—Pero, ¿es verdad que respira?

—Algun suicidio.

—Las mujeres... ¡oh! ¡las mujeres!

—Siempre han sido causa de la perdicion.

—Ya lo creo...al menor descuido...

—*Gaché*, ¡ojo al pañuelo!

—¿*Afanaste algo*?

—Pues ya no sale humo.

—La autoridad acudió en seguida.

—¿Y los han cogido?

—Les tienen codo con codo.

—¡Qué escándalo!

Estas diversas frases, verdadero *picadillo* teatral, no consiguen aclarar el punto principal, y nos atrevemos á preguntar al ciudadano más próximo:

—¿Ve Vd. algo?

—¿Cómo ha de verse, hombre de Dios? ¡pues apénas hay escombros!

—¿Luego ha sido un hundimiento?

—¡Ay, pobrecitos! están quemados.

—Mire Vd., yo no lo sé á punto fijo.

—Pero, señora,—preguntamos á la que acaba de soltar la exclamacion anterior,—¿qué es ello?

—Yo no alcanzo á ver con tanta gente.

—¡Ya vienen los guardias!

—¡Le ha interesado el pulmon!

Imposible averiguar la menor cosa.

Por fortuna acuden unos dependientes de órden público y obligan á que la gente se retire. En el centro de aquel círculo, verdaderamente vicioso, hay un punto negro... el cadáver de un perro chino, atropellado por un coche de plaza.

El periodista, cuyo abollado sombrero demuestra la lucha que ha debido sostener para penetrar la

muralla humana, se retira mordiéndose los lábios y abrochándose el gaban.

El cadáver del perro chino ha sido para él una decepcion desconsoladora.

Acaso para olvidarla, acaso para tomar un refrigerio, entra en el *café Oriental.*

—¡Nicomedes!—grita sentándose junto á un velador,—traeme *una chica fuerte.*

Una *chica fuerte* quiere decir una botella de cerveza: el uso, superior á todas las reglas gramaticales, ha permitido que dos adjetivos hagan innecesaria la enunciacion del sustativo á que se refieren. Hago esta salvedad, para cuando algun traductor extranjero se apodere de mi libro.

El mozo Nicomedes sirve lo que han pedido y se queda junto al velador.

—¿Qué hay de bueno? pregunta el redactor despues de beber medio vaso de cerveza.

—Poco dinero, señorito.

—¿No has oido nada?

—Unos caballeros decian hace media hora que los japoneses van á enviar una embajada á España.

—¡Hombre! Merece apuntarse. ¿Y qué más?

—Un diputado de la izquierda me ha explicado hoy un sistema que ha sacado de su cabeza para salvar la Hacienda.

—¿Y consiste?

—Creo que en sacar contribucion á todos los que sepan leer y escribir.

—¡Soberbio pensamiento! ¿Y cómo se llama ese diputado, para que le dé un bombo?

—De nombre es D. Sempronio... y el apellido es así como *Tragaldabas*...

—Querrás decir *Tragavotos*, diputado por las Islas Baleares, ó por las Canarias, si no recuerdo mal.

—¡Eso, eso!

—Perfectamente.

Y el noticiero afila el lápiz y es-

cribe en su cartera: «Ayer se dijo en los círculos políticos que el diputado D. Sempronio Tragavotos trata de presentar un proyecto rentístico que ha de levantar el crédito de España. Personas muy competentes que lo conocen, aseguran que el proyecto es verdaderamente salvador y que demuestra la ilustracion de este celoso diputado.»

Ya saben Vds. cuales son las personas competentes.

Ya saben Vds. cuales son algunos de los *círculos políticos* de Madrid, á que con tanta frecuencia suele referirse la prensa.

Si Guttenberg no hubiera inventado la imprenta é Italia no hubiera dado la norma del periódico, D. Perico hubiera suplido á la una y al otro. El se basta y se sobra para llevar á todas partes el conocimiento, más ó ménos exacto, de todo cuanto sucede; para derribar la muralla que se-

para á la vida pública de la vida privada, y para trazar la biografía de la humanidad entera.

D. Perico es una gacetilla viviente Su conversacion es una enciclopedia. Su compañía es un curso completo de murmuracion.

D. Perico ha establecido sus reales en la acera derecha de la Carrera de San Jerónimo, porque la Puerta del Sol es para él un observatorio inapreciable.

Se ignora su estado; pero no falta quien diga que se casó últimamente por lo civil, despues de haberlo estado bastantes años por lo criminal. Tambien es un misterio su domicilio, no faltando asímismo quien se haga eco del cuento de que ha brotado expontáneamente en aquella acera, gracias al riego del Ayuntamiento.

D. Perico viste con decencia, aunque se le desconocen las rentas que producen este milagro; fuma toda clase de tabacos, segun sea la de los

que fuman sus amigos, y sólo ha conseguido aplicar su actividad á un trabajo: la murmuracion:

—¡Adios, marqués! ¡Adios, vizconde! ¡Adios, general!

A estos saludos suyos, que se repiten sin interrupcion, contesta un leve movimiento de cabeza de las personas á quienes han sido dirigidos. Despues se vuelve Perico á quien le acompaña, y hace la presentacion de sus amigos.

—¡Mal humor lleva el marqués! Se conoce que su esposa continúa maltratándole.

—Hombre, ignoraba...

—¡Si es público en Madrid! Como él era un procurador ántes del matrimonio procuró realizar uno bueno; y su mujer, que estaba á punto de perder todos sus bienes en un litigio ruinoso, se encontró de la noche á la mañana con haciendas y marido, gracias á un incendio casual que destruyó las pruebas de la parte contraria.

—Pero dices que le maltrata...

—Ya lo creo: la aconseja un jóven abogado; muy buen mozo, y la mujer no deja trascurrir un solo dia sin amenazar al marqués con mandarle á presidio. Con decirte que le echa á la calle á las ocho de la mañana y no le deja volver hasta las doce de la noche...

— Si él lo toléra...

—Él la ha cobrado un miedo atroz. Es, por otro estilo, casi tan cobarde como el vizconde.

—¿El vizconde es cobarde?

—Ayer mismo se retractó públicamente en el Casino, de una porcion de faltas que no habia cometido, para evitar un desafío.

—¿Por cuestion de amores?

—Sí; se enamoró de un billete de 1.000 reales que habia puesto á un rey otro jugador: levantó el muerto; fué visto por el banquero, y como este le amenazó con matarle, el vizconde declaró que todos los muertos que se habian levantado en la casa en los

últimos cinco años lo habian sido por él. Entonces se alzó gran vocerío, y hubo jugador que le hizo firmar un pagaré de 1.000 duros, diciendo que tambien se los habia levantado la noche anterior.

—¿Y no era cierto?

—El jugador en cuestion no juega arriba de dos pesetas.

—¿Y qué general es el que ha pasado?

—Uno de tantos: ha hecho su carrera de ayudante.

—¿De ayudante?

—Sí; de ayudante del general y la generala***: la dignidad de general y de marido reclamaban que*** tomara un ayudante.

¡Adios, filósofo!

—¡Hola! ¿Tambien tienes relaciones con la filosofía?

—Es toda una historia. Martinez, que es el que ha pasado, empezó á estudiar filosofía conmigo en la Universidad el 1852, y no pudo terminar la segunda enseñanza hasta que

ocurrió la revolucion de Setiembre. Por eso, para todos sus condiscípulos es y será siempre el *filósofo.*

—¿Y ha seguido despues alguna carrera?

—Ya lo creo: en cuanto se decretó la libertad de enseñanza, se hizo médico en un año. Hay quien cree que tiene parte en la empresa *La Funeraria.*

—¡Pobres enfermos!

—Pues mira, no hay mal que por bien no venga. A los tres meses de matrimonio ha tenido el sentimiento de perder á suegra. Observa... observa la casa de donde ha salido.

—¿Qué tiene de particular?

—La casa, nada; pero al minuto de salir Martinez de ella, el portero ha cerrado media puerta.

—Y bien...

—Que ya está consumada la curacion.

—Ese hombre es un castigo...

—Pero siquiera, tiene el decoro de vestir de negro: lleva luto por sus

víctimas. Mira qué bonita muchacha: lástima que la murmuracion se cebe en ella, desde lo del cuarto desalquilado.

—¿Lo del cuarto?

—Figúrate que una vez subió á un piso tercero que estaba vacante; que detrás de ella subió un jóven, y que cuando un matrimonio les imitó para ver el cuarto, no pudo entrar, porque ella se habia equivocado, echando la llave en vez del picaporte.

— Pero, hombre, eso nada tiene de particular.

—Eso digo yo; pero el matrimonio lo constituian sus padres: hubo gritos, y amenazas, por último, todo quedó arreglado. El jóven consintió en casarse con la jóven, y sin duda hubiera cumplido su palabra, á no mediar un obstáculo insuperable...

—¿Cuál?

—Que aquel jóven ¡era casado!

D. Perico, á pesar de lo mucho que habla, dice siempre bastante ménos de lo que sabe, y no termina

nunca una crónica escandalosa sin añadir que calla, para no comprometer la honra de la víctima, para no abusar de lo que casualmente ha sabido y otras razones por el estilo. Sólo obligado por la necesidad dirá lo que debe el ministro H. á su zapatero; el número de amantes que ha tenido la condesa J.; la tienda en que compra sus formas la bailarina P.; la próxima suspension de pagos del banquero X., y el original de que ha robado su última drama el poeta Z.

Tales y tantos son sus informes, que es preciso conceder á D. Perico el don de ubicuidad, y confesar que simultáneamente debe estar mirando por la cerradura del salon en que se celebran los consejos de ministros, oculto detrás de las cortinas de algunas alcobas, encogido junto al tocador de varios damas, entre los bastidores de todos los teatro , en el chiquero de la plaza de toros y en todos los círculos políticos, recreativos, bursátiles, científicos, artísticos y

enciclopédicos. El ha debido intervenir en todos los contratos de todas clases, presenciar todos los duelos, ver nacer á todos los jóvenes y morir á todos los viejos.

No hay suceso en que no haya sido protagonista, lance en que no haya tenido intervencion, contratiempo que no le haya ocurrido, ni casualidad que no haya presenciado.

Si D. Perico escribiera sus memorias, podria llenar fácilmente buen número de volúmenes; pero D. Perico es modesto, desdeña la publicidad y nada reserva para el porvenir. Hablar al paso, trazar una biografía con una frase y hasta con un monosílabo, esta es, y sólo esta puede ser su mision sobre la tierra. Sacarle de la Carrera de San Jerónimo y la Puerta del Sol seria matarle; privarle de saludar á todos los que encuentra al paso, conocidos ó no, seria un tormento mayor que hacerle arrastrar grillete.

—¡Horrible mujer!—dice acaso su interlocutor, viendo pasar á una que lo es efectivamente.

—Pues más fea que su cara es su alma,—contesta al punto Perico;—esa mujer mató á su marido primero para casarse con el segundo esposo; éste tenia una hija y tambien la mató.

—¡Hombre!

—Todavía está en la galera una pobre criada, sobre la cual hizo recaer todo el peso de ambos crímenes.

—Por ahí pasa el cantante X, tan notable por dar el *do* de pecho.

—Su mujer vale más que él, pues siempre está dando el *sí*.

—Y ¿quién es esa rubia de la carretela azul?

—Esa rubia es la viuda del magistrado H., que murió el mes pasado. El pobre estaba haciendo siempre justicia, mientras ella hacia gracia á todos cuantos la suplicaban.

—Va, efectivamente, llorosa.

—Ya lo creo; como que se ha descompuesto la boda que proyectaba con un pasante de su difunto, por haberse descubierto que éste se habia casado con una modista.

—¿Has visto el cuadro del nuevo pensionado á Roma?

—Sí tal.

—Supongo que no dirás que su nombramiento es injusto: ha hecho una obra maestra.

—Como que le ha ayudado su maestro, que se disfraza de modelo para entrar en su encierro.

—¡Es asunto para una comedia!

—Sí, y ya la está escribiendo un amigo por indicacion mia.

—¿Quién?

—Eduardo.

—Buenos versos tendrá.

—Por lo menos bien medidos: de algo ha de servirle haber estado usando diez años la vara de medir en una casa de comercio.

—Yo creí que habia sido tenedor de libros.

—Tambien; uno le presté hace un año y no me lo ha devuelto aun.

Sería interminable seguir á don Perico cuando se pone á ligar historias. Las aventuras de unas se enredan con las otras, y es casi imposible hablar del sol ó del mal tiempo, sin que la conversacion atmósférica degenere en mundana murmuracion. Sus amigos le conocen por *La Gacetilla*, pero son injustos al hacerlo.

En esta seccion de los periódicos, libre el encargado de compromisos políticos, se suele consagrar, efectivamente, á la chismografía matritense, á dar cuenta de las bodas, de las aventuras, de los lances que quitan á la vida su monotonía y su pesadez: muchas veces se escurre y algunas hiere; pero entre un estreno dramático y unos versos amorosos; entre la noticia de un incendio y los números premiados en la lotería; entre las observaciones meteorológicas y la noticia de las provincias en que ha llovido, se vé más de una vez el tier-

no relato de acciones virtuosas y levantadas, el llamamiento á la caridad, la recomendacion de una empresa digna y la publicidad de una obra buena.

Para D. Perico, en cambio, el mundo no tiene más que un punto de vista, y ese es bastante malo; á fuerza de remover el lago de la vida, ha conseguido hacer salir á la superficie todo el fango que existia en su fondo, y se complace aún en prestarle más negros colores y más sensible fetidez.

Desgraciado quien así vive, sembrando la difamacion y alimentando la calumnia, pues no tendrá, cuando termine su existencia, una mujer que le rece ni un amigo que le llore.

O Madrid es muy rico ó muy tramposo.

Hé aquí un dilema que me he propuesto infinitas veces al examinar los comercios de lujo de la Puerta del Sol,

comercios que con sus brillantes luces de gas, sus alfombras, divanes, cortinas de alto precio y cristales que por lo grandes están reclamando á voz en grito la promulgacion de leyes suntuarias.

Una peluquería, dos peluquerías, tres, cinco, veinte peluquerías en un palmo de terreno. Soberbios espejos las adornan y en ellas aguarda al parroquiano un verdadero regimiento de *oficiales*, graduacion inferior de la clase.

Los alquileres de dichos establecimientos ascienden en conjunto diariamente á 2.000 rs.; la contribucion y gas á otros 2.000; los jornales de los dependientes á igual cantidad. Las primeras materias de la industria, reposicion, entretenimiento, etcétera, importan asimismo una cantidad respetable. ¿Dónde están ahora los 10.000 madrileños que se afeitan diariamente en las veinte peluquerías que están juntas ó poco menos?

Treinta tiendas de objetos de es-

critorio esperan pacientemente á que los españoles aprendan á escribir.

Un taller de sastrería se ve junto á otro de modistas; en ellos se cobran miles de reales por las hechuras, además de ponerse en las nubes el precio de las telas.

Hoy, que los hombres no tienen cabeza, se abren en competencia treinta sombrererías en cuatro palmos de terreno.

Hoy que no se ve un duro, aun cuando se busque con candil, se abren joyerías y platerías cuyos escaparates representan millones de reales..... y sin embargo, esos comercios viven, y cuando anuncian su *liquidacion forzosa* es por mejorar de local.

En ellos entran y salen contínuamente compradores y curiosos.

Unas veces se vé al cesante comprando un aderezo de perlas; otras á la mujer de un escribiente de Hacienda probándose un abrigo de terciopelo. El coche que se pára delante de la

perfumería y en cuya portezuela figuran una C. y una M entrelazadas, va ocupado por un antiguo agente de negocios: hay quien al mirar las referidas letras traduce sin vacilar: *Ceuta* y *Melilla*. Las muchachas que se paran delante de las platerías de Ansorena ó Marzo pidiendo la satisfaccion de algun capricho, son hijas del viejo que las acompaña y cuya única profesion es la de curador de unos menores. El jóven que sale de la sastrería donde ha hecho un gasto de 200 duros, es un estudiante de leyes, cuyo padre le envia 20 al mes. La mujer que recorre siete tiendas seguida de un lacayo, tiene á su marido en Manila de comandante de resguardo.

No ha pasado, como algunos dicen, el tiempo de los milagros. La severa é implacable estadística acusa por término medio, que cada familia de Madrid disfruta catorce ó diez y seis reales diarios, pero los comercios de lujo dicen una cosa

muy distinta, y la estadística de la propiedad urbana sabe perfectamente que ella sola absorbe casi la totalidad de aquel haber.

Aquí vemos escribientes de tres mil reales con descuento, que gastan levita; proletarios que tienen criada; comerciantes quebrados que tienen coches; niñas que cosen para tiendas y tienen palco; mendigos que tienen acciones del Banco.

Aquí vemos comerciantes que tienen de gastos mil reales diarios y venden pastillas ó caramelos, y sastrés que realizan fortunas sin sisar un dedo de paño; fabricantes de cruces que ganan un dineral, á pesar de estar en baja las condecoraciones; vendedores de chocolates y otros géneros, cuya ganancia no se explica á menos de que cada madrileño tome veinte jícaras por dia.

Las covachuelas han desaparecido para siempre, y han sido reemplazadas por tiendas adornadas con un lujo oriental. Las clásicas barberías

han dejado la vez á los peluqueros, que no dejan de ganar cuanto quieren, á pesar de que casi todos los vecinos de Madrid no se peinan por estar calvos, ni se afeitan por que la moda autoriza la barba. Sobre la miserable *alojería* se alza el soberbio café. Sobre la humilde botica el rico laboratorio farmacéutico - químico, con sus enormes bolas verdes, puestas sin duda para que todos los transeuntes adquieran aspecto de enfermos y se animen á medicinarse.

Todo ese lujo representa un capital, del que carece Madrid. Existe, pero no se razona ni se justifica.

En fin, que no lo entiendo.

Yo conozco á un médico que solo ha tenido tres enfermos en su vida y se ha retirado rico, no queriendo ya ejercer la profesion. Yo conozco á un escribiente del Juzgado que gana una peseta diaria y paga de casa veinticinco duros al mes. Yo conozco á una viuda que cobra de pension siete reales y habita en un piso prin-

cipal de la Puerta del Sol; verdad es que hace tiempo consiguió atraer á un caballero particular para vivir en compañía. ¿Qué estraño es que las envidiosas pensionistas, huérfanas ó viudas, hagan público un dia y otro, por medio de *La Correspondencia*, que *necesitan un caballero?*

Madrid, estudiado en su corazon, es un misterio; corresponde á una poblacion tan rica como venturosa que todavia no existe.

Por eso, cuando veo que se abre en la Puerta del Sol ó en la Carrera de San Jerónimo una tienda de nueve puertas, cuyo decorado ha podido costar un millon, y que en dicha tienda se venden palillos para los dientes, alfileres imperdibles ó cristales ahumados para los eclipses, no puedo menos de repetir:

—No lo entiendo.

CAPITULO XI.

La Puerta del Sol en el año tres mil.

Para no ver las miserias del presente no hay cosa más cómoda que cerrar los ojos. Una vez hecho esto, nada tan fácil como dormirse y el que se duerme adquiere el derecho de soñar.

Este derecho, no consignado en constitucion alguna, es, sin embargo, imprescriptible é inalienable, anterior y superior á toda ley.

Anoche, sin ir más léjos, despues

de repasar los capítulos que anteceden, consagrados á la Puerta del Sol, me quedé dormido y empezé á soñar.

La idea que me habia acompañado en la vigilia no me abandonó en el sueño, pero cambió de tiempo: en vez del presente se fijó en el futuro, y á curiosa la pregunta que sin duda me hice al dormirme, contestó una série de cuadros, reflejados en el cerebro:

¿Qué será la Puerta del Sol en el año tres mil? Tal habia sido la pregunta, cuya contestacion voy á exponer.

La Puerta del Sol conservará su nombre, como todo lo que es injustificado y absurdo; pero su nombre nada más.

Una inmensa plaza, multitud de grandes edificios y un hormiguero de personas, constituirán su conjunto.

Un monumento de piedra, con ancha escalinata y pórtico de carácter griego ocupará próximamente el

sitio en que hoy se encuentra el ministerio de la Gobernacion. Ninguna inscripcion nos dirá su empleo; pero á poco que nos detengamos á examinarle comprenderemos que es la direccion de Comunicaciones. El humo que se observa en su interior nos denuncia el vapor, y vemos salir efectivamente de su azotea una locomotora que cruza atrevida por los rails aéreos, cuya red se pierde por encima de los tejados; los hilos del telégrafo producen agradable sombra durante las horas de más calor, por su incalculable número, y del patio principal se eleva cada media hora un globo, cuya hélice y complicadas ruedas nos demuestran estar resuelto el difícil problema de la navegacion aérea. La gente se impacienta en el pórtico, pues hace cinco minutos que debiera haber llegado el correo de Lóndres; pero una especie de eclipse nos obliga á dirigir la vista al cielo y vemos otro globo inmenso que nos priva de la

luz del sol, breves minutos: despues va descendiendo lenta y pausadamente, su diámetro se va estrechando y entra por último en uno de los patios del edificio.

Enfrente de aquel se encuentra otro mucho más extenso, consagrado á la niñez, y en el cual se la da, á costa del municipio, desde la lactancia mecánica hasta la borla de doctor en cualquiera de las facultades. Todas las madres madrileñas tienen derecho á que sus hijos se crien y eduquen, por cuenta de la hacienda municipal, pasando del registro civil, que está en la porteria del palacio, á la oficina de numeracion; en esta, como su título indica, y mediante una composicion química, cada niño sale con un número marcado en el pecho y pasa á la oficina de nutricion, donde se le deja durante un año con un sifon al alcance de sus lábios, cuya succion le proporciona el alimento que necesita.

Al tener un año pasa al gimnasio,

REAL ACADEMIA DE LA HISTOR

FONDO ANGEL FERRARI

y hasta los cinco se vé sometido á la reforma de naturaleza, ejecutada por una junta de médicos, filósofos y químicos que ensanchan sus pulmones, rectifican la colocacion de sus demás órganos y emprenden luego su reforma moral, aumentando ó disminuyendo su masa encefálica, sometiendo su cráneo á presiones más ó menos violentas que permitan el desarrollo de ciertos órganos y haciéndoles aprender con extension la economía política y todos los sistemas filosóficos de la antigüedad. Terminada su educacion primaria los niños elijen carrera, y á los diez ó doce años en que la terminan son recogidos por sus padres, presentando éstos al efecto una contraseña de laton. Desde aquel instante adquieren derecho electoral, derecho al trabajo y derecho al amor, teniendo en cambio el deber de contribuir con un leve tributo, al sostenimiento del *Gimnasio municipal* de donde proceden.

Al lado de este gimnasio se eleva magestuoso otro palacio, cuyas cuatro fachadas recuerdan las arquitecturas romana, gótica, morisca y franco-alemana. Es el Museo arqueológico. «Aquí pueden ver Vds.,—dice el funcionario encargado de enseñarlo,—los nstrumentos que nuestros antepasados consagraban á su propia destruccion. Este cañon se llamaba *Krupp* y tenia la propiedad de causar infinitas víctimas: á su lado se ven otros dos modelos, llamados *Barrios* y *Plasencia*, por los apellidos de sus inventores. Este fusil reemplazaba á la azada en las manos de nuestros abuelos; así que cumplian 20 años, estos pedazos de hierro, que tenian el nombre de *baayonets*, ejercian la horrible mision de ensartar hombres, quitándoles la vida. Comprendo,—proseguirá diciendo,—que deseen ustedes ver objetos más alegres: aquí, sin ir más lejos, está la seccion numismática: esas monedas grandes se lla-

maban duros, y en su composicion entraban varios metales, especialmente la plata. Aquí hay un ejemplar rarísimo, que tiene la inscripcion de *Cantonal*, lo cual ha originado grandes disputas entre los eruditos, muchos de los cuales sostienen que eran llamados así porque se probaba si eran legítimos poniéndolos de canto sobre una mesa; pero la Academia antropológico-prehistórico-crítica ha dado á la estampa siete volúmenes queriendo demostrar que por los años de 1873 se levantó en armas la ciudad de Cartagena contra el resto de España y se llamó canton cartagenero; acuñó moneda (pues entonces todavía se usaba este medio de facilitar los cambios), y por último, fué sometida á la obediencia del Gobierno por un tal Bárcia, á quien otros suponen, por el contrario, general de los insurrectos, y un tal Contreras famoso guerrero que triunfó en Chinchilla de un ejército considerable, combatiendo en mangas de camisa,

costumbre muy arraigada en aquella época entre unos locos que llegaron á constituir la secta llamada federal. Estas otras monedas más pequeñas y que muestran un leon medio borrado, son de cobre y bronce y sólo circularon algunos años en España; pero en el teatro antiguo se encuentran referencias á las mismas. En una obra de un tal Sotillo, cuya biografía se desconoce, pero que debió florecer por la misma época próximamente en que se publicaba el famosísimo periódico *El Combate*, se lee en boca de un maestro de escuela:

«...Me dieron una moneda
y no la pude pasar.
Era una de esas, que, cinco
juntas, valen un rëal
y solas, nada... que son
la *utopia filosofal*
del sistema monetario, etc»

El autor se referia indudablemente á este género de monedas; pero lo que todavía no ha logrado traducir-

se es lo de la *utopia filosofal*, y eso que la frase debia estar muy generalizada por entónces, porque en muchos periódicos del tiempo aquel se vé consignada. Esta otra moneda, que está guardada dia y noche por doce porteros, es el único ejemplar que se conserva en el mundo: se llamó *pelucona* ó *peluquina*, sin duda á causa de que se acuñaba en *Peluquin*, aldea de la provincia de Orense, junto á San Pedro de Cudeyro.

Aumenta su importancia, si se tiene en cuenta que durante muchos siglos se ha negado la existencia de semejante clase de monedas, y que solo cuando fué necesario trasladar los cementerios y remover antiquísimos cadáveres, se encontró en la mano cerrada de uno de ellos tan importante ejemplar. Tampoco debe perderse de vista que en nuestra pátria no llegó nunca á saberse, en muy dilatados períodos, cuál era la unidad monetaria, de la cual se cambiaba con tanta rapidez casi como

de ministerios. Este monetario especial ofrece mil curiosidades, que no me detendré en detallar, aunque sí diré que en él figuran muchas monedas falsas, cuya circulacion se autorizó gubernativamente, y piezas de cobre de dos caras y ninguna cruz. Estas servian para un juego llamado de *chapas* y fueron descubiertas en Barcelona.

La seccion de trajes es muy pobre, a causa de la mala calidad de los géneros que usaban nuestros antepasados; pero la fotografía hizo un señalado servicio á la historia, empleándose, así que descubrió la manera de fijar los colores, en reproducir un périódico de modas que se llamaba *La Moda Elegante Ilustrada*. Casi todos los que visitan el establecimiento revisan esta obra, entre alegres risas, no siendo lo que ménos le llama la atencion unas montañas que nuestras abuelas de siglo XIX se colocaban en la parte opuesta al vientre.

Finalmente, el Museo arqueológico exigiria por sí solo un volúmen, y las descripciones de sus empleados, sazonadas todas con mil comentarios, algunos otros.

Delante de dicho edificio se ve un monumento que el tiempo no ha logrado destruir. Es de hierro, de poco más de tres metros de elevacion, y de tres huecos llenos de agujeros: parece una mampara ó un acordeon. Hoy está defendido por una verja tambien de hierro; pero no ha logrado averiguarse su uso. Hay quien supone,—sin datos bastantes,—que eran garitas de centinelas y quién defiende la tésis de que sirvieron para colocar anuncios. De todas maneras, lo que resulta comprobado, aunque esto perjudique al buen nombre de nuestros ascendientes es, que á mediados del siglo XIX los vecinos de Madrid tenian el poco pudor de hacer aguas junto á ellos; lo cual les valió más de una caricatura en los periódicos burlescos que

redactaban los eminentes teólogos Pellicer, Cubas, Demócrito, Melendez y Luque, y en el cual dibujaban graciosas caricaturas Sepúlveda, Frontaura, Palacio, Clarín y otros artistas, que hoy descansan en el Panteon Nacional.

La casa inmediata al Museo arqueológico se encuentra cerrada hace siglos y apenas se concibe su existencia. Parece que hubo un tiempo en que España debia un dinero á varios particulares nacionales y extranjeros, y que les daba unos papelitos que confesaban la deuda. Ahora bien, ¿como retrasaba el reintegro de las sumas, los acreedores vendian dichos papelitos, y con ellos su derecho á percibir el capital é intereses de lo prestado. Para averiguar hoy,—en pleno año 3 000,—lo que era el trasiego de compra y venta de dichos papeles, basta con saber que hubo dias en que se vendieron por trece y aun doce reales pagarés de ciento. Por fortuna, los

acreedores que levantaron este edificio el año 2000 tuvieron que cerrarlo en 2400; y ahora se proyecta formar en el mismo una especie de Museo del crédito, en el que figuren las diferentes clases de papel de la Banda que hubo en España; pero se cree que no llegue á realizarse el pensamiento, porque parece que dichos papeles se quemaban al recojerlos. Lo único que se conserva en Simancas es un librote que se llama *El gran libro*, y que durante mucho tiempo estuvo enterrado entre los escombros de una casa de la calle de la Salud, quemada con petróleo y dinamita por los revolucionarios del año 70.

El grandioso edificio de enfrente es el Teatro Nacional, donde á la sazon ensaya la orquesta una sinfonía, prestad atencion á las acompasadas notas del contrabajo, y observareis facilmente que la tempestad se acerca: el sólo de flauta demuestra que el protagonista de la sinfo-

nía es un pastor, segun comprueban tambien los balidos de las ovejuelas que debe haber á su lado y cuya existencia denuncian los violines. De pronto suenan campanillas y chasquidos de látigo: se acerca una diligencia á no dudar; avanza, avanza y el auditorio llega á persuadirse de que está á su lado...

Pero ¿qué denota el toque de los timbales? Bien especificado está: unos ladrones están ocultos esperando á sus víctimas... Un compás de espera denota la general ansiedad, hasta que se escucha un tiroteo sostenido. Los ladrones han atacado á la diligencia y están robando y asesinando á los viajeros... La orquesta deja oir los lamentos de los moribundos y hasta el ruido de los cuerpos que se desploman... ¡Horror! Se dan besos: choque de copas denota que los infames se entregan á la orgía, el *allegro* lo denuncia! Y ¿no habrá quien castigue el crimen? ¿No habrá quien vuelva por los fueros de la

virtud? Sí: ya vuelve á escucharse la flauta pastoril y el balido de las ovejas... despues un ruido de cadenas, mezclado á un redoble de tambor... La Guardia civil sin duda ha sorprendido á los malhechores y les carga de hierro... Ya se escuchan en lontananza los pasos de los guardias que llevan á presidio á los malhechores... Más tarde se vé enteramente al pastor curando á los heridos; se observa que éstos vuelven en sí lentamente, y una plegaria á toda orquesta demuestra que se han salvado. El pastorcillo vuelve entónces á cojer la flauta, las ovejas balan y entre el final de la sinfonía se mezclan los acordes de las campanillas. ¡La diligencia ha seguido su camino!

La música del porvenir ha llegado, por lo visto á su apogeo, en el año 3.000

Junto al teatro se vé la cocina económica, y á poco que se profundice con la vista en las calles que desembocan en la Puerta del Sol, puede

observarse una pagoda china y una mezquita árabe, una catedral católica y una capilla evangélica; una cátedra pública de espiritismo y una tribuna á los cuatro vientos, donde explica un sábio á los aguadores del año 3.000 los sistemas filosóficos de la antigüedad Las estátuas de bronce, colocadas en el jardin central, son un tributo consagrado á las eminencias del siglo XIX; entre ellas son parecidísimas las de Estrada, inventor de la poesía pentacróstica; Brea y Moreno, inventor del aceite de bellotas; Angel I, pretendiente desgraciado á la corona de España y el Doctor Garrido, cuyo monumento sepulcral en la gran Necrópolis, solo conserva esta concisa inscripcion: *Siempre en mi Farmacia: Luna, 6.*

EPÍLOGO.

He llegado al término de este ligero viaje realizado por primera vez con buena fortuna en 1874, y que despues de ocho años he vuelto á emprender, seguro de que en él me acompañarian muchos y buenos amigos.

Al despedirme de mis amables compañeros, cuya benevolencia he tenido ocasion de apreciar, solo me resta suplicarles que me perdonen las molestias que haya podido ocasionarles, y que utilicen en cuanto les ocurra á su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

ÍNDICE.

	Págs.
Introduccion.....	5
Capítulo I.—Puerta del Sol antigua y moderna.—La fuente.—Traida de aguas á Madrid..	9
Cap. II.—La Mariblanca.—El Buen Suceso.—Reforma de la Puerta del Sol.—Coste de las obras.....	25
Cap. III.—De la calesa al tranvía.—Del farol de aceite á la electricidad.....	33
Cap. IV.—El café y los cafés.—La parroquiana.—Aspecto general.—Diálogos al vuelo.—Datos estadísticos.....	47
Cap. V.—Ministerio de la Gobernacion.—El edificio y el arquitecto.—El relój.—Correo central.—Gabinete central de telégrafos.—Rápida ojeada al piso principal del Ministerio....	75
Cap. VI.—Varias industrias.—	

17348

Págs.

El vendedor de periódicos.—El gancho.—El tomador.—El actor que no actúa.—El fosforero.—El limpia botas y otros tipos que verá el curioso lector. 111

Cap. VII.—Industrias colectivas.—Los cobradores. — Los mineros — Los bolsistas. — Los hombres de negocios — Aves de paso 153

Cap. VIII.—El Tabaco y los Estancos. — Leyenda oriental.—Divagaciones.—Orígen histórico. — Produccion. — Industrias dependientes del tabaco.—Opinion de la ciencia y opinion de la crítica..... 169

Cap. IX.—Orígen y progresos de la fotografía.—Establecimientos fotográficos.—En el portal.—En el gabinete de espera.—En la galería.—Retrato al vuelo del fotógrafo..... 205

Cap. X.—Los círculos políticos.—La gacetilla. — No lo entiendo..... 241

Cap. XI.—La Puerta del Sol en el año 3000..... 273

Epílogo..... 289